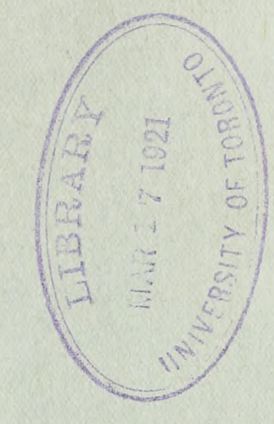
Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct. 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo





Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL VOLUMEN: IV MARZO DE 1921 NÚMERO 6

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números)	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET NEW YORK, E. U. DE A.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Índice

ESPAÑOL : : VOLUMEN IV

Mayo de 1920 — Marzo de 1921

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ÍNDICE
ESPAÑOL: VOLUMEN IV

Mayo de 1920—marzo de 1921

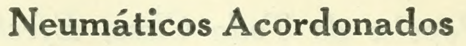
AUTORES Y TÍTULOS

ÍNDICE ESPAÑOL: VOLUMEN IV

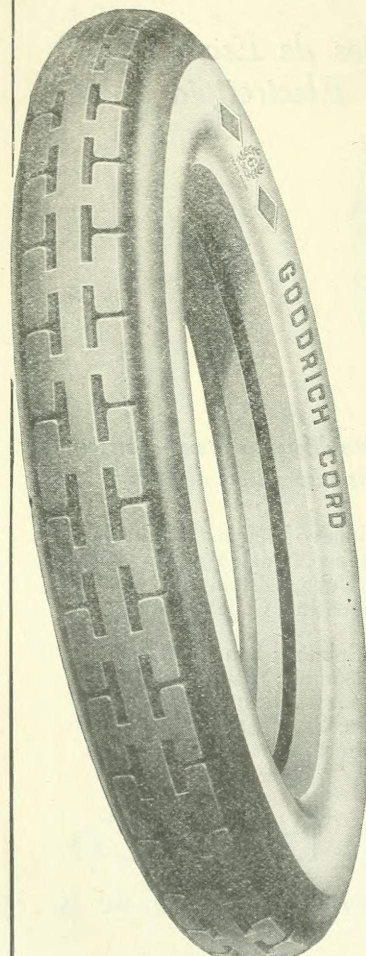








Goodrich



Prototipos de Elegancia Y Utilidad Práctica

Su aristocrática apariencia refleja fielmente la superior calidad de sus materiales y manufactura.

Representan la más alta expresión en servicio porque en su manufactura se combinan los conocimientos técnicos, los facilidades fabriles y la experiencia práctica de medio siglo dedicado por la organización Goodrich a la producción de artículos de caucho de primer orden.

B. F. Goodrich Rubber Co.
Akron, Ohio E. U. A.

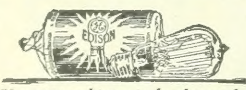
Establecida en 1870

Luz es alegría, y cuando la producen las incomparables

Lámparas



sugiere, además, buen gusto y distinción



El nuevo sol para todo el mundo

Pida a su abastecedor las Bombillas G-E Edison

Distribuidores de la General Electric Company fuera de los Estados Unidos

International General Electric Company, Inc.

120 BROADWAY
NUEVA YORK, E. U. A.

SCHENECTADY
N. Y., E. U. A.

Argentina: General Electric S. A., Buenos Aires. **Bolivia:** International Machinery Co., La Paz y Oruro. **Brasil:** General Electric S. A. Río de Janeiro y São Paulo. **Chile:** International Machinery Co., Santiago, Valparaíso y Antofagasta. **Colombia:** Wesselhoeft & Poor, Medellín, Barranquilla y Bogotá. **Cuba:** General Electric Company of Cuba, Habana. **Ecuador:** Carlos Cordovez, Guayaquil y Quito. **Islas Filipinas:** Pacific Commercial Co., Manila. **Méjico:** Mexican General Electric Co., Méjico, D. F., y Guadalajara. **Perú:** W. R. Grace & Co., Lima. **Uruguay:** General Electric S. A., Montevideo. **Venezuela:** Wesselhoeft & Poor, Caracas.

49-H-9

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL VOLUMEN: IV MARZO DE 1921 NÚMERO 6

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

JOHN FRÉDERICK DÁSHIELL nació en Sóuthport, Indiana, 30 de abril de 1888; se educó en las escuelas públicas de su estado natal, en Moores Hill College y en Columbia University; ha sido profesor de inglés e historia en Moores Hill College, y de filosofía en Columbia University.

MARTIN B. RUUD nació en Fergus Falls, Minnesota; fué educado en la University of North Dakota y en la University of Chicago. Después de dos años pasados en Europa, regresó a hacerse cargo del puesto de profesor de inglés en la University of Minnesota, donde continúa hasta el presente. Es autor de numerosos artículos literarios.

E. A. CROSS recibió su educación universitaria en la University of Illinóis y en la University of Chicago; es el decano de los catedráticos en el Colorado State Teachers College y profesor de literatura e inglés en la misma institución; autor de dos obras: *The Short Story* y *Story Telling for Grade Teachers;* y ha colaborado con artículos e historietas en las principales revistas y publicaciones literarias y educativas.

GEORGE GÍLBERT AIMÉ MÚRRAY nació en Sýdney, Nueva Gales del Sur, 2 de enero de 1866; salió de Australia a la edad de once años y recibió su educación en la Merchant Taylors' School, Londres, y en el Saint John's College, Óxford; ha sido profesor de griego en la Glásgow University y es actualmente profesor del mismo idioma en la Óxford University; ha escrito: *History of Ancient Greek Literature; Carlyon Sahib* y *Andromache*, dramas; *The Foreign Policy of Sir Edward Grey; Rise of the Greek Epic; Four Stages of Greek Religion;* y *Faith, War and Policy.*

FRÉDERICK ORIN BÁRTLETT nació en Háverhill, Massachusetts, 2 de julio de 1876; fué educado en las escuelas públicas de Háverhill, en Próctor Academy, Ándover, New Hámpshire, y en la Hárvard University; periodista y literato; es autor de: *Mistress Dorothy; Joan of the Alley; The Web of the Golden Spider; The Seventh Noon; The Prodigal pro Tem.; The Forest Castaways; The Lady of the Lane; The Guardian; Whippen; The Wall Street Girl; The Triflers;* y de numerosas historietas.

THÁTCHER T. PAYNE LÚQUER, nieto de un hermano de John Hóward Payne, nació en Bédford, Nueva York, 10 de septiembre de 1866; recibió su educación preparatoria para la universidad por ayos especiales; se graduó de ingeniero civil en Columbia University; ha tenido vasta práctica en su profesión, formando parte del personal técnico de la New York Telephone Company durante cinco años; estuvo dos años en servicio activo en el ejército de los Estados Unidos durante la última guerra, con la División 81 del Cuerpo 306 de Ingenieros, asumiendo el mando de su regimiento en los últimos seis meses de servicio; es autor de: *The Correspondence of Washington Irving and John Howard Payne,* y de los artículos que aparecen actualmente bajo su nombre en el *Scribner's Magazine.*

ELÍJAH CLÁRENCE HILLS nació en Árlington, Illinóis, 2 de julio de 1867; recibió su educación universitaria en la Cornell University y en la Université de Paris; ha sido el decano del Rollins College, Florida, profesor de lenguas romance sen el Colorado College, bibliotecario de la Hispanic Society of America y está al frente del departamento de lenguas romances de la Indiana University y profesor de español en la misma; es miembro de la Modern Language Association of America, de la Hispanic Society of America, de la American Folk-lore Society y de la Bibliographic Society of America; es autor de las siguientes obras: *De la ortografía y pronunciación inglesas; Bardos cubanos; Canadian French; Spanish Grammar; New Mexican Spanish; Maeterlinck's Dramatic Theory; Spanish Tales for Beginners; Spanish Short Stories; Modern Spanish Lyrics; The Pike's Peak Region in Song and Myth; The Quechua Drama Ollanta; Spanish American Poets; Speech of a Child Two Years of Age; First Spanish Courses;* y *Odes of Bello, Olmedo and Heredia.*

FASES PSICOLÓGIGAS DEL INTERNACIONALISMO

POR

J. F. DASHIELL

¿Es sostenible la concepción del internacionalismo, juzgada a la luz de las conclusiones de la psicología social? El autor responde favorablemente, basando su opinión en un análisis de los factores que se consideran adversos al internacionalismo, a saber: las desemejanzas étnicas, el nacionalismo del estado político y las tradiciones de la cultura nacional. Las desemejanzas étnicas, ya sea anatómicas, mentales o lingüísticas, no son constantes, cambian bajo la influencia del medio y, por consiguiente, no constituyen barrera insalvable para el internacionalismo. En cuanto a los rasgos físicos, observa que los tipos étnicos son inestables, plásticos; respecto de los rasgos mentales, cree que no existen desigualdades importantes en los procesos fundamentales de la inteligencia; y en lo referente al lenguaje, recuerda que tanto en tiempos antiguos como en los modernos ha habido razas y nacionalidades sin idioma común. El nacionalismo del estado político no resultaría afectado, según el autor, si se ensancharan los horizontes de la lealtad humana. Por último, las diferencias de cultura tienden a aumentar, si hay aislamiento y coerción; pero desaparecen, si se estimula la comunicación recíproca entre los pueblos.—LA REDACCIÓN.

EL PROBLEMA de los problemas en la actualidad y en el futuro inmediato es naturalmente la reconstrucción, que no eclipsa, sino que comprende, todos los demás problemas. Después del período emocional y romántico de la guerra—pues aun cuando probablemente ha sido la guerra dirigida de modo más racional y científico en la historia, hubo momentos de irracionalidad, actos de precipitación, y estancias, si no himnos, de odio—después de la conflagración, viene un período de razonamiento frío, prudente. Las tareas de la paz deberán realizarse, no tanto por medio del entusiasmo como por medio del cálculo; no tanto forjando, voceando y obedeciendo consignas como haciendo un análisis racional y científico de los problemas. Será una obra de reconstrucción. Sin embargo, en la mente norteamericana esta palabra conserva aún algo del sabor que le dieron los acontecimientos posteriores a la guerra civil, y en cierto sentido puede no ser desacertado advertir: "¡Cuidado con la reconstrucción!" Los *carpet-baggers*[1] de antiguos tiempos pueden ser los *sand-baggers*[2] de hoy. Por tanto, si ha de haber reconstrucción en sentido verdadero, debe fundarse, no en las pasiones, sino en la razón. Como la filosofía, en la definición de Santayana, la reconstrucción debe "apelar a la ciencia para juzgar los hechos, y tener por ideal la felicidad de los hombres en la tierra."

Pero, observan algunos, esta guerra ha demostrado el fracaso de la ciencia. Y partiendo de tal premisa deducen la necesidad de que el hombre abandone ese instrumento peligroso y adopte una interpretación menos racionalista e intelectual de la vida, y aun una religión mística. No obstante, Déwey y otros han comprobado que si la guerra fué un fracaso de la ciencia, la ciencia fracasó precisamente porque en el desarrollo humano de los métodos y puntos de vista que llamamos científicos, olvidamos o no tuvimos tiempo de aplicarlos al fenómeno social y político. Mientras que los fenómenos físicos y biológicos son comprendidos en grado notable, estando por ello sometidos al dominio humano, los hechos concernientes a las relaciones recíprocas de los hombres se encuentran todavía en estado de vaga observación y primeras generalizaciones.

[1]Literalmente, "petaquero," derivado de *carpet-bag*, "petaca de alfombra," término despreciativo, aplicado para sugerir que el portador de tal petaca así llevaba todos sus bienes. Terminada la guerra civil en los Estados Unidos, y durante el período de la reconstrucción o proceso por el cual los estados separatistas restablecieron sus relaciones normales con la Unión, llamóse *carpet-baggers* a individuos que se dirigieron de otras regiones a vivir o hacer negocios en los estados vencidas, y particularmente a aquellos que se trasladaron al sur con el fin de lucrar por medios ilícitos y a veces criminales, a menudo en puestos administrativos.—LA REDACCIÓN.

[2]Al pie de la letra, "costalero," derivado de *sand-bag*, "saco de arena:" nombre que se daba hace algunos años a los ladrones que aturdían silenciosamente a sus víctimas golpeándolas con sacos de arena. Se refiere a individuos venales que hacen negocios tenebrosos y lucran por lo bajo sin salir a luz.—LA REDACCIÓN.

Los tratados de sociología, en particular, parecen consistir principalmente en tentativas hechas para definir y volver a definir aquel campo; para demarcar sus relaciones con otras ramas del saber; y, en forma enteramente preliminar, para decidir qué problemas de carácter general abraza la sociología.

Esto no es negar que haya algunos detalles de conocimiento científico respecto del hombre en sus relaciones sociales. La economía, por ejemplo, es rama bastante bien organizada, aunque algunos de sus conceptos dinámicos parecen amenazados por el desuso; y la antropología ha iniciado labores con problemas bien definidos y concretos. Todo el material disponible pues, en forma de datos o aun de maduras opiniones que ofrece el estudio del hombre en la sociedad, promete encontrar empleo y aplicación en los días venideros de reconstrucción mundial. Bien pueden los sociólogos considerar suya esta oportunidad. Según insinué, la reconstrucción abarca innumerables problemas; y, como un esbozo científico significa, ante todo, un análisis y demarcación de problemas, la primera necesidad parecería ser una división prolija de las cuestiones que presenta la reconstrucción. Además, un esbozo científico comprende el examen de hechos establecidos o juicios autorizados y bien acogidos, aplicables de algún modo a las cuestiones que se estudia.

El internacionalismo es tópico central en los programas de reconstrucción; y al lado de ese problema capital se encuentran numerosos problemas secundarios. Quienes predicaron el internacionalismo como objeto de la guerra han proclamado el nacionalismo a renglón seguido. Evidentemente no se trata de la idea de un cosmopolitismo mundial como el que concibiera un estoico romano, ni tampoco de una política de *laissez faire* respecto de estados irresponsables aislados, como la que condujo a la última guerra. Trátase de lo que Hérbert Croly llama "recurso para escapar de la . . . funesta antítesis entre la ambición nacional y el orden internacional." Antes se había soñado y cantado un internacionalismo de alcance universal; pero sólo en nuestros días se ha proyectado seriamente como solución práctica y propia del gobierno. A menudo se repitieron preguntas como éstas: "¿Dará resultado?" "¿Podrán reposar juntos el león y el cordero?" "¿Es posible que armonicen ambiciones nacionalistas antagónicas?" Como subdivisión de este asunto, permítasenos preguntar qué respuesta sugieren los datos y opiniones de la psicología de los pueblos a esta interrogación: "¿Dará resultado?"

Debe advertirse que a juicio de muchos hombres, tal vez de casi todos, internacionalismo significa alianza de razas; y el asunto que estudiamos se reduce entonces a saber si rivales como búlgaros y griegos, bohemios y teutones, japoneses y australianos, podrían agruparse en una y la misma liga de razas.

Pero, ante, todo ¿qué es una raza? Los etnólogos mismos no están de acuerdo sobre ello, desde Rípley, autor de la conocida división de los pueblos europeos en razas septentrionales, alpinas y mediterráneas, hasta Thomas, según quien en Europa no existen razas en sentido estricto, sino sólo grupos lingüísticos. Cualquiera que sea el uso técnico para el cual se adopte la palabra en definitiva, la consideramos demasiado arraigada en el pensamiento humano y demasiado útil en la demarcación de divisiones humanas tradicionales para desdeñarla en estas líneas. Veamos qué significado puede dársele.

La pregunta sobre lo que es una raza puede transformarse, para hallar la respuesta, en esta otra pregunta más concreta: ¿Qué diferencias existen entre las razas? Los antropólogos suelen emplear divisiones como las de diferencias físicas, mentales, lingüísticas y de cultura. Las señales características más generalmente usadas son desde luego las diferencias *físicas*. Por ejemplo, se han agotado los estudios sobre la forma craneana en los pueblos. El índice cefálico o anchura craneana dividida en cien partes a lo largo de la cabeza, diferencia razas como la siciliana o la teutónica, con cabeza larga y angosta, de la suiza o la lapona con cabeza corta y ancha. La estatura ha servido también de rasgo distintivo, siendo bien conocidas las diferencias entre caucasianos y mongoles, entre europeos del norte y europeos del sur. En cuanto a la textura del cabello, se ha comprobado que varía según las divisiones principales de la

familia humana: el cabello crespo y rizado del negro se presenta aplanado en el corte crucial mientras que el cabello tieso y recto del chino y el indio americano aparece circular en el corte crucial. El color del cabello, así como el color de los ojos y la piel, se ha considerado importante; y puede recordarse que muchas autoridades en la materia sostienen que el color de la piel, cualquiera que sea su valor científico, reviste gran importancia psicológica para comprender las antipatías de raza. Finalmente, el óvalo facial y las proporciones de los diversos rasgos fisonómicos ofrecen diferencias que a menudo se toman en cuenta.

Aun cuando estas diversas señales distintivas no han armonizado con exactitud, al tratarse de la historia y distribución de distintas razas, han merecido bastante atención para inducirnos a considerar la obra crítica de algunos antropólogos contemporáneos. Según la suposición común, las diferencias físicas de raza son fijas y permanentes. Boas,[1] el antropólogo norteamericano más prominente, ha hecho un estudio detallado de la materia, en especial entre los inmigrantes de Nueva York. Los judíos del este de Europa presentan un tipo más o menos definido en su suelo natal; la cabeza corta y redonda, y la estatura media o baja; mientras que sus descendientes en América, a juzgar por medición científica, difieren del tipo extremo paterno presentando la cabeza más larga y angosta, y una estatura mayor. Así ocurre con otras razas. El hombre de raza siciliana, de cabeza larga, que nace en América revela cabeza más corta y más ancha que la de sus antepasados, así como una estatura algo menor. Los cambios son diferentes aun entre bohemios y húngaros. El descendiente americano de esos pueblos se diferencia de sus antepasados europeos en la cabeza, más corta y angosta, en la estatura mayor y en la cara más aquitena. El fenómeno resulta tanto más interesante cuanto que el intervalo entre la fecha del cambio y la del arribo de los padres a los Estados Unidos es pequeño; esto es, los hijos nacidos después del desembarco de los padres en América presentan inequívocos cambios en la forma craneana mientras que hijos de los mismos padres, nacidos en Europa poco antes de que los progenitores emigraran, poseen el tipo paterno. Respecto de la estatura, rasgo mucho más susceptible de cambio después del nacimiento, está averiguado que mientras más joven es el inmigrante en la época del desembarco tanto más varía su estatura de adulto comparada con el modelo paterno. Además, Fritsch manifiesta que seres humanos, en un medio civilizado, difieren del hombre salvaje de igual manera que animales domesticados se diferencian en general de sus congéneres salvajes. En ambos casos la domesticación parece coincidir con una estructura ósea más pesada y abierta, y la rusticidad con una estructura más delgada y más sólida. A ello deben añadirse los datos de otros investigadores, según quienes los reclutas irlando-americanos y germano-americanos son más altos que sus hermanos en Europa. De todo este trabajo prolijo y esmerado sólo una conclusión cabe deducir: en cuanto se refiere a rasgos anatómicos, los tipos étnicos son inestables, plásticos, y están sujetos a las influencias del medio, bastante poderosas tal vez para neutralizar los rasgos característicos que se supone debidos a la herencia étnica.

Se ha pensado también que las diferencias de raza son *mentales*. La obstinación del inglés, la sagacidad del escocés, la perseverancia mecánica del alemán, el pacifismo del chino, el pesimismo del indo, la veleidad y lascivia del negro: éstas y otras semejantes generalizaciones características de grupos humanos son demasiado conocidas para mencionarse. Se emplean en un grado que implica su permanencia como tipos. Las diferencias mentales entre los pueblos se han revivido y recalcado en propagandas políticas como el pangermanismo, el paneslavismo, la anglofobia, etcétera. ¿Confirma la investigación científica tales distinciones individuales? ¿Señala el examen psicológico algún pueblo en particular como elegido de Dios?

De las observaciones precedentes sobre la falta de diferencias físicas fundamentales y permanentes entre las razas humanas, se desprende el corolario de que las diferencias mentales pueden también ser mucho

[1]Franz Boas, profesor de la Columbia University: autor de: *The Growth of Children; Changes in Form of Body of Descendants of Immigrants; The Mind of Primitive Man; Kultur und Rasse*, etcétera; redactor de *The Journal of American Folk-Lore*.—La Redacción.

más pequeñas de lo que se cree. ¿Qué dicen los hechos? Correctamente y sin dilación, el psicólogo nos advertirá que la medida y comparación de complejos rasgos mentales es extraordinariamente difícil; y que el método científico más genuino de examen consiste en estudiar capacidades más simples y mensurables en forma más directa. Myers, al estudiar a los naturales del estrecho de Torres; Wóodworth, al estudiar varias razas representadas en la exposición de Saint Louis, y otros investigadores competentes concluyen, por ejemplo, que la agudeza de los sentidos es más o menos igual en las diversas razas humanas. En la celeridad de reacciones motrices simples, en la propensión a ilusiones, en la memoria, en el concentramiento de la atención, en el dominio propio o inhibición, aun en la capacidad para el pensar abstracto, las diferencias entre razas son en realidad pequeñas, y no pueden compararse de ningún modo a las diferencias entre individuos dentro de la misma raza. En sólo un rasgo se ha establecido diferencia: en la solución de una prueba intelectual, por ejemplo, la capacidad para comprender una situación nueva y limitar la actividad a solucionarla, los indios, los esquimales, los filipinos, algunos blancos y otras razas demostraron superioridad sobre los igorrotes, los negritos y los pigmeos. Pero las diferencias fueron insignificantes entre las primeras y entre las últimas. Comparaciones étnicas en cuanto al temperamento no han sido materia de prolijo estudio, aunque parece posible que aquí se encuentren desemejanzas más concretas. La única conclusión deducible en la investigación científica de diferencias étnicas mentales es que, en los procesos fundamentales de la inteligencia, no existen desigualdades importantes, y que allí donde parece haber considerables diferencias intelectuales, debe tenerse por mucho en cuenta el medio respectivo social y de cultura, así como físico. Las distinciones de raza pues no pueden basarse en desemejanzas de las dotes mentales.

Una tercera diferencia considerada ha sido la referente al *lenguaje*. Los etnólogos han citado la afinidad de idiomas como indicio de la afinidad de razas, particularmente respecto de los pueblos europeos. El tema requiere sólo algunas palabras. Tanto en tiempos antiguos como en los modernos ha habido razas o nacionalidades sin un lenguaje común. Recuérdese a los judíos en los diversos países en que habitan, y a las razas numerosas aun no asimiladas en los Estados Unidos, pero que hablan el inglés. Ciertamente no se necesita un completo análisis científico para comprobar que el lenguaje es, en gran parte, un accidente del medio social.

Lo mismo cabe decir sobre las diferencias de *cultura* como distintivas entre las razas. Tras los contrastes más o menos superficiales de las maneras y la moral entre razas diversas, se observa una similitud fundamental de formas de pensamiento y cultura humana. Como dice Thomas:

> La etnología y las ciencias afines han sentado el hecho de que la naturaleza humana, el mundo externo y las necesidades fundamentales de la vida son bastante análogos en todas partes, y que, hablando en términos generales, existe un paralelismo de desarrollo en todos los grupos, esto es, una tendencia, en cada grupo que adelanta, a dar los mismos pasos que dieron otros grupos.

Algunos de los paralelismos que menciona son: la creencia en espíritus, sincrónica con las instituciones eclesiásticas; la venganza de la sangre anterior a las instituciones jurídicas; la organización matronímica que precedió a la patriarcal: conceptos artísticos y mitológicos del mismo prototipo general; posesión común de las nociones de número, espacio, tiempo, etcétera.

Para concluir con este tema general, diremos que no sólo ninguna de tales diferencias étnicas es verdadera diferencia, sino que no existe gran correlación entre aquéllas, pues Boas ha indicado que cada uno de esos rasgos puede cambiar y ha cambiado en un grupo sin que se alteren los demás rasgos. Ciertamente, como Todd dice en su libro reciente: "La raza es psicológica," y: "No hay nada judío o griego, pero el pensar lo hace así." Por tanto, como quiera que se la considere, la nacionalidad no es necesaria ni tal vez principalmente una cuestión de raza; y los elementos étnicos que parecen entrar en la nacionalidad no forman barreras insalvables que amenacen la idea entera del internacionalismo.

El primer significado de "nación" dado por los lexicógrafos es el de una estirpe o

raza; y la segunda acepción, la de una comunidad popular en determinado territorio y con gobierno independiente. En la actualidad muchos asocian la idea de nacionalidad con la de estado político. "Constitución autonómica," "autonomía," se emplean como términos políticos. El segundo problema en nuestro examen puede plantearse así: Concibiendo la nacionalidad como cuestión de estados políticos, sin considerar el carácter étnico de las poblaciones, ¿dará resultado el internacionalismo? ¿Hay en la idea de un gobierno autónomo creado por cualquier pueblo algo que se oponga a una organización permanente entre gobiernos? ¿Son los motivos humanos que impulsan a la organización del estado, lógica y psicológicamente contrarios a una nueva extensión de la lealtad que comprenda a estados rivales?

Para estudiar este tópico, permítasenos hacer el análisis psicológico del proceso de formación de grupos en general, confiando en que proporcione algunos datos así como una perspectiva pertinente al asunto. Entre paréntesis debe notarse que los datos disponibles sobre este tema general no poseen precisión comparable a las medidas craneanas en milímetros, viéndonos limitados a examinar los juicios y opiniones de las autoridades más reconocidas en la materia.

La teoría más divulgada sobre el origen psíquico de la sociedad humana es acaso la de Giddings:[2]

> El hecho subjetivo originario y elemental en la sociedad es la conciencia de la especie. Por este término entiendo un estado de conciencia en el que cualquier ser, bajo o elevado en la escala de la vida, reconoce como de especie igual a otro ser consciente. . . . Es alrededor de la conciencia de la especie, como principio determinante, que se constituyen los demás motivos en la evolución de la elección social, la voluntad social o la norma de conducta social. La conciencia de la especie . . . es percepción y sentimiento al mismo tiempo.

McDóugall, Petrucci y Gráham Wallas siguen un método de análisis algo diferente. El agrupamiento social es instintivo en su origen. Las tendencias originarias humanas a obrar respecto de otros obedeciendo al instinto gregario, sexual, de simpatía, de protección, de imitación, etcétera, determinan la formación de asociaciones. Estas relaciones sociales aisladas se vuelven entonces cada vez más constantes y estables bajo la influencia de la tendencia humana a ser sugestionado, a imitar, a seguir caminos trillados, etcétera, a las cuales concedieron tanto valor Tarde, Baldwin y Ross. El hábito o la inercia adquieren una importancia cada vez mayor en la formación estable de los grupos, y las costumbres y la tradición revisten paulatinamente un papel cada vez más predominante.

Mientras tanto, según Ross, asociaciones fundadas en la semejanza entre individuos, en el estado impulsivo originario, ceden el lugar a asociaciones fundadas en la comunidad de intereses, en un estado más racional. Esto sugiere al autor una modificación de la teoría de Giddings. La observación de la conducta de animales, niños y adultos humanos indica, tal vez, que las relaciones sociales se establecen, no sobre la base del reconocimiento o conciencia de semejanzas entre el propio ser y otro ser, sino fundadas en la experiencia de intereses y actos complementarios o idénticos. El inocente niño se asocia fácilmente con cualquier otro individuo que participe en su entretenimiento o contribuya a entretenerle, ya sea aseado o sucio, grande o pequeño, niño o niña, humano o canino. De igual manera el adulto en casi todas sus relaciones sociales se une naturalmente con quienes siguen su propio camino, complementan sus propios esfuerzos, cooperan con él en algún sentido, y desempeñan parte en sus propias empresas e intereses. Éste es ciertamente el pensamiento de Róbert E. Park al decir que "las instituciones sociales no se fundan en analogías ni tampoco en diferencias, sino en relaciones y en la dependencia mutua de las partes;" y el principio de la "conciencia de la especie" no se cumple en forma que afecte la concepción de una cooperación de las "especies."

A la anterior sigue otra etapa psicológica. Ross la define así:

> En la relación de compatriotas, de correligionarios o de conspiradores comunes surge el pensamiento del ideal, el caudillo, la dinastía, el

[2]Franklin Henry Giddings, profesor de sociología y de historia de la civilización en la Columbia University. Para un artículo sobre sus ideas sociológicas, véase INTER-AMÉRICA, volumen III, página 27, número correspondiente a Mayo de 1919.—LA REDACCIÓN,

territorio, la posesión, el órgano o el símbolo que sirve de clave para cerrar el arco social . . . el lazo que une todo con algo que diferencia aquella agrupación de todas las demás en el mundo.

Así se establecen símbolos de la conciencia de grupo y se despierta la fidelidad personal hacia ellos. Entre las formas de fidelidad personal figura la que tiende a la organización política del grupo: el patriotismo.

Según lo evidencia el análisis, el patriotismo es un caso de "sentimiento," empleando dicho término particularmente con las connotaciones técnicas definidas por los psicólogos ingleses, Shand, Stóut y McDóugall.

El sentimiento es un sistema organizado de disposiciones emocionales centralizado por la idea de algún objeto. El curso de la experiencia determina la organización de los sentimientos en el desarrollo mental.

El patriotismo o sentimiento de fidelidad a la unidad social, que generalmente se manifiesta en la forma de un estado político, es en la mente del individuo no sólo una idea abstracta gradualmente desarrollada, sino también una idea que desde el comienzo se asocia a cierta clase de reacciones emocionales, y en su forma natural presenta así tanto impulsos y sentimientos no racionales como ideas definidas. En virtud de esta organización mental particular, el individuo humano se siente predispuesto a aplaudir y secundar a quien obra en favor de su propio grupo local, y a despreciar y aborrecer a quien fraterniza con los miembros de otro grupo.

No raramente, y, en realidad, con frecuencia, este factor psicológico en la coherencia social se eleva y robustece más allá de todo límite racional, pues la política agresiva y el celo exagerado, necesariamente resultan en extremo irracionales y faltos de sentido para quien pueda adoptar un punto de vista verdaderamente humanitario. Es ello lo que despierta duda al proyectar una organización de naciones en que cada estado adopte una mira y un programa propicios tanto para las demás naciones como para la propia. Ahora bien; todo estudio psicológico del patriotismo debe tener por mucho en cuenta que tal sentimiento se alimenta en la oposición. La oposición puede presentarse en la forma de contienda con estados más o menos iguales por obtener botín territorial o preponderancia en armamentos o, más raramente, honores científicos y literarios. Puede ser también la oposición que se ofrezca a opresores. Ambos motivos resaltan en todo movimiento patriótico, cualquiera que sea su ocasión verdadera, como lo atestiguan los diversos himnos nacionales y el empleo sagaz de la palabra "libertad" al dar nombre a los empréstitos públicos. Tan pronto como en la situación hay un elemento de peligro, real o imaginario, el sentimiento de patriotismo se desarrolla en el sentido de agresión, mientras que la eliminación de toda amenaza contribuye a convertirlo en benévola rivalidad.

Si la nacionalidad se identifica con el estado político, la cuestión de si el internacionalismo dará resultado se relaciona entonces con dos puntos psicológicos. El elemento más importante en el aspecto mental de la situación es la clase particular de fidelidad llamada patriotismo. Éste constituye un sentimiento, y es por definición *un producto de la experiencia que varía en intensidad según el carácter de la experiencia.* Un internacionalismo que no sea también nacionalismo puede hacer de este sentimiento, en particular, un enemigo implacable. Olvídase muy fácilmente, por otra parte, que la agrupación política humana es sólo una entre muchas agrupaciones existentes. En la historia de las naciones encontramos la historia de la competencia entre esta forma y otras rivales, especialmente la iglesia. Al presente el estado ha conseguido someter en favor propio todas las demás formas de lealtad humana: la fraternidad secreta, la iglesia, la familia, la profesión, la causa obrera, etcétera; pero no es cierto, en manera alguna, que deba o pueda mantener por siempre este ascendiente absoluto. En otros términos, el nacionalismo del estado político no constituye tal vez una barrera inevitable para el internacionalismo; su fuerza puede decaer a causa de rivalidades interiores. Algo análogo es lo que Bráilsford tuvo en mente al decir:

Puede tenerse una sociedad prolijamente organizada, sin el estado. Lo esencial para la

nacionalidad es que disfrute de entera libertad para cultivar su propio lenguaje; para profesar su religión en una iglesia nacional o "autocéfala;" para expresarse con absoluta sinceridad y sin coerción externa en la literatura, el periodismo y las artes; para conservar su tradición en un sistema educativo completo bajo el gobierno propio, abarcando desde la escuela de aldea hasta la universidad; y finalmente, para asociarse con plena libertad en partidos, clubs, y sociedades literarias, comerciales, cooperativas o humanitarias. Si la nacionalidad tiene todo esto, si sus escuelas reciben parte justa en toda donación nacional, si no se encuentra sujeta a incapacidades o desigualdades legales, entonces sus destinos estarán en sus propias manos, habrá asegurado su cultura, y su alma será propia.

Resta aún por considerar una tercera interpretación de la nacionalidad: la referente a la *cultura*. H. A. Míller escribió en 1913:

Lituanos y finalandeses se rebelan contra la autoridad de cultura de polacos y suecos más bien que contra la autoridad política o económica de Rusia. Esto es así porque en ambos casos el pueblo, de espíritu nacional, cree que su individualidad se encuentra más amenazada por el poder espiritual que por el poder material.

Noruega y Suecia separáronse porque la primera se sintió coercida en cuestiones de cultura. Posiblemente el receloso apego a la dulzura y la luz de sabor propios ha sido la fuente oculta en muchos movimientos populares por autonomía política. El problema existe en los Estados Unidos, donde comunidades de inmigrantes rehusan aprender el idioma, asistir a las escuelas o leer los periódicos de la nueva tierra. Las cuestiones particulares que aquí nos conciernen son: primera, considerando la nacionalidad idéntica al grupo de cultura, ¿se presentan definidas y fijas las diferencias entre un grupo de cultura y otro? y segunda, ¿son engendradas las actitudes mentales por rivalidades inevitablemente contrarias a tentativas de unión más estrecha entre culturas diferentes?

Respecto del primer punto, debe decirse que, fuera del Tíbet y el Sudán, un individualismo nacional en cultura no existe en forma extrema. Diferencias de lenguaje oponen sólo un obstáculo momentáneo a la difusión de la literatura. Los museos artísticos acogen obras del arte extranjero con igual beneplácito que obras nacionales. La ciencia moderna invade todos los países, habiendo uniformado sus conceptos prácticos y su terminología en las tres lenguas principales. Siete ciudades se disputaron la honra de ser cuna de Homero; en París y Berlín se han erigido monumentos a Shákespeare.

En cuanto a la actitud mental que implica el nacionalismo de la cultura, puede volver a aplicarse aquí un principio anteriormente enunciado. Nada tiende a acentuar más el celo de un grupo respecto de su lenguaje, artes y ciencias que el esfuerzo de otro grupo para fiscalizarlos o reprimirlos. Críticos competentes atestiguan que en los últimos cincuenta años Bohemia, que se encontraba absorbida por la influencia teutónica, ha restaurado su idioma nacional a una condición floreciente a pesar de la oposición austriaca. Dícese que los behemios son librepensadores porque sus amos austriacos son católicos; los irlandeses son fervientes católicos porque Inglaterra es protestante; Polonia profesa el catolicismo romano en oposición defensiva a la ortodoxía rusa.

Considerando juntamente ambos puntos, parece cierto que las diferencias de cultura entre grupos tienden a aumentar cuando se aplica la coerción en nombre de la uniformidad, y que en ausencia de presión, tienden a disminuir en virtud de la comunicación recíproca natural.

Aunque lógicamente no constituye parte de nuestro tema, puede llamarse la atención a este juicio: desde el punto de vista de la cultura y civilización humanas, el progreso será mayor, si se estimulan los centros nacionalistas o locales en su desarrollo independiente, ofreciéndoles acceso, sin embargo, al campo de batalla de la crítica y la discusión internacionales.

En cuanto a la pregunta: "¿Dará el internacionalismo resultado a pesar de las fuertes tendencias nacionalistas actuales?" nuestro examen de los datos y opiniones disponibles descubre la conclusión de que, ya se considere principalmente el nacionalismo como cuestión de razas o estados políticos o tradiciones de cultura, en cualquier caso las divisiones entre grupo y grupo son muy inestables e inconstantes; y las diferencias no asumen nunca magnitud capaz de hacer psicológicamente insostenible la concepción de una liga de nacionalidades.

JAMES RÚSSELL LÓWELL[1]

POR

MARTIN B. RUUD

Como toda personalidad eminente, la de Lówell ha sido discutida por los críticos contemporáneos. El autor nos revela en este artículo interesantes aspectos de la psicología y de la vida de este pensador poeta, cuyo genio múltiple le impulsaba a tan diversas esferas de la vida social y espiritual. Pone de relieve su actitud valerosa e independiente en asuntos de política nacional, su amor por las letras, sus variados conocimientos y sus tendencias científicas, artísticas y humanitarias, analizando los rasgos característicos que tan singularmente distinguieron su actuación y sus escritos; y termina con una apelación a los universitarios, a los pensadores, para que dediquen su atención, como lo hiciera Lówell, a los graves problemas que envuelven los destinos de las naciones, haciendo uso de aquel criterio cultivado en que Lówell fundaba el porvenir de la democracia. Muchos hombres pueden morir por su patria con risueño, valor, dice; pocos son los que pueden pensar.—LA REDACCIÓN.

MR. HÉRBERT CROLY, en su vigoroso ensayo sobre Abraham Lincoln, refuta el concepto popular de que Lincoln fué hombre tan eminente por el hecho de ser genuinamente norteamericano. Sostiene, a mi entender con entera justicia, que Lincoln no fué grande porque simbolizara "el producto representativo de su época y de su generación," sino porque encarnaba cualidades de elevada inteligencia, humanidad, magnanimad y humildad, dotes que no distinguían entonces, como no distinguen en el día de hoy, a nuestros compatriotas. ". . . Abraham Lincoln difería tanto en el fondo de la generalidad de los norteamericanos del oeste, en el período medio de la vida nacional, como San Francisco de Asís difería del ordinario monje benedictino del siglo décimotercio." Fué hombre eminente, no porque representara el tipo del norteamericano genuino, sino porque en las cualidades que constituyen la grandeza era "más que norteamericano:" era el profeta de la democracia perfecta, más bien que el profeta de la democracia como existía entonces, o de lo que haya llegado a ser en nuestros días. De igual modo, juzgo a James Rússell Lówell un gran hombre de letras en los Estados Unidos, no porque represente a la generalidad de nuestros colegas, sino porque revela al mundo dotes de curiosidad intelectual, elevada cultura y pensamiento independiente en política, que infortunadamente buscamos en vano entre la multitud de universitarios que se exponen de manera tan intrépida a la infección de aquello que en momentos de jovialidad nos complacemos en llamar "alta educación."

No había mucho, ciertamente, en el Hárvard College de 1834 para estimular la actividad intelectual de un joven y ambicioso estudiante de primer año. El presidente Quincy, cuando se refería a aquella institución, la llamaba invariablemente "seminario." En efecto, salvo por la circunstancia de que los universitarios no estudiaban en las aulas, la universidad se diferenciaba muy poco de una escuela superior. La facultad se componía únicamente de quince o dieciséis catedráticos; los estudiantes serían unos doscientos cincuenta. El programa carecía de elasticidad; los cursos a elección, cuando no brillaban en absoluto por su ausencia, estaban reducidos a la opción entre unos cuantos idiomas modernos en el último año. Nutríase la inteligencia de los jóvenes con raciones férreas de griego, latín y matemáticas. Nadie les preguntaba sus aficiones, y nadie se interesaba en el problema que hoy preocupa la mente de los institutores: la correlación de los estudios con el propósito de atender a la subsistencia. Con todo, imagino que había ciertas compensaciones. Tícknor fué profesor de lenguas modernas hasta 1836, sucediéndole Lóngfellow; Felton era profesor de griego; Peirce, de matemáticas; y Edward Týrrel Chánning, de retórica. Ni siquiera el sistema chino de exámenes

[1] Nació en Cámbridge, Massachusetts, el 22 de febrero de 1819; murió en la misma ciudad el 12 de agosto de 1891.—LA REDACCIÓN.

podía haber anulado la eficacia de semejantes maestros; y aun cuando jamás se permitían éstos encaminar las clases a su manera, la presencia de hombres tan eminentes daba a los aspirantes al grado una impresión de la nobleza de la ciencia y una pasión por la verdad que conservaron durante toda su vida. No hay duda de que aquellos estudiantes eran un grupo selecto; no hay duda de que nuestros problemas del día, relacionados con multitud de hombres que acuden a la universidad para adaptarse a las demandas prácticas de innumerables industrias y profesiones, exigen condiciones diferentes en nuestros institutos de educación. Todo esto puede admitirse ampliamente; pero subsiste el hecho de que una educación que dirige sus mayores esfuerzos a la mitad inferior de la clase, que substituye el método a la personalidad y el aparato a la ciencia, es un triste cambio por lo que vamos perdiendo. La verdadera universidad está simbolizada por un Mark Hopkins a un extremo del eje proverbial, y un James Rússell Lówell al otro extremo. Quizá sea esto una jactancia intelectual, pero, sin embargo, tiene mucho de verdad.

Había, además, otro factor que despertaba y estimulaba más aún que los maestros la actividad de estudiantes como Lówell. La biblioteca de Hárvard en aquellos tiempos, compuesta de menos de cincuenta mil volúmenes, no era muy grande en comparación con la de hoy; pero representaba la mejor colección de libros en los Estados Unidos, bien elegidos, y accesibles a cualquiera que tuviera interés en usarlos. Todo lo que había que hacer era dirigirse a los estantes del salón de lectura de la universidad, tomar cualquier volumen a la ventura, retirarse a un tranquilo rincón y leer hasta que se acabara la luz del día o algún empleado indiferente viniera a destruir el encanto. Aquello era indudablemente

"... edificar un sombreado y sereno islote
Entre el batir del resonante mar."

Y Lówell nos revela en sus propias palabras cuán ansiosamente aprovechaba de esta oportunidad. En un ensayo sobre Lándor, escrito tres años antes de su muerte, nos dice que encontró en Émerson las primeras referencias a las obras de Lándor.

Las profundicé mejor hace cincuenta años en uno de aquellos asientos abovedados que tan placenteramente aislan al estudiante en la antigua biblioteca de la universidad de Hárvard. Los pasos que resonaban a la entrada de la cueva de Aladino y aun los de aquellos que penetraban en busca de sus tesoros, lejos de perturbar al lector, sólo servían para hacer más intenso el sentimiento de posesión. . . . Allí, con mis libros, colocados a la mano en íntima expansión sobre el amplio borde de la ventana, hice amistades que me han durado toda la vida con los *Old Plays* (Viejos dramas) de Dódsley, el *Montaigne* de Cotton, los *Voyages* de Hákluyt y otras obras que no figuraban en la biblioteca de mi padre. Era simple ramonear, por cierto; pero, ¡qué delicia!

Las cartas de Lówell en aquella época revelan asimismo cuánto se interesaba y con cuánta pasión se entregó a estudios tan diversos como mineralogía y las tragedias griegas. No fatigaré a mis lectores citando largos pasajes referente a esta materia, que se encuentran en abundancia; uno de éstos, sin embargo, tomado de una carta a su amigo Schäckford, es tan revelador que no me es posible pasarlo por alto:

¿Pertenece la química al ramo de su incumbencia? La mineralogía me agrada más que nunca, pero el suelo está cubierto de nieve, y sólo puedo coleccionar algunos [ejemplares] en la mina. Hílliard y Gray van a publicar una hermosa edición de Shákespeare el mes entrante . . . la cual pienso comprar, si me es posible. . . . El semestre pasado hice algunos ensayos en el corte de madera y, a decir verdad, me resultaron tan bien, si no mejor, que al "viejo Caxton." Sin consultar tomo alguno, excepto el "libro de la memoria," ¿puede usted decirme quién era Caxton? Me he vuelto casi un anticuario: la investigación de escritos en letra gótica se aviene muy bien con mis gustos. A propósito, Milton ha despertado mis deseos de leer todos los clásicos griegos y latinos que él conocía.

Y seguramente que Lówell satisfizo este deseo.

Tanto como nuestro primer padre en el paraíso, tenemos que asumir la responsabilidad de haber mordido el fruto del árbol de la ciencia. Su verdadera substancia no puede llegar hasta nosotros mediante ajena absorción ni bonitamente encerrada

en depósitos impermeables. En nuestra época, lo mismo que en la de Lówell, sólo es válido aquello que aprendemos por nosotros mismos; entonces, como ahora, no había substituto posible para la agotadora curiosidad intelectual ni para la ambición, estimulada, es verdad, por algún sucesor de Felton, de "leer todos los clásicos griegos y latinos que Milton hubiera leído."

Con mente tan bien provista y aficiones así encaminadas, dejó Lówell la universidad para dedicarse sucesivamente a los negocios y a la jurisprudencia. No dudo que habría tenido éxito en ambas si las circunstancias se lo hubieran permitido; pero las tendencias de hábitos tempranos y de tareas universitarias, y el don de la inspiración hicieron de él, en vez de un magnate de los negocios o un magistrado de la justicia, un sabio y un poeta. Si el espacio lo permitiera, sería encantador demostrar que aun en su poesía tiene Lówell tanto de erudito como de bardo. Deliciosa revelación de lo que decimos se encuentra en *The Nightingale in the Study* (El ruiseñor en el estudio):

Moderno trovador, tus cantos son añejos
  Ante los de mi Calderón, mi ruiseñor,
Bardo eterno de todas las edades,
  Con su alma de árabe y su gala de español.

¡Ah! esos bardos no existen hace tiempo,
  Mas Dios sabe si aun entonan con dulzura
En el mismo purgatorio sus acentos,
  Ensalzando las glorias de Natura.

Y aun sus *Biglow Papers* (Documentos de Bíglow), donde se deleita tan regocijadamente en el dialecto yanqui, están llenos de introducciones, notas y glosarios, parte del argumento por lo general, pero tales que sólo un erudito sería capaz de redactar. No puede figurarme a Lówell saboreando la prosa sonora de su distinguido primo, e imagino que preferiría más bien la *Elegy* de Gray a la *Spoon River Anthology*.[2]

La nota predominante en los escritos de Lówell, tanto en verso como en prosa, es, tan marcadamente como en los de Mátthew Árnold, una erudición lúcida y primorosa. Usaba indudablemente más hebraísmos que Árnold, porque era descendiente de los puritanos; y carecía también de la claridad helénica y el sentido de proporción de Árnold; pero comparábase absolutamente con éste en su amor a lo bello, en sus simpatías liberales por todo aquello de mejor que se hubiera pensado o dicho en el mundo, en su criterio amplio y generoso, con el cual se mezclaba sutilmente su fe en los "sobrevivientes."

La esfera de su interés literario es sorprendente. Escribió acerca del Dante y de Shákespeare, de Cháucer y de Milton, Spéncer y Swínburne, Pope y Dryden, Keats, Lándor, Léssing e Ízaak Walton. Esta lista es simplemente una indicación. Sería difícil nombrar un sólo autor distinguido a quien alguna vez no se haya referido Lówell. No hay duda de que allí se revela cierta infección de libromanía. Lówell escribió con entera seriedad: "Para Italia, Dante representa el siglo décimotercio." No es extraño que Mr. Brównell exclamara a esto: "Uno diría que el siglo décimotercio, el siglo de Fréderick II y de Inocencio III, y de Giotto y de San Francisco, fué en realidad para Italia, conforme se le ha calificado, *el siglo más interesante* en la historia del cristianismo después de su edad primitiva, *más interesante aún que el siglo de la reforma;* pero no debido al Dante, sino a Francisco." Tampoco defendería yo la condescendencia literaria de sus alusiones a la historia como ciencia, y a la economía política. Pero estas aberraciones no son sino el defecto de abrazar exageradamente una verdad fundamental: aquella de que la letra falla, pero el espíritu ilumina.

Ningún pensador discutirá por un instante siquiera la importancia de la investigación precisa y detallada. Las apreciaciones generales que se desprenden de la conciencia íntima de un hombre de inteligencia brillante son "tan poco consistentes como los sueños;" pero el sabio que no ve más allá del hecho es, como lo declara Holmes, semejante al pólipo del coral: las maravillosas islas de los mares meridionales son fruto de sus labores, mas la coralina nunca contempla la isla ni sueña siquiera con que existe. Gloria sea dada a aquellos

[2]Obra publicada en 1915 y en que se ha seguido el modelo de la antología griega, escribiendo los epitafios desde el punto de vista del novelista, y cuyo autor es Édgar Lee Masters, quien nació en Gárnet, Kansas, 23 de agosto de 1868.—LA REDACCIÓN.

que ponen su trabajo en caso dativo; pero, aun admirándolos, hacemos mal en menospreciar al humanista liberal que juzga de su competencia toda clase de literatura. Lówell no era un sabio ni siquiera un crítico científico; el genio le subyugaba demasiado, como dice Mr. Brównell. Para él, todo el aparato de la gramática y de la lingüística era sólo aparato, muy valioso, en verdad, inapreciable, pero nada más que aparato. Es la voz del humanista la que se deja oír en el discurso pronunciado ante la Modern Language Association of America.

Las flores del lenguaje tienen ciertamente tanto valor como sus raíces; porque si bien la raíz secreta la savia que transmite vigor a la planta, la regocijada culminación de la vida está en las flores, que solas producen las semillas que han de difundirla y renovarla en sucesivo desarrollo. El ejercicio es saludable a los músculos mentales, manteniéndolos en aptitud de trabajar; pero el verdadero fin de la cultura, y cosa igualmente necesaria, es dar libre juego a la mente para que se revele sin trabas.

No es arduo, por cierto, defender a Lówell de la acusación de lánguido diletantismo. Trabajó largos días y semanas en preparar una nota desprovista de toda pretensión, y un ensayo como su *Dante* representaba el estudio de treinta años. Aun los filólogos más severos hablan con respeto de su tratado sobre el dialecto de la Nueva Inglaterra en la introducción de los *Biglow Papers*, segunda serie. Pienso que a muchos expertos lingüistas, por propia confesión, aprovecharían algunas horas de estrecha comunión con aquella luminosa exposición del desarrollo del lenguaje y de la naturaleza del dialecto. Si Lówell hubiera sido alemán, podría haber llegado a ser un gran filólogo; afortunadamente perdimos al filólogo, y ¿quién se atreverá a decir que no hemos ganado con el cambio?

¿Da todo esto impresión de académico y de escasa importancia para las personas prácticas? No es posible, naturalmente, pesar las cosas del espíritu en la balanza que se pesa el heno; pero esto no destruye su esencia. El rutinario más obstinado concederá, sin duda, que una vida entera dedicada como la de Lówell a una lucha tenaz por la libertad y la democracia, y por la luz y grandeza de esta misma democracia, no era una vida de refinada indolencia. Y el amor de Lówell por la libertad, y su independencia en política, son no menos marcadas que su elevada cultura. En su poema *Commencement* (Celebración del grado), en 1838, denunciaba el perjuicio infligido a los sobrevivientes de la tribu de los cheroquíes por el estado de Georgia con la sanción del presidente Jackson. Escribió los *Biglow Papers* en defensa de la despreciada secta de los abolicionistas con el objeto de ridiculizar una guerra sin conciencia e imperialista contra Méjico; escribió la mejor comedia para la elección de Lincoln en 1860; y, en 1864, su penetrante análisis de los informes del general McClellan fué distribuído en toda la nación como un importante documento de la campaña. Dirigió el fuego de sus sátiras contra la alianza peculiar de Johnson y Séward en 1866, al mismo tiempo que calificaba los procedimientos de la acusación como el monumental disparate que en realidad significaban. No tuvo reparo en denunciar la orgía de corrupción e incompetencia que cubrió de desdoro la segunda administración de Grant, y predicó toda su vida el evangelio de la reforma del servicio civil. Con pocas excepciones, los discursos políticos de Lówell fueron escritos para ocasiones determinadas y con propósitos inmediatos; mas por lo menos tienen un elemento que los hará duraderos, por cuanto dan un mentís al añejo concepto de que el hombre de letras ha de tocar el laúd en tanto que Roma se incendia.

Estos discursos, como lo dicho, son efímeros por lo general. Dos, sin embargo, perdurarán. El primero fué su famosa oración sobre la democracia, pronunciada en Bírmingham en octubre de 1884; y el segundo, aquel discurso tan mal interpretado, que pronunció en Nueva York cuatro años más tarde, sobre la independencia en política. El discurso de Bírmingham es una vibrante y confiada profesión de fe en el gobierno del pueblo. Hay allí frases que resuenan como profecías a la cárdena luz de las revoluciones y de los imperios que se desploman.

Las altezas serenísimas y las clases privilegiadas, ¿han manejado tan bien, por ventura, los asuntos de la humanidad, que sea inútil ensayar métodos menos onerosos?

¿Lo han hecho así, acaso? La guerra ha demostrado patentemente la justicia de la apología de Lówell en favor de la democracia, cuando decía que "las constituciones que descansan sobre base más amplia serán las más firmes, que el derecho del sufragio es una válvula de seguridad para cada votante, y que el mejor medio de enseñar a un hombre a votar es darle ocasión para la práctica." El discurso de Nueva York es menos esperanzado. Hablaba en una ciudad que había pasado por el oprobio del pillaje de Tweed, en un estado entregado a la bochornosa administración de Róscoe Cónkling y de Tom Platt; y donde se revelaban a cada paso pruebas incontrovertibles de que ciudad, estado y nación habían confiado sus destinos a una banda de ladrones. Los hombres de negocios evitaban la política como una plaga, a menos que tuvieran favores que solicitar, y los hombres ilustrados se enterraban entre sus libros. Pregunto ahora: ¿Maravilla acaso que el hombre que había lanzado tan valeroso alegato ante una audiencia inglesa se sintiera descorazonado? Y sin embargo, no es justo calificar como un clamor de desesperanza este último discurso político de Lówell. El cuadro era sombrío porque sombría era la realidad; pero siempre palpitaba la esperanza. Lówell se volvía, como Árnold, hacia los sobrevivientes de la esclavitud. Jamás creyó que la democracia, lo mismo que cualquiera otra institución, podría manejarse por sí misma; y exigía de los que presumían servir de guías una inteligencia luminosa y un talento cultivado.

Nos confrontan hoy problemas más graves que aquellos que debió afrontar la generación a que pertenecía Lówell. Hemos triunfado en la guerra de la libertad; nos queda todavía por triunfar en la lucha contra el aislamiento y el egoísmo, guerra más sutil en favor de la justicia internacional y de la paz estable en el mundo. La batalla ha de lidiarse en nuestra propia nación; y tenemos oportunidad más brillante de lo que jamás tuviera Lówell para llevar a la discusión de los asuntos internacionales, que envuelven los destinos de las naciones durante largos siglos, aquel raciocinio cultivado en que él fundaba el porvenir del experimento democrático. Confío en que los hombres de letras no esquivarán esta labor, sino que reivindicarán la confianza de Lówell por su firmeza, su penetración y su dirección eficaz en una lucha más agotadora aún que la de rifles y cañones, por cuanto es una lucha de ideas. Muchos hombres pueden morir con risueño valor; pocos son los que pueden pensar.

No me es posible terminar sin referirme a otro aspecto en que James Rússell Lówell simboliza al universitario ideal: quiero decir, su lealtad a la Hárvard University. Sirvió en sus aulas cerca de un cuarto de siglo como maestro adicto y brillante, satisfecho de que los lauros que pudiera alcanzar reflejaran su lustre sobre la institución. En su noble oda conmemorativa, en que toda la potencia de su genio parece fundirse en nueva y extraña combinación a impulsos de la pasión clarividente del poeta, le rinde supremo homenaje. La universidad no ha enseñado a sus hijos huecas "tradiciones griegas y romanas, ni la ciencia de manejar los nombres de las cosas," sino más bien el significado de

. . . . aquella austera divisa
Que eligieron los padrinos al borde de tu cuna,
Aquella *Veritas* que brilla al fondo
Del obscuro e inexplorado bosque,
Y de la árida frontera de las letras:
Esencia de cuanto es digno de la aspiración humana,
Semilla de grandes empresas, alimento inmortal,
Galardón divino que nos ofrece la tierra.

Por mi parte, aun cuando no puedo hablar con el ritmo de Lówell ni hacerla imperecedera con mis palabras en la memoria de los hombres, sentiría la impresión de haber desempeñado mal un agradable deber, si no rindiera homenaje a la University of North Dakota, y no diera testimonio de la exactitud del lema que su sello ostenta: *Lux et Lex.*

Y en consecuencia, por las luces y norte que la universidad me ha brindado; por el reconocimiento íntimo de las cosas realizadas y la esperanzada visión de las que habrá de realizar; por el halagüeño compañerismo de los estudiantes de ambos sexos y la sabia dirección de los maestros; por la belleza, que hace la vida más apreciable, y la verdad que la hace más libre; por todo esto, presento a la institución el tributo de mi gratitud.

EL MAGISTERIO EN LOS ESTADOS UNIDOS

POR

E. A. CROSS

En opinión del autor, el magisterio como profesión deja mucho que desear en los Estados Unidos. Los maestros, llamados a formar el carácter de los futuros ciudadanos, son, en proporción considerable, jóvenes de ambos sexos que apenas han recibido cuatro años más de instrucción sobre aquellos a quienes deben guiar, y que se dedican sólo temporalmente a la pedagogía a fuer de carrera que no exige preparación larga ni costosa. Los hombres y mujeres de alta intelectualidad se retraen por lo general del magisterio que no les ofrece la compensación adecuada que encuentran en otras profesiones. Dada esta situación, ¿qué podría hacerse para convertir el magisterio en una verdadera profesión, respetable y permanente? El autor sugiere un programa en que figura en primer lugar el establecimiento de una norma definida de instrucción pedagógica profesional; y en seguida la formulación de una escala de sueldos suficientemente elevados para permitir a los institutores el vivir con relativa holgura y alcanzar un nivel social y de cultura que responda a las exigencias de su profesión y pueda parangonarse con la posición de las familias cuyos niños han de educar. Entonces, y sólo entonces, tendrá motivo de esperar la nación que las escuelas estén a la altura de la labor educativa, psicológica y social que están llamadas a desempeñar.—LA REDACCIÓN.

SE HA hecho tan general en los últimos tiempos, tanto en la prensa como en discursos públicos, cantar las alabanzas del sistema escolar norteamericano, que parece conveniente para información de los interesados decir siquiera una vez la verdad acerca de la pedagogía como profesión en los Estados Unidos. Todos los hechos que sometemos a consideración en el presente artículo son conocidos de los directores de educación penetrados del asunto, pero no del público en general. Estos hechos se han publicado en tesis doctorales, en revistas educadoras y en libros leídos únicamente por los contados maestros cuya actitud es verdaderamente profesional con respecto a la pedagogía y a la educación. El hombre de negocios, el agricultor y el legislador han concedido su entera aprobación al sistema actual, han confiado sus hijos a las escuelas conforme son, y han creído que estas escuelas están haciendo por sus hijos cuanto pudiera hacer cualquier otro sistema de educación. Pero los investigadores diligentes del campo escolar no se muestran tan satisfechos.

Bajo las condiciones educativas existentes en la nación, las escuelas funcionan con éxito notable; pero la exacta verdad en cuanto a la profesión del magisterio en los Estados Unidos puede resumirse en dos palabras: no existe. Hay algunos pedagogos de profesión, muy pocos, que han estudiado a conciencia la labor que desempeñan, que han decidido seguir su profesión permanentemente y que se mantienen a la altura de los adelantos y progresos de la ciencia pedagógica. No todos ellos se encuentran en las "altas" instituciones docentes. Los hay en las escuelas primarias y en los jardines infantiles; se cuentan entre los profesores de clases en los grados elemental y de instrucción media; entre los directores, administradores y superintendentes; y unos cuantos son maestros en escuelas normales y en departamentos de educación especial en colegios y universidades, del mismo modo que en los departamentos generales de las universidades, donde se requieren hombres de gran ilustración. Con todo, hay que convenir en que no constituyen legión.

En la actual época de peligro la atención del público está fija en las escuelas, esperando de allí la salvación del porvenir. Todos están ansiosos de tener la certidumbre de que en las escuelas se cultiva la sensatez, la constancia, el criterio elevado, el respeto por los derechos y opiniones ajenas, el derecho de propiedad, la honradez, la moralidad, el amor patrio, la equidad: principios todos y cualidades que se supone poseer el pueblo norteamericano, y que se desea sigan constituyendo rasgos característicos norteamericanos a despecho del caos que la guerra ha producido y en el cual estamos hundiéndonos sin discreción

alguna al parecer. El espectáculo de las industrias y la propiedad implorando de las escuelas la salvación contra la oleada creciente del bolchevismo que amenaza arrollar al mundo, sería cómico si no fuera tan desesperadamente trágico. La escuela en que fundan sus esperanzas está sintetizada necesariamente en los maestros. Y ¿quiénes son los maestros? No se trata de las excepciones, de las lumbreras; pero ¿quiénes componen el vasto cuerpo del magisterio en los Estados Unidos?

En primer lugar, su número alcanza a 650,000 individuos. Por término medio, entre cada ciento cincuenta personas una se dedica a la enseñanza. En cuanto al sexo, 130,000 son hombres, y 520,000 son mujeres. En cuanto a la edad, la mitad de unos y otras frisa entre veintiuno, veintidós y veintitrés años; y gran número de estos futuros salvadores de la nación cuenta de dieciocho a veintiún años. Por lo que toca a preparación para sus labores, los maestros de primera enseñanza, aquellos que aparte de la familia y la sociedad forman en realidad el carácter de la gran masa de niños de escuela, han recibido por término medio sólo cuatro años de instrucción superior al grado elemental, cuatro años más de experiencia sobre aquellos a quienes deben guiar; ascendiendo a varios miles el número inquietante de los que no han pasado del octavo grado. Con respecto a la duración de sus servicios profesionales, en los hombres se extiende por lo regular a siete, y en las mujeres a tres o cuatro años. Casi una tercera parte de los maestros de escuela han entrado por primera vez en funciones este año escolar; y el próximo tendremos otra tercera parte de pedagogos noveles.

Estas cifras no responden a apreciaciones vagas. Son datos estadísticos tomados de los informes del comisionado de educación y de las extensas y prolijas investigaciones de quienes contemplan alarmados la condición actual de nuestras escuelas.

Hace un siglo, escuelas y maestros de esta clase podían ser suficientes para las necesidades de la nación. Cada comunidad representaba entonces una unidad social más o menos independiente. Se luchaba para conquistar el desierto. Era una lucha contra obstáculos materiales, para obtener combustible y abrigo, ropas y alimento. No existían problemas sociales complejos. Las escuelas impartían a sus alumnos el conocimiento necesario para la vida en aquel tiempo: leer, escribir y "contar." No son tales las necesidades a que han de responder las escuelas de hoy. Constituyen únicamente el instrumento mediante el cual los niños adquieren su educación. Es importante, sin embargo, que estas materias se enseñen bien, mejor aún que en épocas pasadas; pero el gran problema de las escuelas del día es preparar a los niños de manera que lleguen a convertirse en unidades capaces y eficientes del compuesto social que llamamos civilización. Si la escuela está destinada a salvar a la nación del terror rojo que pretende destruir una civilización para levantar otra sobre sus ruinas en el espacio de una noche, los maestros necesitan poseer una base sólida moral e intelectual. Necesitan conocer a fondo la historia de la raza en su lucha por el progreso, y cómo adquirió sabiduría a fuerza de errores y sufrimientos; y deben mirar adelante y hacia lo alto para alcanzar perspectiva que les permita ver las cosas conforme son a la luz meridiana y no a través del halo azul de un idealismo que desdeña el fondo y los fundamentos.

A decir verdad, no tenemos magisterio profesional en los Estados Unidos. Ninguna otra carrera cuyo término medio de preparación alcanza solamente cuatro años más allá del octavo grado, y en la cual muchos de los llamados a desempeñarla carecen aun de este requisito, pretendería llamarse profesión. De otro lado, ni hombres ni mujeres se preparan en forma profesional cuando sólo esperan seguir una carrera durante tres años y medio, por término general. La preparación reglamentaria para la jurisprudencia, la medicina, la arquitectura o la ingeniería es de ocho años después del octavo grado. Los individuos que se educan para tales profesiones esperan seguir toda su vida la carrera elegida. El público no confía su salud, sus controversias, sus construcciones ni sus empresas de ingeniería a jóvenes de dieciocho años; pero confía a la inexperiencia de la juventud algo mucho más importante: la educación de la nueva generación de ciudadanos de una república. Y los que asumen responsabili-

dad tan tremenda reciben gajes iguales a los que se paga a los mozos de bodegón y a los mecánicos de las cocinas de gas. Quizá sus servicios no merecen sueldo mayor. ¡Convenido! En muchos casos se pago con exceso a maestros incompetentes. Cualquier sueldo es excesivo para un ente inepto que sólo sirve de rémora en una escuela; pero el sueldo tanto del inepto como de la perla de gran precio es menos de la mitad de lo que gana un acarreador de ladrillos. No tendremos un verdadero cuerpo docente profesional hasta que, olvidando lo que se pagaba a los maestros en 1919, comencemos a pagar a los buenos pedagogos lo que realmente merecen al presente.

Los cálculos aproximados son engañosos. Cuando los investigadores nos informan que la generalidad de las maestras de escuela son mujeres de veinticuatro años, con instrucción equivalente a la que se obtiene en la escuela superior, y que enseñan dos años por un sueldo de seiscientos dólares anuales, el público no se alarma. La otra mitad de la historia es que hay muchos maestros que no se comprenden en este número: hay maestros de ambos sexos que han recibido educación verdaderamente profesional durante seis, ocho, y posiblemente hasta durante diez años después del octavo grado, a quienes se paga anualmente sueldos de mil doscientos o mil quinientos dólares por enseñanza en grados superiores. Entre el total de 650,000 maestros hay unos cuantos cuyo sueldo asciende de dos a doce mil dólares por año.

El espíritu se siente reconfortado cuando uno piensa en hechos de esta clase. Se comienza a creer que hay esperanzas de mejoramiento en las escuelas. Mas, pronto se ve uno compelido a observar la parte obscura del cuadro. El número de maestros cuyo sueldo responda a sus necesidades, es comparativamente muy pequeño. Por lo general, son éstos directores, inspectores, superintendentes o maestros en las escuelas superiores, las escuelas normales y las universidades. Enseñan únicamente a los pocos estudiantes afortunados a quienes alguna circunstancia feliz permite asistir a escuelas superiores al octavo grado; en tanto que apenas un cincuenta por ciento de los niños que frecuentan la escuela desde el primer grado continúa su educación pasado el sexto grado. Cualquier influencia que la escuela esté destinada a ejercer sobre las masas, debe tener efecto antes de que el niño llegue a los catorce años. Y durante el período decisivo que precede a los catorce años es cuando los niños son enseñados por muchachas sin experiencia, escasamente preparadas y escasamente pagadas.

No es ésta, sin embargo, la parte más sombría del cuadro. Si bien cierto número de maestros está por encima de este promedio abrumador, consideremos el número igual o mayor que se halla en condiciones todavía inferiores. Si bien el término medio de preparación se extiende a cuatro años después del octavo grado, existen aproximadamente 300,000 maestros que sólo cuentan tres, dos, uno y aun ningún año de educación superior a la que ofrece el octavo grado. Si el promedio del sueldo de los maestros es de 600 dólares por año, y el sueldo usual de los maestros de graduados en las ciudades más adelantadas es de 800 a 1,000 dólares anuales, puede calcularse cuántos preceptores están enseñando por trescientos, cuatrocientos o quinientos dólares por año para rebajar a seiscientos el promedio general. Si la edad es veintidós o veintitrés años, por término medio, ¿cuántos preceptores necesitan ser de diecisiete, dieciocho, diecinueve o veinte años para mantener el promedio en veintidós o veintitrés años? Si el período aproximado de enseñanza para los maestros norteamericanos es de tres años y medio, ¿cuántos habrá que sólo ejerzan la profesión durante seis, siete, ocho o nueve meses?

Las cifras no revelan la verdadera situación. Hay circunstancias que las cifras no dejan siquiera sospechar. El término medio de preparación es de cuatro años después del octavo grado. ¿Cuál es la naturaleza de esta preparación? Aproximadamente un doce por ciento de los futuros maestros siguen, terminado el octavo grado, un curso en las escuelas normales que se extiende por un período de dos o tres años. Este curso, casi enteramente especulativo y que requiere para seguirlo la graduación en el octavo grado, trata de los ramos que han de enseñarse por regla general, caracterizando la instrucción en tales materias un conocimiento vago y superficial de los métodos y plan de enseñanza, una ligera

tintura de psicología general ni aun remotamente enlazada con los procedimientos pedagógicos, cierto conocimiento inútil de la historia de la educación que, puntualizando los errores del pasado, no señala derroteros adecuados para el presente, y un compendio paradójico sobre métodos profesionales y científicos, llamado "teoría y práctica de la educación."

Otro pequeño número se instruye en materias académicas en las universidades, pero sin seguir un curso de pedagogía profesional. Este grupo estudia en la universidad materias que jamás han de enseñarse en las escuelas de grado. Nada conoce de los problemas psíquicos y sociales que deben contemplar los maestros, quienes habiendo abandonado la escuela de grado dos o cuatro años antes de comenzar su labor docente, saben menos probablemente de las materias que han de enseñar que los jóvenes de ambos sexos que acaban de completar el octavo grado.

Consideremos ahora a aquellos que han seguido el curso acostumbrado de cuatro años en las escuelas superiores de los Estados Unidos, después de terminado el curso de la escuela primaria. Constituyen este curso cuatro años de latín, tres o cuatro de inglés, tres años de ciencias, dos de historia, dos de matemáticas y tal vez dos años de algún idioma moderno. Hay algunas ligeras variaciones, y en ciertos casos se han hecho tentativas en el sentido de que las materias tratadas tuvieran alguna utilidad práctica además de su valor como ejercicio mental; mas, por lo general, el latín no produce la más leve chispa de apreciación de la literatura latina en quienes siguen este curso, ni hace aprender en los cuatro años la etimología de los derivados latinos la mitad de lo que se aprendería en seis meses de estudio en una clase especial de etimología y voces inglesas. El curso de inglés no procura generalmente a los alumnos la ciencia del estilo; y parece olvidarse, en el estudio del desarrollo de la literatura, que el objeto principal de los estudios literarios para los jóvenes debe ser la apreciación. Quizá las ciencias, la historia y las matemáticas se enseñan algo mejor; pero los idiomas modernos, por lo general, llevan la peor parte. Muy pocas escuelas superiores enseñan a sus alumnos a leer, escribir y hablar un idioma extranjero lo bastante bien para que les sea de alguna utilidad. Ciertos maestros que han recibido instrucción en las universidades regresan a enseñar en las escuelas superiores cursos universitarios y profundamente técnicos, diluyendo su ciencia para adaptarla a las juveniles inteligencias hasta el punto de que no contiene ya substancia alguna que puede servir de alimento espiritual o mental.

Todo esto significa que aun los cuatro años de instrucción que la generalidad de los maestros adquieren después del curso de la escuela primaria es inútil en su mayor parte, desde el punto de vista profesional. Desde que terminaron el octavo grado estos maestros han ganado unos años más de edad, alguna base para su escaso caudal de conocimientos, un poco más de cultura por su contacto con mayor número de personas; pero prácticamente nada de ciencia pedagógica ni de discernimiento acerca de las cualidades humanas de los niños, y positivamente nada respecto de los "ramos comunes" que están destinados a enseñar.

¿A qué razón obedece que los maestros dediquen tan corto tiempo a prepararse para la enseñanza y se contraigan durante período tan breve a su carrera que la pedagogía no pueda calificarse de profesión, ni aun por exceso de cortesía? La respuesta implica una condición de la educación y dos o tres condiciones sociales. Como se ha demostrado, las escuelas superiores, las universidades y las escuelas normales no han comprendido todavía que es posible procurar instrucción profesional a los maestros. Unos cuantos colegios de pedagogía, escuelas normales y departamentos en ciertas universidades han puesto en práctica este principio y están procurando eficientes institutores a la nación; pero la preparación que recibe la mayor parte de los maestros es tal como si no existiera una técnica profesional para la educación. Únicamente los directores, categoría que incluye muchos maestros graduados, reciben educación profesional. Una gran mayoría, el noventa por ciento, se instruye como si una educación general cualquiera representara preparación suficiente para la carrera pedagógica. En una palabra, el número de escuelas profesionales que respondan al propósito de preparar científicamente a los

maestros es tan reducido que basta apenas para instruir a la décima parte de pedagogos que se necesitan anualmente.

Segundo tema de consideración es el motivo que impulsa a los jóvenes de ambos sexos a elegir la carrera de la pedagogía. Por cada muchacho, hay cuatro muchachas que se dedican a esta profesión. Los hombres sienten la atracción de otras carreras que les ofrecen mejores oportunidades de labor proficua, ocupación másen armonía con sus inclinaciones, trabajo permanente, sueldo mayor, rápido ascenso en caso de éxito y campo más ancho de ingresos durante el período de aprendizaje hasta encontrarse en posesión de la técnica de la profesión. Cuando se resuelven a enseñar, la mayor parte de estos jóvenes piensan solamente en tomar una carrera que no exige preparación larga ni costosa: a la verdad, hacerse maestro requiere menos tiempo y menor preparación que hacerse albañil. En esta ocupación provisional piensan proveerse de los fondos suficientes para permitirles dedicarse al estudio de alguna otra profesión en que no es posible ganar dinero hasta después de haber adquirido el conocimiento profesional.

En cuanto a las mujeres, en su mayor parte, se dedican a la pedagogía con la honrada intención de consagrar a esta labor un número considerable de años. Hasta hace poco la enseñanza ofrecía a las jóvenes un trabajo tan bien retribuído como cualquier otro de los que tenían a su alcance. Es una ocupación honorable y atrae por naturaleza a la mujer a causa de su amor instintivo por los niños. Casi todas las muchachas acarician, abierta o secretamente, la esperanza de que dentro de un tiempo razonable llegarán a casarse, abandonando entonces la escuela para convertirse en esposas y madres y atender a su propio hogar. Algunas aceptan francamente la enseñanza como medio de adquirir el dinero necesario para su ajuar de boda, y no piensan enseñar un día más de lo estrictamente indispensable para sus propósitos. En otros casos, el joven con quien esperan casarse no puede pensar seriamente en matrimonio hasta que haya tenido éxito en su profesión o en sus negocios: las muchachas enseñan hasta que los hombres estén en condición de sostener los gastos del matrimonio. Esto explica el hecho de que dos séptimas partes de las escuelas tengan cada año maestros noveles, principalmente mujeres, que enseñan por primera vez, y que igualmente dos séptimas partes de los maestros abandonen su carrera cada año para casarse o emprender cualquier otra clase de labor.

Bueno es tener conocimiento de estos hechos cuando se recurre a las escuelas pidiéndoles realizar una labor educadora de alta significación o inculcar tales o cuales principios en las mentes infantiles. Teniendo en cuenta la juventud, la escasa preparación y la falta de experiencia de la gran masa del personal docente de los Estados Unidos, es poco menos que maravillosa la tarea realizada al educar la sana generación de hombres y mujeres que tan estupenda labor desempeñaron durante la última guerra. La ayuda que prestaron las escuelas sosteniendo desde su planteles la segunda línea de defensa ha sido admirable y merece ser reconocida amplia y generosamente. Pero cuando las grandes industrias, que representan el capital, esperan que los maestros se hagan representantes de la conciencia de clase e inculquen a los niños la inviolabilidad de los negocios y del capital, fundan gratas expectativas sobre base muy incierta. Sus informes acerca del personal de la fuerza docente son equivocados. Ignoran cuán joven, cuán inexperimentada, es la gran masa de los maestros. Los jóvenes no se inclinan a mirar como inviolable el orden actual de cosas. Sus simpatías se dirigen naturalmente al cambio, a un programa de evolución. Y si los maestros simpatizaran con alguna de las clases antagónicas, sería lógicamente con aquella que significara progreso y no con la que considera altamente satisfactorio el actual estado de cosas.

El magisterio se recluta principalmente entre la clase pobre, y con harta frecuencia entre familias extranjeras que aun no se han asimilado por completo al país. Las hijas de familias acomodadas no enseñan. Los hijos cuyos padres se hallan en condiciones de abrirles una carrera comercial o proporcionarles cuatro años de instrucción universitaria eligen profesión distinta de la pedagogía o se dedican a los negocios. La mayor parte de los maestros se ven obli-

gados a dedicarse a enseñar lo más pronto posible por la necesidad de sostenerse y ayudar a su familia. La mayor parte son pobres y pertenecen a familias pobres. Por razón natural sus simpatías están del lado de la clase obrera en cualquiera controversia entre el trabajo y el capital.

Hasta aquí sólo hemos considerado los defectos de la enseñanza. Hemos tratado de señalar los puntos en que la pedagogía se halla a nivel inferior profesional; pero esto sólo representa la mitad de la tarea. Es indispensable proponer algo constructivo. ¿Qué debe hacerse, dentro de la esfera de la posibilidad, para convertir el magisterio en una verdadera profesión de cuya eficacia se obtengen los satisfactorios resultados que pueden esperarse de las escuelas públicas?

Como hemos visto, la principal deficiencia de la institución consiste en la falta de una norma definida de instrucción profesional. Yo no abogaría por los cuatro años de instrucción pedagógica simplemente porque tal es el requisito convencional. Si no existe una ciencia educativa que requiera todo ese tiempo, no debería exigirse esta condición. Si los conocimientos que un maestro bien instruído necesita adquirir antes de comenzar la práctica de su profesión pueden obtenerse en período más corto que el convencional de cuatro años; si el futuro institutor puede crearse en menos tiempo aquel fondo de instrucción liberal en artes y ciencias que toda persona ilustrada, y especialmente todo maestro, debe poseer; si le es posible adquirir el indispensable conocimiento del ser humano como individuo y como miembro del grupo social, y encontrarse en dos o tres años, en posesión de la ciencia práctica y el proceso de la enseñanza, el período de aprendizaje no necesita ser de cuatro años, sino de dos o tres. Mi opinión es que el programa completo de instrucción pedagógica profesional llenaría con exceso cuatro años.

Sin pretender asumir una cátedra, me permito enumerar algunas de las materias que todo maestro competente debería conocer. La lista habría de comenzar siempre por amplias lecturas de literatura e historia y de todas las demás ciencias y artes, condición inseparable de toda definición de cultura. En seguida viene el conocimiento cabal de la materia que ha de enseñarse. (Al presente no existe esto siquiera.) Los libros de texto deben disponerse de manera que su material sea a la vez útil e interesante, y los maestros, por su parte, deben estar preparados para exponer el tema en forma apreciable para los discípulos. En el terreno de la teoría de la educación hay muchas cosas que el futuro maestro necesita conocer, además del simple método de enseñanza. Hay problemas apenas sospechados acerca de los fines educativos, del respectivo valor que asumen en la educación los diferentes estudios escolares, de la disposición de cursos y programas, de las pruebas para medir la inteligencia y los resultados de la enseñanza.

Naturalmente, el problema fundamental del maestro es acostumbrar a los niños a pensar, a comprender las ideas expresadas en la página impresa, y a manifestar sus propias ideas en forma simple y exacta, ya sea de palabra o por escrito. Las ideas son el instrumento a favor del cual se educan los niños, tanto dentro como fuera de los muros de la escuela. Puesto que la mitad de los niños abandona la escuela antes de completar el séptimo grado, es imperativo que estos niños, destinados a votar y a convertirse en ciudadanos dentro de otros siete años, dominen el manejo de tales instrumentos. Pero el sexto grado no basta a todos los niños para adquirir este conocimiento. La mayor parte no lo adquiere a causa de la deficiencia de la enseñanza.

La condición esencial es, pues, adecuada preparación para el magisterio. Debemos abandonar la idea de que es suficiente el conocimiento de las materias que se hayan de enseñar. Es indudable que los maestros deben tener a este respecto conocimientos más profundos de los que ofrece el estudio de los superficiales libros de texto usados al presente en nuestras escuelas; pero deben saber además algo de la biología aplicada a la educación, especialmente las condiciones biológicas implicadas en la herencia y la diferencia de sexo. Deben tener nociones de la higiene personal, incluyendo la higiene del sexo. Deben estar al tanto de los conocimientos actuales acerca de la higienización de las viviendas y locales escolares, de la transmisión y medios de prevenir enfermedades infecciosas y contagiosas, de la

influencia mental o física que el hogar y el medio ejercen sobre el niño; acerca del cuidado de los ojos y oídos, del proceso intelectual de los niños, de los diferencias mentales entre ambos sexos, así como de las diferencias individuales; acerca de las impresiones psíquicas de los adolescentes y acerca de muchas otras fases psicológicas vitales de la vida infantil que en la actualidad no conocen ni de nombre la mayor parte de aquellos que se dedican a la enseñanza.

Mientras la instrucción profesional sea insuficiente, mal puede esperarse que la escuela forme niños capaces de encontrarse en un mundo inteligible, y en la debida proporción con respecto del resto del mundo. Como nación, somos provinciales. La gran masa del pueblo no comprende el mundo fuera de nuestras fronteras, si es que tienen siquiera un concepto claro de lo que son los Estados Unidos. Cuando la nación pide a las escuelas que enseñen a los niños la obediencia a la ley y el respeto por los ideales norteamericanos, debería recordar que la mitad de los maestros mismos no tienen concepto cabal de los principios que la nación sostiene, ni de lo que implican la justicia y el criterio equilibrado cívicos.

La segunda condición es la garantía de estabilidad. Los hombres que se dedican al magisterio deben estar convencidos de que ésta es una noble y respetada profesión, capaz de dar expansión a los mejores sentimientos humanos y de recompensar ampliamente los servicios que se la consagren. Las mujeres que se proponen enseñar deben mirar su carrera como vitalicia. Al presente la mujer o bien se prepara superficialmente para una enseñanza a que piensa dedicarse tan sólo uno o dos años hasta contraer matrimonio, o se cree obligada a abandonar toda esperanza de casarse, de tener un hogar e hijos, para convertirse en permanente maestra profesional.

El magisterio no debe representar para la mujer el equivalente del velo monjil. No hay razón alguna plausible por la que una mujer casada no pueda enseñar. Si hubiere recibido instrucción profesional, constituiría una pérdida económica el permitir que abandonara la pedagogía por haberse casado. El costo de su educación profesional resultaría mejor inversión estimulándola a continuar su labor, que interrumpiría únicamente el tiempo necesario antes y después del nacimiento de cada hijo para atender a sus deberes maternales. Durante estos períodos, su sueldo de servicio activo podría reducirse a la mitad o algo aproximado.

La actitud de cortés tolerancia o de abierto desdén asumida por el próspero hombre de negocios con respecto al pedagogo, y el sueldo de mozo de oficina asignado a los maestros, han retraído del magisterio a hombres de eminentes cualidades. El matrimonio ha separado de esta carrera a las mujeres tan pronto como era posible que se educaran superficialmente nuevas muchachas para llenar las vacantes. Todo esto es perjudicial. Debería haber tantos maestros como maestras; y todos, unos y otras, recibir instrucción profesional y convertirse en miembros permanentes de una institución altamente respetable.

Lejos de aproximarnos a condición tan satisfactoria, vemos que el número de maestros decrece: no hay suficientes para atender a las escuelas. El último informe de la comisión de la National Education Association que estudia los sueldos y escala de sueldos en el magisterio llama la atención al hecho de que el magisterio no atrae suficiente número de postulantes para desempeñar todos los puestos pedagógicos. De los 650,000 puestos de maestros asignados para las escuelas de los Estados Unidos, 39,000 están vacantes, y 65,000 están desempeñados por maestros que apenas responden a la deficiente norma de preparación que tenemos en vigencia. Estos 65,000 jóvenes de ambos sexos carecen de la capacidad mental o de la instrucción suficiente para pasar el superficial examen sobre materias elementales, que se requiere para obtener el diploma de maestro de segundo o tercer grado. Ciento cinco mil aulas carecen de maestros o tienen un personal cuya eficiencia, natural o adquirida, está muy por debajo de la norma actual que apenas si podría llamarse eficiencia. Una sexta parte de los niños de la nación no asisten a la escuela o asisten a alguna que sólo tiene el nombre de escuela. Una décimosexta parte de los niños carecen en absoluto de maestros, porque las escuelas están cerradas. Las que están en funcionamiento se hallan servidas en gran parte por jóvenes, mujeres

principalmente, menores de veintiún años. Durante el último año, el número de maestros de esta clase ha aumentado en un veinticinco por ciento.

Las perspectivas para el año próximo y el siguiente no son más halagadoras. Si bien las universidades están ahora atestadas de individuos cuyo ingreso se retrasó uno o dos años por la guerra; si bien se han matriculado estudiantes que bajo condiciones normales habrían ingresado en 1917, 1918 y 1919, ninguno ha tomado el curso de pedagogía. Tampoco hay muchas mujeres que hayan tomado este curso. La University of Illinóis, aparte de sus escuelas médica y dental, cuenta 7,104 estudiantes. Sólo setenta y nueve de éstos siguen los cursos mayores o de significación profesional, a pesar de que su departamento de educación es uno de los mejores en el país. Desde 1916 el número de graduados en las escuelas normales y colegios de pedagogía ha disminuído en una tercera parte. Este año el número total de estudiantes en aquellas escuelas es menor que el año pasado, a pesar de hallarnos entonces en condiciones de guerra; y el año pasado fué el peor de los que consigna la historia de las escuelas de pedagogía. A menos que la nación adopte medidas inmediatas para hacer del magisterio una profesión, el sistema escolar de los Estados Unidos está expuesto a derrumbarse por falta de maestros. No se trata de un peligro remoto: la amenaza es inmediata. La institución escolar se aproxima al fracaso.

Los maestros deben recibir sueldos suficientemente liberales para permitirles vivir al nivel social y de ilustración de las familias cuyos niños educan. Los maestros no son empleados mercenarios. No quieren aceptar gajes de criados ni la condescendencia que los amos acuerdan a sus servidores. Tienen derecho de esperar una renta que les permita vivir con holgura, y economizar algún dinero para las épocas de enfermedad, falta de empleo y ancianidad.

Esta retribución liberal no debe, por otra parte, concederse de golpe ni indistintamente. Probablemente existen en el país tantos maestros con sueldo excesivo como con retribución insuficiente. Los sueldos profesionales deben asignarse a maestros profesionales; los aprendices deben recibir tan sólo sueldos de aprendices. Los jóvenes con escasa preparación, los ineptos que cuentan años de labor incompetente, están hoy harto bien pagados; pero los maestros de alta mentalidad, los maestros bien preparados y con aptitudes naturales para el magisterio, deberían gozar de una retribución tal que hiciera comprender a los jóvenes inteligentes de ambos sexos que el estudio de la pedagogía es una verdadera profesión, con normas profesionales y remuneración profesional comparable a la que ofrecen la jurisprudencia y la medicina.

La primera condición del nuevo programa, destinado a hacer de la enseñanza una verdadera profesión y a inducir a hombres y mujeres capaces y de elevada inteligencia a elegir el magisterio como labor permanente, vitalicia, es elevar sus rendimientos al nivel de los de las demás profesiones científicas, estableciendo una escala de sueldos que se extienda desde una suma relativamente pequeña para los aprendices hasta la retribución liberal que debe gozar el pedagogo profesional. La segunda, es declarar inhábiles a los que no poseen la preparación necesaria para su carrera y a todos aquellos cuya labor deficiente durante años enteros haya puesto de manifiesto su ineptitud natural, su inercia moral o cualquiera otra causa de incompetencia. La tercera medida es formular un comprensivo plan nacional para la preparación pedagógica y para los diplomas otorgados a los maestros, semejante al que ahora se encuentra en vigencia en Francia.

Cuando los Estados Unidos adopten este programa y sus 650,000 escuelas se hallen bajo la dirección de maestros con instrucción profesional, podrán confiadamente acudir a las escuelas para que enseñen la moderación, el derecho de propiedad, la rectitud moral y un programa de espíritu nacional fundado en la cooperación democrática de las industrias. La nación podrá entonces esperar confiadamente en que las escuelas constituyan una barrera infranqueable contra el radicalismo importado que escarnece las duras lecciones de civilización por que el mundo ha atravesado en la lucha de las edades. Entonces podrá razonablemente la nación acudir a las escuelas en solicitud de luz y derroteros.

EL SATANISMO Y EL ORDEN SOCIAL

POR
GÍLBERT MÚRRAY

Aun cuando nos hemos concretado hasta ahora en las páginas de **INTER-AMÉRICA** a traducir escritores americanos, encontrando de interés general el tema desarrollado por el autor del presente artículo en una conferencia celebrada últimamente en Mánchester, Inglaterra, no vacilamos en someterlo a nuestros lectores. Opina el autor que el espíritu satánico o de odio inveterado contra el orden social existente, el espíritu que se goza en todo desastre siempre que signifique ruina para los gobernantes, se deja sentir con más viveza quizá en nuestros días que en el último período de mil años. Es un sentimiento explicable en cierto modo, dice, originado en las vejaciones y opresión que imponen a sus súbditos del exterior las naciones imperialistas. Con todo, no es precisamente el orden social lo que es causa de la situación y merecedor de la censura. Es el falseamiento de los principios sobre los cuales se basa el orden social, y a los cuales es necesario acogerse para restablecer un estado de cosas más feliz y equitativo. Casi cualquier gobierno es preferible a la falta de gobierno, y casi cualquiera ley a la carencia de toda ley. Pero si no se restablece el orden social de acuerdo con las normas equitativas proclamadas por hombres eminentes del siglo pasado y sintetizadas en su mayor parte por el pacto de la liga de naciones, y se trata a los pueblos sometidos como a connacionales cuyo gobierno nos ha sido temporalmente confiado, amortiguando los odios despertados como secuela de la guerra, el edificio entero de la sociedad humana está expuesto a desplomarse en otro gran conflicto a impulsos del satanismo, como se desplomó en otro tiempo el magno y glorioso imperio de los Césares.—LA REDACCIÓN.

EN UNA antigua novela, todavía famosa y en su tiempo muy popular, el autor, oprimido con el peso de los males del mundo, da a su heroína el nombre de Consuelo, y pinta al desequilibrado héroe como descendiente de una extraña secta. Es uno de aquellos bohemios heréticos que desconfiando de la bondad de Dios se arrojan en los brazos protectores de su proscrito camarada, compañero de sufrimientos, y víctima como ellos de la persecución y el anatema: el diablo. Su palabra de salutación era: "¡Salve, Agraviado!" o "¡Bendito seas, Agraviado!" Y hacían del Agraviado un personaje en cierto modo semejante al paciente Cristo, campeón de los pobres y de los humildes, un ser más que perseguido, más que crucificado, pero que se diferenciaba de Cristo en que no era amigo de papas, sacerdotes ni emperadores, y presumiblemente tampoco amigo de Dios; siempre rebelde e invencible.

Esta doctrina parece a primera vista bizarra y aun depravada. Tiene alguna explicación, sin embargo, por cuanto es creencia de los oprimidos y desamparados que, conscientes de su inocencia, deducen que es inicuo el poder que les hostiga. Para aquellos piadosos y sencillos labriegos montañeses, secuaces primero de John Huss y Ziska, y luego de caudillos más ignorantes y feroces, el mundo se convirtió gradualmente en un lugar dominado por enemigos. Las autoridades les manejaban a punta de palo y espada, anatematizaban a sus caudillos religiosos como emisarios del diablo y les atormentaban por cosas que ellos consideraban sagradas. La tierra pertenecía al Señor, y los papas y emperadores eran los representantes de Dios sobre la tierra. Así se les había enseñado, y con el tiempo aceptaron esta concepción. De un lado Dios, el papa y el emperador, y el ejército de perseguidores; del otro, ellos, los atropellados y los pobres, sus reverenciados caudillos, hostigados como fieras, sobre todo, su eterno consolador y compañero en rebeldía, aquel Luzbel condenado al ostracismo y arrojado a las tinieblas y el tormento a semejanza de sus hijos. ¡Seámosle fieles, que seguramente su día llegará!

En este sentido el satanismo es perfectamente comprensible y puede despertar las simpatías. No es necesario prestar atención alguna al nombre de "Satán" o "Lucifer;" el nombre es un simple accidente mitológico. La esencia de esta doctrina es que el orden social se funda en el mal y en la mentira; la bondad y la verdad son los rebeldes perseguidos. Esta misma creencia ha sido sostenida en otras formas por muchos santos y mártires del cristianismo, especialmente por el autor del Apocalipsis. Pero debemos notar que es diametralmente opuesta a las enseñanzas de casi todos los

grandes sistemas morales. Platón y Aristóteles y los estoicos, San Agustín y Santo Tomás de Aquino, Kant y J. S. Mill, y Comte y T. H. Green, todos arguyen o asumen que existe en alguna forma el cosmos y orden divino; que todo lo bueno está en armonía con este orden, y todo lo malo está en oposición. Observo que una de las escuelas gnósticas de Hipólito, el padre de la iglesia (VII, 28), define a Satán como "El espíritu que actúa contra los poderes cósmicos," el rebelde que protesta y reacciona contra la voluntad del todo, que trata de dislocar la sociedad a que pertenece, que no busca la vida y el bienestar, sino la muerte y la destrucción de la colectividad. Los antiguos filósofos expresan vigorosamente esta concepción del mal, y el concepto correspondiente de la bondad humana como distintivo del buen ciudadano. El mundo o universo constituye una comunidad, o como ellos lo expresan, una ciudad; todos los hombres, y quizá todas las cosas vivientes, son ciudadanos de esta ciudad, y la bondad humana consiste en procurar el bien general. La providencia o presciencia divina consiste en promover el bien futuro del universo, y nos corresponde ser, en toda la extensión de nuestras facultades, "los servidores y ministros de la divina providencia" (Diodoro I). De esta manera la bondad se identifica con la lealtad, o con aquello que algunos de los cristianos perseguidos llamaban *Pistis*, fidelidad. Hay un ejército de Dios y un ejército contrario. El pecado capital es la rebelión o traición.

Conviértese así la lealtad en la virtud cardinal y típica; pero, ¿lealtad a quién? Hasta donde es posible expresarlo, lealtad al proceso cósmico o propósitos de Dios, o al bien general como manifestación de estos propósitos. Mas en la práctica, para el ser humano ordinario cuyas creencias carecen de peculiaridades o idiosincracia, esta virtud cardinal toma la forma de lealtad hacia la colectividad activa más importante de la cual es miembro. Naturalmente, todos estamos familiarizados con la noción de lealtades antagónicas.

En la práctica se acepta que el bien de toda sociedad considerable se aproxima lo bastante al bien universal para justificar la devoción de un hombre a aquellos ideales. Un individuo que dedicara su vida al bienestar de Nueva York—asumiendo naturalmente que su concepto del bienestar de Nueva York fuera razonable, adecuado y sensato—sería juzgado un hombre bueno. Es teóricamente posible que el bien del universo demande la miseria y degradación de los habitantes de Nueva York; pero ésta es una posibilidad que la opinión ordinaria no puede tomar en serio. Forzosamente el hombre que dedicara en realidad su vida al bienestar de todos los individuos de los Estados Unidos o del imperio británico o del imperio alemán, o más todavía, al bienestar de todos los habitantes del imperio romano, sería considerado por todos, salvo los excéntricos o cargados de prejuicios, como un hombre honrado que lleva una vida honrada. Si la censura alcanza a individuos de esta clase, como Cécil Rhodes o Bísmarck, Guillermo II o Augusto, por ejemplo, siempre hay razón de pensar que estuvieron errados en su concepción de lo que constituía el bienestar de su colectividad. Pretendieron, y quizá creían, propender al bien de la sociedad, en tanto que realmente hacían algo muy diferente: inflamar sus ambiciones, halagar sus vicios, o algo por el estilo.

El punto interesante se presenta cuando una de aquellas vastas colectividades comienza a identificar su propio bien con algo que incidentalmente implica el mal de otra sociedad, ya sea grande o pequeña. La mayor parte de nosotros, por ejemplo, considera al imperio alemán como una organización tan hostil a la humanidad, que debe ser destruída. Pero es digno de notarse que cualquiera de estas grandes organizaciones dedica con mucho la mayor suma de tiempo y de energía al bienestar de sus miembros, a fines tales como la educación, el transporte, la industria, la agricultura, el gobierno y la administración de justicia; y que el daño que hace, por enorme que sea, es en gran parte inconsciente o accidental. El ejemplo más patente y quizá el más trágico de este caso es el que ofrece el imperio romano.

Si tratamos de penetrar en la mente de un honrado funcionario romano, como Plinio, por ejemplo, encontraremos, según se desprende de sus cartas a Trajano, que en su opinión el servicio de Roma era lo que más se aproximaba al servicio de Dios o al

bienestar de la raza humana en conjunto. Roma, decía, tiene indudablemente sus imperfecciones, y no todos los procónsules romanos son dignos de su elevado puesto. Pero, en última instancia, el imperio romano quería la paz en todo el mundo conocido; tendía a un gobierno recto y desinteresado; protegía a los hombres honrados contra los ladrones y los salteadores; castigaba a los malhechores; prestaba auxilio eficaz a las ciudades arruinadas por ciclones o terremotos y a las provincias que habían perdido sus cosechas. Difundía la educación y las costumbres civilizadas; destruyó las prácticas más perniciosas de salvaje superstición; y si cualquier ser humano podía indicar algún perfeccionamiento en la ciencia gubernativa, un buen gobernador romano estaba por lo general dispuesto a prestarle consideración. Si se hubiera preguntado a Plinio cuál era la mayor calamidad que podía suceder a la raza humana, habría contestado probablemente: "La caída del imperio romano;" y hubiera sido arduo el contradecirle.

Puede argüirse que Roma había destruído en nación tras nación el arte y cultura aborígenes, substituyéndolos con una civilización lánguida y mecánica, de escasa vitalidad, belleza o facultad de desarrollo; que arrebató el alma a las religiones locales poniendo en su lugar un vacío y helado ceremonial. Pero estos argumentos encontrarían una sonrisa incrédula, como sucede con argumentos de esta clase en nuestros días. Plinio podría contestar con justicia que si todas las naciones sometidas preferían la cultura romana a la propia, era sin duda porque encontraban la cultura romana marcadamente superior. Si aceptaban la religión oficial romana, debía ser por igual razón. En efecto, añadiría, la religión de la Roma Dea, la aceptación del espíritu del imperio romano como algo digno de veneración, de amor y de culto, era lo que más se aproximaba a una religión verdaderamente filosófica susceptible de asimilación por hombres poco ilustrados; y que, después de todo, Roma nunca suprimió ni dañó religión alguna que no fuera criminal en sus prácticas. Todo lo que Roma pedía era el reconocimiento de una fraternidad y lealtad comunes, manifestadas en la forma más simple y humana, ofreciendo incienso y plegarias ante el altar de Roma Dea, la divina madre, y en ocasiones ante el jefe actual del estado.

Y como sabemos, cierta gente singular se resistía a hacerlo. Parece curioso que no pudiera subsanarse divergencia tan pequeña. No veo por qué rehusaran judíos y cristianos rogar por el bien de Roma, siempre que lo hicieran ante sus propios altares, ni por qué los magistrados pusieran dificultades acerca del altar en que la ceremonia se efectuara. Evidentemente el asunto estuvo mal manejado desde el comienzo. Y hacia el tiempo del cual tenemos información detallada encontramos que los cristianos lanzan contra el imperio romano anatemas y conjuros en vez de plegarias, y que la clase baja de Roma trata de destruir mediante sangrientas matanzas esta iniquidad inverosímil. Las ordinarias flaquezas humanas podían tolerarse, aun la falta de patriotismo no era precisamente un crimen, y en cuanto a la superstición, nadie tenía por qué intervenir con las creencias del vecino en materias desconocidas; pero cuando el pueblo se reunía secretamente a rogar a un Dios ajeno y hostil por el mal de todo el imperio; cuando calificaba de meretriz montada en una bestia salvaje, y ebria con la sangre de los santos a la veneranda madre Roma; cuando veía visiones y lanzaba exorcismos preñados de los desastres más terribles que la mente pueda concebir en contra de la humanidad; signos cabalísticos y copas de sangre emponzoñada, y jinetes sobre cabalgaduras extrañas que atropellaban bajo sus pies a todo el mundo romano hasta que la sangre de aquel lagar llegara a la brida de los caballos, mientras los cristianos contemplaban el espectáculo entre cantos de regocijo; entonces el obrero o labriego ordinario comenzó a buscar en torno piedras y palos, y el inquieto magistrado a pensar que esta nueva secta judía debía ser clasificada como sociedad ilegal.

La actitud mental del Apocalipsis es casi idéntica a la de los sectarios perseguidos en *Consuelo*. El mundo y los monarcas del mundo son absolutamente malvados, no seres imperfectos y sujetos a error, sino fuerzas perniciosas, que odian todo lo que es bueno y actúan sobre la tierra como representantes de los dioses malé-

ficos; el mal predomina en el cosmos terrenal; y el hombre recto no puede sino desear su completa destrucción.

El concepto de que el estado de cosas puede ser en definitiva el mal no es nuevo, por supuesto. Cuatrocientos años antes se había estremecido Atenas ante la concepción de Platón del hombre honrado ideal que, encontrándose en un mundo malévolo, sufre toda clase de aflicciones, es preso y escarnecido, le queman los ojos y es, por último, empalado o crucificado, pero se siente feliz en medio de todo; es decir, un hombre a quien desearíais asemejaros a causa de su rectitud. La mitología griega poseía también el personaje tradicional de un divino rebelde, Prometeo, que por amor a los hombres desafió al cruel poder que gobierna el mundo. Tanto Prometeo como los místicos filósofos griegos fundadores del gnosticismo se expresan elocuentemente acerca de la maldad del mundo, de los poderes que lo gobiernan, y de la ira contra el hombre de los siete planetas. En ocasiones se muestran convencidos de la malignidad del Creador; para algunos de los gnósticos el Demiurge, o creador, es el padre o hermano del diablo.

Este concepto de la maldad del mundo tiene, en mi opinión, escaso valor filosófico, pero es siempre interesante para el psicólogo y el historiador. Se difunde como resultado de sufrimientos determinados, ya sea con motivo de la derrota o la persecución, o a causa de un gobierno extraordinariamente malo. En casos aislados puede emanar simplemente de algún idealismo sensitivo cuyas esperanzas están demasiado altas para que pueda satisfacerlas la vida humana. A veces representa las creencias de los místicos y los anacoretas; mas, por lo general, es el clamor del perseguido, del refugiado, del que sufre una situación intolerable, de la víctima de gobiernos enemigos de su propio pueblo. Jamás es, a mi parecer, la creencia del mandatario recto, del magistrado eficiente, ni siquiera del hábil mecánico o del hombre de negocios afortunado.

De esto nos ocuparemos después; por el momento deseo insistir en un punto diferente. A menos de hallarme muy equivocado, en todos los casos en que el hombre juzga que vive en un estado de cosas donde reina el mal, imagina, ya en esta vida o en la próxima, otro orden de cosas donde todo es redimido.

El autor del Apocalipsis espera que después de la completa destrucción del orden hostil en Roma se realice un milenario sobre la tierra, en el cual su propio pueblo ocupe todos los puestos de autoridad. El hombre recto de Platón, aunque se halla en desacuerdo con la sociedad que le tortura, está constantemente en armonía con la verdadera naturaleza de las cosas. El mismo Prometeo triunfa al cabo en su empeño y se reconcilia con Zeus. La fuerza omnipotente del impulso que incita a los perseguidos e infelices a proyectar de acuerdo con sus anhelos un orden imaginario en que se corrijan todas las injusticias del presente estado de cosas, un cielo especial en que los rectos encuentren consuelo, a la vez que un infierno especial donde los enemigos del hombre honrado encuentren su merecido, se ilustra vívidamente en la literatura apocalíptica de toda religión perseguida, tanto cristiana como pagana. La persecución origina siempre ardientes descripciones del infierno, creación de la sed de un castigo equitativo.

El optimismo teórico de las sociedades neoplatónicas y neopitagóricas es una de las tentativas más patéticas y atrayentes para justificar por medio de la fantasía aquello que no puede justificarse por la evidencia. Los adeptos de estas doctrinas no han sufrido mucho; no se extasían con visiones de galardón y castigo; simplemente arguyen *in vacuo*. Su credo fundamental era que el cosmos, el universo, es bueno. De no serlo, todo su sistema se desplomaba. Pero el mundo donde vivían, y según lo contemplaban, aparecía ante sus ojos como una simple masa de materia bruta, envuelta en error y falacia, pudiendo alcanzarse la sabiduría únicamente por medio del aislamiento. ¿Cómo era posible reconciliar tal situación? Por un método tan sencillo que nos hace quedar asombrados ante la facultad infantil de la mente humana para vivir de ilusiones que sirven de escudo contra las espinas. "Es cierto," decían aquellos filósofos, "que todo lo que conocemos del universo es malo, todo está formado de materia y de error; mas, ¿cómo podemos juzgar de la parte que no conocemos? Si

nos fuera dado llegar a la luna, lo contemplaríamos de manera absolutamente diferente. Todas las partes del universo acerca de las cuales no tenemos conocimientos son tan extraordinaria e infinitamente buenas que la iniquidad de lo conocido alcanza una proporción infinitesimal." Es lo mismo que si un magistrado tuviera que juzgar a cierto número de personas acusadas, de las cuales no hubiera podido haberse a todas, encontrándose a las que aparecían ante el tribunal convictas de crímenes diversos; pero que a pesar de todo el juez, sustentando una firme e íntima convicción de la virtud de aquellas que no fueron apresadas por la justicia, perdonara a toda la cuadrilla, que abandonaba el tribunal sin el menor detrimento de su carácter.

Enteramente absurdo, me aventuro a decir; con todo, esto es lo que yo creo en esencia, y lo que todos creemos. Es cuestión de la psicología humana. Mas tal vez andamos errados en usar las palabras "bueno" y "malo." Realmente queremos significar "amigo" o "enemigo," lo que está por nosotros y lo que está contra nosotros. La línea divisoria entre "amigo" y "enemigo" se marca más profundamente en la naturaleza humana que aquella que define el bien y el mal. Leyendo la clase de literatura a que aludía antes, los antiguos apocalipsis apócrifos y paganos y las descripciones del infierno, encontraremos por lo general que el infierno no constituye precisamente el lugar destinado a las personas que no alcanzaron la norma de moral establecida; es el lugar destinado al enemigo. Allí va todo aquel que ahora nos acosa, nos roba, nos mata, nos quema, nos entrega a las bestias feroces, y ríe en el interin. ¡Que espere un poco, y al freír será el reír y al pagar será el llorar! Y si alguna tercera persona expresa la opinión de que determinado enemigo es un individuo sobrio y decente, un buen marido y un buen padre, tal criterio se recibe como inadecuado y casi inverosímil. Uno puede aborrecer a un hombre porque es malvado o juzgarle malvado porque se le aborrece; puede uno amar a un hombre porque le cree bueno, o creerle, a pesar de todas sus faltas, un individuo excelente tan sólo porque nos demuestra simpatía; pero en ambos casos el móvil psicológico no representa un criterio moral, bueno o malo, sino un gesto instintivo, amistoso o antagónico.

Admitido esto, comprendemos también que es casi imposible dejar de creer que en la real batalla de la vida el cosmos está por nosotros. No es posible pertenecer de corazón al partido de los jesuítas, si fuera éste el caso, sin creer que Dios está de parte de los jesuítas. No se puede pertenecer al islamismo sin creer que Dios está del lado de los islamitas. Descarto, naturalmente, la cuestión de que un hombre pueda admitir por cierto período de tiempo o con parte de su mente que sus deseos son malos, o erróneas sus creencias; tal estado no es permanente ni completo. Por lo general, por más que la mayoría esté en contra de nosotros y por más hostil que encontremos el actual estado de cosas, es imposible dejar de creer en el fondo que la razón está de nuestra parte, y aun quizá, como dicen en los melodramas, que "vendrá un tiempo. . . ."

Apoyándonos en la autoridad del doctor Johnson sabemos todos que el diablo fué el primer revolucionario; pero el argumento anterior nos hace percibir la diferencia entre el diablo y, digámoslo así, los revolucionarios de historia más moderna. El revolucionario, a la vez que condena y trabaja en contra del orden existente en determinados respectos, está siempre y conscientemente tratando de instituir otro orden de cosas que imagina superior. Y lo mismo acontece en toda la serie de revolucionarios, ya sean radicales o liberales; la única diferencia es que en cada etapa el moderno orden ideal se encuentra cada vez más remoto del orden existente. Pero el diablo, a menos de que esté calumniándole, nunca trata de substituir un nuevo orden que le parezca preferible; ocúpase simplemente en denigrar, dañar, actuar como enemigo; ἀντιπράττων τοῖς κοσμικοῖς (contradiciendo a los cósmicos o sostenedores del orden universal). Y quizá la primera conclusión de este largo razonamiento es que la bondad consiste en la armonía o lealtad al orden existente; pero que no existiendo todavía el verdadero orden de cosas, la oposición es justificada a veces, siempre que la oposición tienda realmente a establecer un orden social mejor o más completo.

En teoría, esto parece razonable. Y aun en la práctica tiene este principio cierto valor, a mi entender, a pesar de que como todo principio político, no procura una prueba infalible para reconocer lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Es raro encontrar algún lunático de la política tan exaltado que admita decididamente que desea destruir sin reedificar jamás, hacer el presente peor de lo que es, sin intención alguna, siquiera allá en el fondo de su mente de "reformarlo de acuerdo con el íntimo deseo de su corazón." Y sin embargo, cierto tipo de revolucionarios asume una actitud que equivale a ésta en la práctica.

Tuve una vez en mi juventud ocasión de conocer al renombrado nihilista Bakunín, el infortunado Lenín de su época, a quien se atribuía la doctrina de que todo acto de destrucción o violencia es bueno, porque hace el bien directamente destruyendo alguna persona o cosa inconveniente, o hace el bien indirectamente convirtiendo en peor un mundo de antemano intolerable y provocando en consecuencia el advenimiento de una revolución social. Supuesto que ni él ni sus adeptos tenían plan alguno constructivo para esta seudo revolución social, su teoría se asemejaba mucho en su propósito práctico al verdadero satanismo o aversión al universo. Una de las deducciones que se desprende naturalmente de tales principios es que, en el desenvolvimiento ordinario de los asesinatos políticos, sería conveniente destruir a las personas inocentes y aun bondadosas conservando a salvo a los malvados. Esto por dos razones: el dejar vivos a los malos podía servir para promover la revolución; y de otro lado el matar a los malvados no implicaba un acto censurable en el orden social existente. Si se mata a un juez injusto, aquello puede significar simplemente que la opinión exige que los jueces sean justos; en tanto que si alguien se desliza a matar a un juez justo, es claro que la intención es que no existan jueces absolutamente. Si un hijo mata a un mal padre, el hecho, aunque meritorio a su humilde manera, no adelanta mucho la situación; pero si mata a un padre bueno, corta de raíz aquel pernicioso sistema de afección doméstica, amante benignidad y gratitud en que se funda ampliamente el presente orden social.

Volviendo de nuevo a la cordura, examinemos las condiciones actuales. ¿Qué piensa, en efecto, la mayor parte de nosotros acerca del orden social existente? Me refiero a todas las personas razonables, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, excluyendo solamente a los que abrigan prejucios contra la sociedad a causa de algún daño privado intolerable y a quienes los abrigan en favor a causa de algún triunfo inesperado y placentero. Estrictamente hablando, el mundo no puede considerarse en conjunto como bueno ni como malo, del mismo modo que el espectro solar en conjunto no puede llamarse claro ni obscuro. El mundo encierra todas las cosas que llamamos buenas y todas las que llamamos malas; y puesto que según las leyes del idioma llamamos malas a las cosas peores de lo que esperábamos, y buenas a las cosas mejores de lo que esperábamos, y que las expectativas se originan en la propia experiencia, no podemos aplicar al mundo en conjunto palabras de encomio o de censura. Pero cuando la gente habla del mundo o del orden social existente, se refiere naturalmente a la parte que más le interesa, y que por diversas razones es la parte que depende por lo general de la sociedad y el esfuerzo humanos. Me ocasionaría alguna decepción el que todos mis lectores no se hallen de acuerdo conmigo en creer que por lo común, salvo ciertas excepciones, cuando los hombres se proponen realizar algo y prestan la atención debida a su desenvolvimiento, llegan a cumplirlo casi sin darse cuenta del esfuerzo. Lógicamente, en consecuencia, la organización sistemática del esfuerzo humano que llamamos civilización resulta en conjunto una cosa buena, exactamente como sucedía con el imperio romano. Los médicos, en general, prolongan la vida con más frecuencia de lo que la acortan. Los abogados y los jueces hacen triunfar en conjunto la justicia más a menudo que la injusticia. Aun en ramo de la vida tan imperfectamente civilizado como la economía se observa que, por lo general, cuando un joven es trabajador, inteligente y honrado, todos esperan verle arribar mejor que al perezoso, estúpido y ladrón. Esto nos lleva a la conclusión, corroborada en letras de sangre por el estudio detallado de la historia social, de que casi cualquier

gobierno es preferible a la falta de gobierno, y que casi toda ley es preferible a la falta de ley.

Y aun me aventuraría a decir algo más. Analizando aquellos casos en que una sociedad civilizada se demuestra patentemente mala, cuando recompensa el vicio y atropella la virtud, provocando la desgracia y destruyendo la felicidad; cuando nombra tribunales injustos, soborna testigos para que declaren falsedades, trata como enemigos a sus propios miembros o subordinados y procura su daño en vez de auxiliarlos; cuando organiza matanzas, como el gobierno turco, o asesinatos generales, como el ruso, o siquiera cuando publica informes falsos, como casi todos los gobiernos del mundo; cuando hace todas estas cosas, no sigue realmente sus principios sino que procede contra ellos. No es una máquina destinada a realizar estas cosas malas; es una máquina, muy imperfecta, pero destinada a llevar a efecto precisamente lo contrario.

Si aceptamos esta proposición, observaremos que la vida organizada de la humanidad está organizada para el bien, que la gran peregrinación del espíritu del hombre a través del tiempo, desde los comienzos de la historia, ha constituído no sólo el movimiento de la ignorancia hacia la ciencia, de la impotencia colectiva hacia el poder colectivo, de una vida estéril hacia una vida más fecunda, sino en sentido más profundo una peregrinación de las etapas inferiores a las superiores. Y de allí se desprende que, a pesar de lapsos constantes y de falsas rutas, que habrán de enmendarse, la vía del progreso es esencialmente una vía de avance en la misma dirección general; que el orden de cosas perfeccionado que los reformadores desean substituir al orden actual debe ser realización más completa del espíritu del orden existente.

Esta convicción no desecha cambios que muchas personas juzgarían extremos o revolucionarios: a los ojos del historiador la mayor parte de las revoluciones aparecen como una simple ondulación de la superficie de la vida. Significa que todo cambio que viola la conciencia de los hombres, todo cambio que tiende a menos justicia y a violencia mayor, a fomentar el odio y disminuir la benevolencia, a mayor crueldad y menos libertad, tiene grandes probabilidades en contra de su triunfo final.

El instinto de la generalidad de los hombres posee exquisita agudeza en este sentido. Instintivamente juzgamos hombres y tendencias no por la proporción de sufrimiento o derramamiento de sangre que causan, sino por la índole de conducta humana que representan. El que un general sea causa de mil muertes en un ataque desgraciado constituye perturbación mucho menor del orden social que si, por ejemplo, condenara a muerte a un inocente forjando falsos documentos. Lo primero sería un desastre merecedor quizá de censura; lo segundo implicaría el derrumbe de los cimientos mismos sobre que descansa el orden social.

Parece que nos inclináramos a un profundo y casi indulgente espíritu conservador; pero esta justificación de la organización ordinaria de las sociedades adolece de un defecto; el mismo que aparecía en el argumento de Plinio arriba citado, justificando a la Roma Dea con respecto a los cristianos y judíos rebeldes. Justifica a dichas sociedades solamente porque representan, siquiera en forma imperfecta, el orden social, y *son* organizaciones que tienen por objeto la justicia y la libertad; esto es, el argumento se aplica tan sólo a la acción de la sociedad organizada dentro de sus propias fronteras, pero prescinde completamente de la relación entre el estado o sociedad y los elementos exteriores. Dentro de sus límites, el estado es una organización establecida para el buen gobierno y la ayuda mutua, y posee un mecanismo elaborado y bien meditado mediante el cual puede perfeccionar su poder y corregir sus errores. Sólo cuando defrauda por completo sus fines, sus propios miembros se convierten en enemigos. Pero es algo enteramente diferente cuando se trata de otros estados o sociedades, del mismo modo que una tigresa es madre amorosa y sagaz para su prole en tanto que asume muy distinta actitud para la ajena. Visto desde el exterior, el estado es una potencia de combate organizada para el uso de la fuerza. En las épocas tranquilas la fuerza está representada por la diplomacia; y en las difíciles, por la guerra. Con respecto a las sociedades o estados subordinados, si los tiene, sus relaciones son ambiguas; en con-

diciones favorables, son miembros de la colectividad y marchan de acuerdo con ella; en condiciones desfavorables, se asemejan cada vez más a enemigos rebeldes y conquistados a medias. La relación de los imperios hacia colectividades subordinadas constituye, en efecto, el origen de aquellos estados mentales que he clasificado bajo el nombre de satanismo.

Escritos que datan por lo menos desde el siglo octavo antes de Jesucristo revelan una terrible propaganda de odio, en la cual súbditos descontentos cantaban y celebraban la caída de varios grandes imperios o expresaban por lo menos las visiones delirantes,y a menudo hermosas, de sus esperanzas largo tiempo postergadas. La opresión de Nínive, la opresión de Tiro, la opresión de Babilonia, han sido narradas en algunos de los poemas más bellos del mundo. La caída de Roma, el sublevamiento de sus indignos hijos en contra del imperio, la precipitación de la roja diosa al lago de tortura eterna, y la matanza de tres cuartas partes de la humanidad que se inclinaba ante ella, forman uno de los capítulos más elocuentes y fantásticos del Apocalipsis canónico. El clamor de los pueblos oprimidos contra los turcos y los rusos se ha escrito en muchos idiomas y se ha renovado en muchos siglos. Lo que hace más pavorosa esta propaganda es, primero, que se ha inspirado en el odio; segundo, que el odio es justo, por lo menos en parte; y, tercero, el conocimiento de que nosotros ocupamos ahora el trono donde antes reinaba el objeto de tal execración. Quizá estamos tan acostumbrados a pensar en Babilonia y Nínive y Tiro, y aun en Roma, simplemente como centros de tiranía y corrupción, que olvidamos el verdadero significado y enseñanzas de su historia. Aquellas ciudades imperiales no se hicieron preponderantes a causa de sus vicios, sino a causa de sus virtudes; porque fueron fuertes, competentes y dignas, y porque dentro de sus fronteras y entre su propio pueblo fueron modelos de justicia eficaz. ¡Y entre tanto, sólo las consideramos como tipos de corrupción! El odio que inspiraron a sus súbditos ha borrado por completo en la memoria de la humanidad los beneficios de su gobierno y la vida satisfecha y pacífica que proporcionaron a sus moradores. Esta idea es pavorosa para nosotros que ahora ocupamos su lugar.

El espíritu que he llamado satanismo, el espíritu de odio vivo contra el orden existente, el espíritu que se goza en todo desastre que signifique desgracia para los mandatarios, está hoy más difundido quizá que en épocas anteriores, a través de un período de mil años. Se deja sentir con más o menos fuerza contra todos los gobiernos organizados, y principalmente contra los gobiernos imperiales, dirigiéndose en mayor escala y con mayor intensidad contra la Gran Bretaña. Y aun añadiría que, aunque es peligroso en todas partes, puede producir desastres mayores y más profundos por su acción contra el gobierno de esta nación que por cualquiera otra forma que asuma al presente.

Hace pocos años la región al parecer más próspera y satisfecha del mundo, y seguramente la más avanzada en muchos respectos, era la Europa central. Como resultado de la guerra y de la política de los vencedores después de la guerra, la Europa central está sumida hoy en el desastre económico, y en vastas áreas es presa del hambre. Una inmensa proporción de odio, justo e injusto, en parte social, en parte nacionalista y en parte simplemente reacción de una miseria intolerable, se condensa ahora contra lo que el pueblo llama los *Hungerherren* o monarcas del hambre. Rusia, con sus millones de hombres, está destrozada por la guerra civil; y mientras parte de la población nos considera un pueblo que, sin exponerse a riesgos, envió tanques y gases deletéreos para destruir masas de labriegos indefensos, el otro lado nos juzga extranjeros que les han abandonado después de incitarlos a la guerra civil. En todo el imperio turco, en grandes porciones de Persia, en todo el Afganistán, de un extremo a otro del mundo musulmán, los dignatarios y sacerdotes muslimes ven visiones y pronuncian oráculos acerca de la caída de otra diosa roja que ha llenado el mundo "con el espíritu de ira por sus abominaciones:" diosa roja que es la Roma Dea de nuestra época, el cuerpo político británico, a quien consideramos el gran factor de paz y libertad para la humanidad.

Iguales profecías se escuchan entre los súbditos ingleses de la India, y repercuten

asimismo en todo el Egipto. En diversas partes del mundo—algunas tan próximas a Inglaterra como Irlanda—diariamente ofrendan su vida muchos hombres a la sagrada causa del odio, aun cuando sea sin esperanza, en contra de la nación y del orden social que ella encarna. He leído hace poco dos largos informes sobre África, escritos independientemente por dos personas de vasta experiencia, pero de opiniones políticas y manera de pensar enteramente distintas; ambos estaban de acuerdo en que los síntomas indicaban tendencias de unión entre los naturales de África y sus gobernadores blancos; y ambos creían que, aparte de opresión y quejas particulares, las fuerzas que tendían a unirse eran las dos grandes religiones, el cristianismo y el islamismo, a causa de que ambas religiones enseñaban una doctrina completamente diversa al método y espíritu de la dominación europea: la doctrina de que los hombres son seres inmortales y que su alma tiene el mismo valor ante los ojos de Dios.

Tal estado de cosas ha tenido en parte su origen en la guerra; y en parte proviene de tendencias latentes que la guerra ha puesto al descubierto. En cierto modo la guerra ha incitado a las mentes sensibles a volver a su primitivo método, al método de curar todos los males hiriendo o matando a alguien. Y a nosotros los ingleses en particular, la guerra nos ha puesto de relieve como tipo y ejemplo supremo de la determinación del hombre blanco de dominar a las otras razas, bajo el supuesto de que somos superiores a todas las demás. Aquí y allá, los pueblos experimentados saben que los ingleses son mejores amos que las otras naciones; pero son amos, y a fuer de tales, destinados a provocar el odio.

Tucídides tiene un capítulo memorable, que comienza con las siguientes palabras: "*No es de ahora que observo que es imposible para la democracia el gobernar un imperio.*" Quizá no sea imposible, pero es extraordinariamente difícil. Es muy difícil proclamar en forma ilimitada e indeterminada la santidad de la independencia en la patria, y al mismo tiempo alterarla o regularla en el exterior. Es muy difícil procurar que el gobierno de la nación sea constantemente más benigno, más humano, más escrupuloso en evitar la injusticia o siquiera las molestias para los súbditos británicos votantes, y tolerar lo que ocurre, especialmente en la atmósfera de la guerra, con los súbditos del gobierno que no tienen opción al voto en el exterior. Siempre que recibo cartas de algunos amigos míos empeñados en la tarea de organizar el gobierno del mundo, no puedo menos que sentir la impresión de que esta labor despierta en los hombres una especie de heroísmo desinteresado, una bondad inspirada e infatigable que no se encuentra en otras profesiones. Y pienso que muchos ingleses, conociendo como conocen la inmensa suma de ardua labor, de intensa preparación y de nobles propósitos en que se basa nuestra actitud en el orden social, consideran casi insensato que nuestros súbditos nos odien. Sin embargo, necesitamos comprender este sentimiento, si hemos de gobernar bien. No es difícil comprenderlo. Hemos presenciado recientemente en Amrítsar una situación tan hostil entre gobernadores y gobernados, que cierto oficial inglés, buen militar al parecer, juzgó necesario disparar sin previo aviso sobre algunos centenares de hombres desarmados. Se dice que a raíz de la guerra, en Mesopotamia, varias ciudades que no habían pagado los impuestos y a las cuales se acusaba de sentar un mal precedente fueron bombardeadas en la noche desde el aire mientras toda la población se hallaba recogida dentro de las casas. En Ceilán, en 1915, muchas personas inocentes fueron fusiladas o flageladas, y muchas más aprisionadas a causa de un pánico del gobierno. Hace pocas semanas que en Rodesia un muchacho que había matado por gusto de un tiro a uno de los naturales recibió por todo castigo ocho golpes con una varilla de abedul.

No deseo emitir un juicio severo contra los hombres que hicieron tales cosas. No pretendo decir que fueran personas malvadas o crueles, y acepto como válido el argumento de que los que estamos tranquilamente en la patria no tenemos el derecho de denunciar los errores de hombres que tienen grandes responsabilidades y sufren enorme tensión nerviosa en los momentos críticos de peligro y dificultad. Menciono estos incidentes tan sólo para demostrar cuán natural es que sean odiadas las razas imperialistas. El pueblo que sufre cosas

semejantes no puede olvidarlas. Las historias se repiten de boca en boca y no pierden nada en la repetición. Y muchos jóvenes de ambos sexos en el Oriente juzgarán a los ingleses pura y simplemente como infieles que flagelan y matan por hábito a la gente buena, exactamente como los judíos consideraban a los romanos, o los maniqueos a los ortodoxos.

Ahora bien; en mi opinión, todos aquellos actos fueron malos, en diferente grado; todos fueron errores; todos fueron enteramente excepcionales y de ninguna manera típicos; y por otra parte, ningún acto semejante o remotamente análogo es necesario en la vida normal para el mantenimiento del imperio. Soy demasiado liberal para tomar el punto de vista opuesto. Mas supongamos que estuviéramos en el caso de tomarlo. Supongamos que por razonamiento estuviéramos convencidos de que todos esos actos eran justos y necesarios, y que severidades e injusticias de esta índole formen parte del mecanismo natural que sostiene al imperio; que el dominio del blanco sobre el negro, del cristiano sobre el musulmán, del hombre civilizado sobre el incivilizado no pueda llevarse a efecto sino a costa de episodios sangrientos y del odio universal que implican: la conclusión inevitable sería, no que tales actos son justos, porque es imposible que puedan serlo, sino simplemente que la humanidad no continuará soportando por largo tiempo un orden social de tal manera desastroso.

Wílliam Morris decía que ningún hombre estaba suficientemente calificado para ser el amo de otro hombre. Si esto es verdad tratándose de individuos, con mayor razón lo sería tratándose de naciones. Ninguna nación es tan digna, ciertamente, como sus mejores individuos. Pero yo no creo que esta afirmación sea exacta, a menos que demos a la palabra "amo" el significado de un despotismo absoluto e ilimitado. Indudablemente que hay algo de error en la concepción de la vida humana en el sentido de que el hombre es un ser independiente y debe actuar sin trabas ni sujeción. Sería tal vez más exacto decir que el hombre sólo es feliz cuando tiene un amo o por lo menos un guía a quien admirar, obedecer y seguir. En esta forma se organizan naturalmente todas las sociedades: los niños en la escuela, los partidos políticos, los grupos sociales. Y, hasta donde podemos observar, es el único principio en que puede basarse la fraternidad entre seres que difieren tanto entre sí como los hombres, en cuanto se refiere al talento, la fortaleza y la fuerza de voluntad. No creo que sea cierto que ninguna nación pueda actuar, en este determinado respecto, como amo de otra nación. El orden social implica caudillos y secuaces, gobernadores y gobernados; y en casos extremos implica el empleo de la fuerza. Implica asimismo, entre muchos otros sentimientos, cierta proporción de rebeldía y aun de odio del gobernado contra el gobernador. Un orden social que eliminara la impopularidad sería absurdo.

Comparando la sociedad antigua con la moderna, imagino a veces que uno de los rasgos característicos más prominentes de nuestra moderna civilización es una hipocresía inconsciente. A menudo nos asombra la insensibilidad de los antiguos; yo creo que nosotros les haríamos sobresaltarse en ocasiones ante el contraste entre la clase de humanidad que observamos en los asuntos públicos y los principios absolutamente angélicos de que hacemos gala.

Si me preguntáis qué remedio posible recomiendo, desde el punto de vista de la política británica, contra los males que acabo de describir, respondería sencillamente que debemos ante todo reflexionar con cuidado lo que exigen nuestros principios, en vez de exagerarlos; y en seguida ponerlos sinceramente en práctica. Estos principios no son desconocidos. Han sido expuestos por los hombres eminentes del siglo pasado, por Cobden, Macáulay y John Stúart Mill, y todavía con mayor amplitud por Lord Sálisbury y Gládstone. Consideramos el imperio como un depósito que nos ha sido confiado por los gobernados, no como una propiedad que debe explotarse. Gobernamos a las razas atrasadas para que llegue el día en que puedan gobernarse a sí mismas; no las mantenemos en sujeción para nuestra honra y provecho ni con el fin de usarlas como carne de cañón si nuestra población disminuye. Sobre todo, procuramos proceder en el gobierno y en la administración de justicia sin temor ni parcialidad, tratando al pobre con tanto respeto como al rico, al negro como al blan-

co, al extranjero como al nacional. Estos principios se han expuesto una y otra vez; casi todos se hallan contenidos en el pacto de la liga de naciones, que puede adquirirse en todas partes por un centavo. Debemos proceder en consonancia con ellos.

Entre los antiguos griegos existía la creencia de que cuando un hombre había vertido la sangre de algún miembro de su familia, tenía que purificarse; y en tanto que no se hubiera purificado, la sangrienta mancha operaba dentro de su ser como una simiente de locura, sin que su mente jamás pudiera descansar en paz y en verdad. Temo que esta mancha permanece aún en nuestras manos, y que parte de la locura está todavía infiltrada en nuestras venas. Necesitamos volver, ante todo, a las normas anteriores a la guerra. De allí, desde esta base, deberemos pensar en elevarnos cada vez más.

La guerra ha infiltrado no sólo en Rusia, sino en la mayor parte de la Europa oriental y el Asia occidental el espíritu que he llamado satanismo, espíritu que odia el orden social dondequiera que exista, y que trata de satisfacer su odio sin plan alguno definido.

Este espíritu representa el mal. Pero no se habría extendido al exterior, no se habría difundido y desarrollado como una mala simiente ni se habría contagiado como la peste, si el orden social no se hubiera traicionado a sí mismo, si no hubiera falseado sus principios y procedido con respecto a súbditos y enemigos en forma tal que éstos han llegado a considerar aquellos actos como consideraba San Juan en Patmos los procedimientos de Nerón y Domiciano.

Ignoro si es posible que una nación se reforme. La enmienda nacional no alcanza, por lo común, a otros resultados que a dar la mayoría a diferente partido político. Pero creo que la reforma es posible para los seres humanos en particular, aun cuando se trate de millones de individuos.

Hasta el presente se observan pocos signos de cambio sincero en los asuntos públicos de ninguna nación; pocos signos de perfeccionamiento en las normas de la vida pública, y muchos signos de que éstas alcanzan nivel inferior. No precisamente durante la guerra, sino después que hubo terminado, se han llevado a cabo actos ciegos e inicuos, actos de tal naturaleza que nos hacen dudar si la moderna civilización comprende alguna aspiración espiritual de diferenciarnos de los salvajes. Estoy convencido, sin embargo, de que aun cuando este deseo no haya prevalecido en las esferas del poder, existe un verdadero anhelo por el cambio de tendencias en la mente de millones de individuos.

Este anhelo es entusiasta y, a fuer de tal, está expuesto a todos los peligros del entusiasmo. A menudo es ignorante; tiene ribetes de locura, de pasión desordenada y de injusticia; con frecuencia es explotado por personas parciales. Éstos son graves defectos contra los cuales es necesario guardarse; pero creo que el deseo de un cambio en este sentido es una aspiración genuina, y creo además firmemente que a menos de que se verifique tal cambio de tendencias en el orden social, el orden social existente está condenado a perecer. A menos que se abstenga por completo de la guerra y de sus causas, la próxima guerra le destruirá. A menos que promueva un espíritu intenso de fraternidad y de cordura en la nación, el bolchevismo le destruirá. A menos que conserve su dominio sobre los pueblos sometidos libre del espíritu de explotación comercial y de servidumbre, estableciéndolo en la forma de autoridad que ejerce un buen ciudadano sobre sus connacionales, el orden social caerá en ruinas ante el odio que tan ampliamente se deja sentir contra los gobernantes.

Si el orden social existente sobrevive a la crisis económica actual, tendrá oportunidades vastas y admirables, tales como jamás se han presentado a sociedad alguna de que haya recuerdo en la historia. Nuestra riqueza material, nuestra organización, nuestro capital de conocimientos, nuestras máquinas de locomoción y destrucción no tienen precedente y exceden cuanto nosotros mismos podemos imaginar. Por otra parte, sabemos lo que debemos hacer. Tenemos lo que jamás ha poseído imperio alguno o grupo de potencias: planes definidos en la vía que habrá de conducirnos desde los peligros que nos envuelven al presente hasta regiones más saludables. Tenemos la liga de naciones, con el espíritu que encarna: la reconciliación y reintegración económica de la colectividad europea; y el sistema de mandato en la adminis-

tración de territorios atrasados. Tenemos el poder y conocemos el método para llevar a efecto un plan equitativo. Casi todos los elementos necesarios para el éxito se encuentran en manos de quienes gobiernan ahora el mundo, excepto, como diría un estoico de los antiguos tiempos, las cosas que debemos procurar por nosotros mismos. Se nos ha dado todo, con excepción de cierta indispensable grandeza de carácter. Hasta el presente parece que esta cualidad no existe, por lo menos entre los mandatarios europeos; mas es posible recobrarla. La hemos poseído en abundancia en el pasado, y probablemente tenemos todavía el material de que se origina. Si no fuera así, si por cualquiera razón las grandes democracias hubieran de decidirse a seguir permanentemente el impulso de viles incentivos y a dejarse gobernar por hombres inferiores, no sólo el imperio británico, sino el entero orden social establecido por la terminación de la guerra y austeramente sintetizado por la liga de naciones está expuesto a figurar en la historia bajo la misma fatal sentencia de los grandes imperios de la antigüedad: que el mundo a quien regía se sublevó contra sus odiadas leyes y lo arriesgó todo con tal de destruirlas.



HISTORIA ÍNTIMA

POR

FRÉDERICK ORIN BÁRTLETT

El autor, lamentando entre el común de los mortales—cuya vida tiene también, con mayor frecuencia de lo que se imagina, incidentes interesantes y ocultos a los ojos del curioso observador—la falta del clásico ayuda de cámara que legaba a la historia sus reminiscencias de las intimidades de reyes y emperadores, asume ingeniosamente este papel, regalándonos con un episodio muy humano en la vida matrimonial de una joven pareja de sociedad.—LA REDACCIÓN.

NO TODOS pueden permitirse, como los grandes personajes de la historia, el lujo de tener un ayuda de cámara literato; y, por consiguiente, muchas observaciones interesantes que podrían coleccionarse bajo el título de "Reminiscencias personales de la vida íntima de Fulano o de Zutano," quedan perdidas para el mundo: observaciones tan valiosas en muchos respectos como las que nos transmitieran aquellos que tuvieron el privilegio de afeitar emperadores y observar sus acciones cuando estaban en chinelas y traje de interior. Si Rex Blánchard hubiera llevado una corona, este episodio confidencial de su vida habría caído indudablemente bajo el dominio de la historia.

El matrimonio de Rex Blánchard y Cónstance Húnter fué lo suficientemente afortunado para obtener la aprobación unánime de sus amigos. No que a nuestros héroes hiciera falta esta sanción; pero representaba, con todo, una atmósfera agradable. La familia de Rex había ocupado durante muchos años una posición prominente en sociedad en todas las localidades donde se estableciera. Con el incremento de la Blánchard Machine Company, fundada por el abuelo, Blánchard padre se había trasladado de Hártford a Nueva York, donde Rex, terminados sus estudios en Yale, se incorporó a la compañía con el título de vicepresidente. Durante el primer año, Rex, aficionado a los deportes, continuó sus ejercicios de *tennis;* y en un torneo celebrado para disputarse los honores del estado fué cuando conoció a Cónstance Húnter, compañera que le fué designada en las partidas dobles, y con quien compartió el triunfo debido a su mutua habilidad. Nunca tuvo Rex duda alguna acerca del resultado de sus simpatías por la joven, a quien procuró conquistar en la forma impulsiva que acostumbraba en el *tennis;* pero era algo precipitado en sus métodos amorosos, lo mismo que en el juego, y varias veces estuvo a punto de perderla a causa de sus errores. A menudo obtenía ventajas que se le escapaban de nuevo, comprometiendo sus triunfos por algún rasgo de negligencia.

Los deportes y actividad de su vigorosa juventud habían puesto frecuentemente a Cónstance Húnter en contacto con la parte masculina de la sociedad, especialmente en los clubs campestres deportivos. La joven había obtenido de este trato considerables ventajas. Sin hacerse atrevida ni cínica, había aprendido a observar con detenimiento a los hombres y estimar con exactitud muy aproximada su valor intrínseco. Admiraba con entusiasmo sus buenas cualidades, respondiendo a la impresión feliz con ojos brillantes y color encendido, pero conservando la cabeza; de sus malos instintos, o de lo que podía ver o adivinar a este respecto, se retraía instintivamente con cierto disgusto e irritación. Su familia, aunque prominente en sociedad, jamás se había visto envuelta en escándalos de ninguna clase. Hasta que Ezra Húnter se dirigió al oeste el año 49 y descubrió la mina Estrella del Norte, la familia Húnter se había distinguido más bien por sus ministros bautistas y sus catedráticos. Intereses de fortuna, relativos a la testamentaría de Ezra, trajeron al padre de Cónstance a Nueva York, donde contrajo matrimonio en una antigua familia holandesa y fundó el banco del cual era director en la actualidad.

Cuando Cónstance seguía sus clases en la universidad sus padres le asignaron una

renta, permitiéndola vivir a su agrado; cosa que ella realizó sin dar motivo alguno a críticas de ninguna especie. Durante el año que pasó en la ciudad, a raíz de su graduación, se manejó con igual cordura, a pesar de que gozaba de una libertad que habría hecho lanzar exclamaciones de horror a las madres francesas. Pero lo que una madre francesa no podría comprender es la confianza en sí misma que despierta en una joven el ponerse frente a un hombre a través de la red del *tennis* y, a despecho de los inconvenientes de las faldas, jugar de igual a igual con él; ni tampoco la clara y sana visión que provoca este ejercicio seguido de una ducha de agua fría y una vigorosa fricción. Con el rostro curtido por el sol, las mejillas rojas, los músculos firmes, pero flexible como una bailarina, culta, y ansiosa de vivir, mantúvose Cónstance dentro de los límites femeniles; y era capaz de sonreír tan hechiceramente como cualquier belleza meridional, y con los mismos desastrosos resultados.

Por lo menos una docena de aspirantes habían sido echados al agua en diversas etapas de amoroso interés antes de que Rex Blánchard se presentara en la palestra. Sería difícil indicar precisamente qué superioridad tenía sobre los otros, pero Cónstance sintió la impresión de algo diferente desde el primer momento. Era de aspecto agradable, indudablemente; pero así habían sido muchos otros. Describirle como un joven alto, vigoroso, bien proporcionado, de facciones finamente modeladas, una boca más bien severa, cuya expresión atenuaban un par de risueños ojos azules, no era avanzar mucho en realidad ni descubrir detalles muy importantes. La misma descripción podía aplicarse a Billy Milton, quien durante dos años había estado dispuesto a colocar su vida y todos sus recursos a entera disposición de la joven, sin obtener distinción más satisfactoria que alguna incidental petición de un vaso de te helado al terminar un partido de *tennis*. La familia Blánchard tenía buena reputación, según había oído decir; pero lo mismo la tenían casi todas las familias con quienes ella se permitía relaciones de cierta intimidad. Naturalmente, Rex tenía fortuna: circunstancia que era quizá la menos interesante para Cónstance.

Sin embargo, entre todos los hombres que había conocido, era el único que la hacía sentir impresión más viva que la de buenos camaradas; el primero que, al separarse de ella, la dejaba con una sensación de soledad y aislamiento. Era el primero también que le había dado la conciencia de sí misma y de su relación con la vida. Hasta entonces había aceptado cada día conforme se presentaba, satisfecha de ver correr las semanas y los meses sin sentir. Había encontrado siempre abundante distracción entre sus agradables amigos, y no imponerles molestia alguna ni imponérsela a sí misma constituía la suma de sus responsabilidades diarias. La juventud era eterna; y las reliquias de ancianidad con quienes tropezaba eran cosas tan ajenas a su vida como las ruinas del Partenón en Atenas: circunstancia innegable, pero enteramente fuera de lugar, salvo desde el punto de vista académico.

Rex era también el primer hombre que se aventuraba a hacerle el amor sin tener en cuenta su voluntad, a forzar los baluartes que hasta entonces habían servido de barrera eficaz. La tercera vez que se encontraron juntos le anunció que se proponía casarse con ella.

—¿Quiera yo o no quiera?—preguntó la joven.

—¡Por cierto que no! Con su consentimiento,—respondió solemnemente.

Esto fué, sin embargo, un error de su parte, como sus tentativas de sacar triunfos en el juego, que a veces le resultaban cartas blancas. Era un reto a su orgullo, aun cuando ella supiera que Rex habría de salirse con la suya. De suerte que, en vez de casarse con él en junio, le obligó a esperar hasta diciembre, haciéndole pasar entre tanto, a despecho de su arrogante confianza, bastantes ratos de inquietud. Pero ésta fué su última posición. Al ceder al cabo, cedió en forma definitiva.

Hasta donde el público tuvo conocimientos de los hechos, la historia de la joven pareja terminaría aquí. Después de su matrimonio, se establecieron en una linda casa en los alrededores de Nueva York, en una localidad donde vivían jóvenes y prósperas familias norteamericanas, cuya

energía se dividía por igual entre hacer dinero y gastarlo. Casi toda la vida social durante la sesión del *golf* se concentraba en el club de la localidad, del cual constituyeron ellos, según opinión general, una valiosa adquisición. Tomaron parte en todas las distracciones, contribuyeron a hacer colocar el club en el mapa del *tennis* y eran señalados con orgullo como una pareja modelo.

Con todo, antes de finalizar el segundo año de matrimonio, comenzó su historia íntima.

II

El error de Rex consistió en suponer que una vez casado con la joven, y habiéndole procurado un hogar conveniente, terminaban sus deberes, y se encontraba libre, por decirlo así, para atender a sus propios asuntos. La esposa se convertía en una propiedad, como los valores fiduciarios del gobierno que guardaba en su caja de hierro. Conocía su valor intrínseco y lo avaluaba con exactitud, cobrando los cupones a su debido tiempo con satisfacción grandísima; pero esto no quería decir que hubiera de sacarlos diariamente y gozarse en su contemplación.

Había en este hombre una curiosa falta de sentimiento, que él no echaba de ver. Pero Cónstance la observó antes aún de que terminaran los días de la luna de miel; y, por extraño que parezca, en lugar de atribuirla a un defecto de la índole de su marido, creyó que era debilidad de su propia naturaleza. Sintióse avergonzada de desear tanto las pequeñas atenciones que él parecía dispuesto a concederle; de que no transcurridos aun seis meses de su instalación en su nuevo hogar, se sintiera desgraciada todo el día porque él se había ido a sus negocios sin darle un beso. No era ella cobarde; no trataba de ahondar ni de irritar una herida tan ligera, y se habría arrancado la lengua antes de decírselo. Pero después de esto, en vez de echarle al cuello sus hermosos brazos cuando volvía él a la casa, retiraba hacia atrás la cabeza y le tendía la mano. Él no parecía notarlo. Estrechaba su mano con placer, y en tanto que se vestía para la comida escuchaba, como el informe de un director, el relato de los acontecimientos del día.

En respuesta a sus preguntas sobre la manera cómo él había pasado el día, decía solamente:

—La rutina de siempre, Connie. ¿Qué tenemos para esta noche?—

Asistía alegremente, ya se tratara de algún baile o *whist* o visita, porque aquellos deberes sociales le distraían de los negocios que el año venidero le absorberían más y más.

Parece que el viejo Blánchard había alimentado largo tiempo secretamente ciertas ambiciones que se relacionaban con su hijo. La sociedad que llevaba su nombre había prosperado; pero los buenos negocios que realizaban no eran nada comparados con lo que podría hacerse en escala más vasta. Por su parte, había vacilado en aceptar la responsabilidad a sus años, pero había preparado el terreno para su hijo. Las tareas constructivas eran labor de la juventud. La combinación era simple: una absorción gradual de las empresas rivales, concentrando así el esfuerzo y estrechando el campo de la compentecia.

La Blánchard Company era el núcleo lógico para un movimiento de esta clase, porque sus productos eran sin disputa los preferidos dondequiera que se presentasen. El sistema de la compañía había sido siempre no avanzar más allá de lo que justificara la superioridad de sus artículos. Esto la había debilitado en ciertos ramos que habían aparecido en el mercado la última década, en relación con el negocio de automóviles; pero Blánchard sabía bien a qué empresas debería acudir para remediar tales condiciones, y tenía el capital necesario para hacerlo. La cuestión era saber si Rex tenía la ambición y habilidad indispensables para llevar adelante el programa. El padre hizo insinuaciones con cautela al principio, pero Rex respondió más allá de sus esperanzas. Le seducía esta gran jugada, y se arrojó en el negocio en cuerpo y alma.

Arrojóse en cuerpo y alma, y nadie sabía esto mejor que Connie. Del hombre con quien se había casado tenía sólo las sobras, en tanto que ella le había entregado todo lo que era y todo lo que valía.

Esta situación, en diferente escala, es bastante común en la vida de los Estados Unidos. Las mujeres la afrontan en la

manera que más se aviene con su temperamento: con apática resignación; buscando nuevos intereses fuera del hogar; en completa rebelión, iniciando la separación y acabando en los tribunales de divorcio. El resultado es humillante, en cualquiera forma que se solucione el asunto.

Connie Blánchard no hizo nada de esto. Durante dos años mantuvo la frente erguida, y observó y esperó y jugó *tennis* con Rex, cuya habilidad iba decayendo constantemente; y bailó con él e hizo toda la serie de visitas en su compañía, y desempeñó a conciencia su papel de ama de casa. Y no hubo una sola vez durante este período que si él tendía los brazos, no respondiera ella con orgullo y con todo el corazón. Le amaba cuando se casó con él, y no era de las que daba su corazón a la ligera. Para todos sus conocidos, para el mismo Rex, su vida conyugal se deslizaba serenamente; quizá más serenamente que la de casi todos sus amigos. Y sin embargo, todo este tiempo comprendía ella que su situación era anómala; que apenas representaba ella otra cosa que una refinada ama de casa. En calidad de tal, Cónstance comprendía que era útil. Era indudable que Rex necesitaba alguien que cuidara de él con una especie de cariño maternal; y se preocupaba de que sus comidas estuvieran bien preparadas y que las tomara en la forma conveniente, de vigilar su guardarropa, de que hiciera ejercicio y tuviera las distracciones sociales necesarias para mantenerse en condiciones adecuadas para la labor del día siguiente. En cierto modo, aun al cabo de dos años, sabía ella que sería muy difícil para Rex prescindir de su compañía. Aceptaba ella estos deberes y los desempeñaba fielmente; pero aquello servía únicamente para demostrarla con mayor claridad el abismo que día a día se ensanchaba entre ellos; el abismo en uno de cuyos bordes se encontraba él, viviendo una vida cada vez más independiente de ella, y dejándola en el borde opuesto, cada vez más en la condición de una asalariada.

La situación tenía moralmente un aspecto que para Rex pasaba del todo inadvertido. Él se había casado con ella, y por consiguiente era su mujer según todas las normas morales y legales. No había discusión alguna posible a este respecto. Brotó una conclusión, sin embargo, inesperadamente y de un cielo sereno. Hízose evidente tras largas deliberaciones y meditaciones de Cónstance en aquellas interminables horas en que vivía dentro de sí misma; se presentó después que ella hubo celebrado muchas eternas, tempestuosas conferencias con su ser íntimo, con aquel puro y noble ser que él no había vislumbrado todavía. Sería su mujer hasta donde le fuera necesaria, pero nada más. Seguiría desempeñando aquellos deberes que contribuían a su comodidad. Esto la correspondía como parte de la responsabilidad que asumiera al casarse con él. Había desempeñado el papel de agente gratuito, y no podía echarle toda la culpa. Pero eso era todo lo que él tenía derecho a exigir; eso era todo lo que su dignidad le permitía conceder. Él había hecho imposible que hiciera el papel de esposa; pero se proponía seguir desempeñando el de ama de casa.

Por quijotesca que la distinción pueda parecer, ella la tomaba en serio; y cuando ella tomaba en serio una cosa, la tomaba con mucha seriedad. Si Rex nunca lo había comprendido antes, lo comprendería pronto de manera inolvidable. La revelación se produjo dramáticamente, más dramáticamente todavía por cuanto ella anunció su decisión con mucha tranquilidad. Habían estado solos aquella noche, y él terminaba la lectura de sus diarios en el lindo saloncito donde un alegre fuego chisporroteaba regocijadamente entre los ladrillos de la chimenea. Ella estaba sentada al otro extremo de la mesa de lectura, cosiendo u ocupada en alguna clase de labor. Era el aniversario de su boda, pero él lo había olvidado. Cónstance había fijado una especíe de prueba final: si lo recordaba antes de las nueve, pensaría un poco más su decisión; si no, hablaría aquella misma noche. El reloj de bronce de la chimenea marcaba las nueve menos cinco cuando Rex acabó de leer sus periódicos, y sin dirigir la palabra ni mirar a su mujer, dió un bostezo de cansancio, apoyó la cabeza en la mano y quedó contemplando de hito en hito las llamas del hogar. Rápidamente avanzaba el reloj; cuatro minutos para las nueve, tres, dos, uno. El rostro de Cónstance enrojeció ligeramente, pero sus manos continuaron firmes. Al cabo sonó nueve veces

la campana del reloj, con cierta solemnidad, pensó ella. Dejó caer la labor sobre sus rodillas y levantó la cabeza.

—Rex,—dijo con su voz suave, bien modulada,—tengo que conversar seriamente contigo esta noche.

—¿De veras?—replicó él.—Dilo pronto entonces, porque me voy a acostar dentro de cinco minutos.

—No sé si podré decirlo tan pronto,—repuso ella.—Lo tengo muy claro en mi mente, pero no sé si podré explicarme lo suficientemente claro para ti. ¿Te parece que hemos sido felices en nuestro matrimonio, Rex?

—¿Eh?—profirió él, alzando la cabeza bruscamente.

Estaba tan perplejo como ella había previsto. Nada le había perturbado durante aquellos largos meses de tormenta. Sintió ella un breve estremecimiento de conciencia por arrebatarle su tranquilidad en aquel momento. Tuvo el impulso de sacrificarse. Pero la exclamación de su marido había penetrado hondamente en su alma.

—He pensado mucho en esto últimamente, Rex,—continuó—y he llegado a una decisión.

—¿Una qué?—preguntó él.

—Una decisión,—replicó ella con firmeza. —He hecho pasar todas mis cosas al cuarto de huéspedes.

III

En efecto, lo que Cónstance había decretado era un divorcio secreto, pero un divorcio que la dejaba a cargo de todas las responsabilidades domésticas, y aun de todos los deberes sociales que correspondían a Mrs. Blánchard. Se necesitaba mucha fuerza de voluntad para llevar a efecto programa semejante. Habría sido mucho más sencillo para ella una separación completa, mucho más sencillo por diversas razones; mas el hacerlo así habría significado exponer a los comentarios públicos los nombres de Blánchard y Húnter, nombres que jamás se habían mancillado en procedimientos judiciales. El hacerlo así habría sido algo como huir, algo como esquivar la batalla. No trataba ella de hacer su vida más fácil; en ese caso no tenía sino dejarla correr. Trataba simplemente de mantenerla en la norma que su alma pura y noble demandaba; y dar todo, sin embargo, pero no más de lo que su dignidad justificaba.

En cuanto a Rex, sentíase completamente aturdido por este inusitado e inesperado episodio. Durante los primeros momentos quedó perplejo, en la actitud de un observador extraño que tratara de adivinar el enigma y resolver la situación por sí solo y en silencio. Parecíale todo aquello uno de esos mórbidos y anómalos dramas de Ibsen, que jamás había sido capaz de comprender, a pesar de encontrarlos bastante intensos si estaban bien representados.

Estudió a su mujer con vivo interés a la mañana siguiente cuando bajó ella al desayuno con su aspecto acostumbrado. Después de la noche intranquila que Rex había pasado, llena de negras pesadillas en que la veía muerta, su aparición tenía algo de extraordinario, como si hubiera resucitado. Siempre había sido para ella cuestión de buen gusto vestirse completamente para el desayuno y con extremo esmero. Detestaba el traje de interior. Llegaba hasta envidiar a los hombres la impresión de frescura que da el afeitarse. Pero aquella mañana no tenía que envidiar a nadie, ni hombres ni mujeres: aparecía vívida, fresca, radiante.

—Buenos días, Rex,—le saludó al entrar.

Él se levantó y movió la silla para que ella se sentara delante del recipiente del café. Ella tomó asiento, con un sonriente "Gracias," y le sirvió cuidadosamente el café necesario para la cantidad de crema que le agradaba. Al alcanzarle la taza tropezaron sus ojos con los de Rex, y una sombra cruzó por sus obscuras pupilas al notar el cansancio que acusaban los ojos de su marido.

—¿Tienes hoy un trabajo pesado, Rex?—preguntó.

—Un día ocupado,—replicó él.

—Entonces te hará bien salir en la noche. Tenemos hoy un baile, acuérdate.

—¿Quieres ir?—preguntó él, sorprendido.

—Naturalmente que iremos,—afirmó ella.

Observándola a través de la mesa, Rex la veía en su actitud acostumbrada, pero sin embargo, no era la misma. No podría precisar la diferencia. Pero tenía la im-

presión de que se habían agregado tres o cuatro tablas a la mesa que los separaba.

Ella le acompañó hasta la puerta como siempre, y cuando él salía le repitió de nuevo:

—No te olvides del baile.—

Él se volvió a medias, obedeciendo a un nuevo impulso; pero a este movimiento ella retrocedió un poco, como poniéndose en guardia. Rex partió apresuradamente, olvidando el acostumbrado cigarrillo.

La acompañó en la noche al baile, no porque él deseara asistir, sino porque quería observar cómo desempeñaba su nuevo papel en tales ocasiones. Ésta era su manera de proceder; estudiar los problemas en silencio y por sí mismo. Ella le había colocado en una situación que hasta donde él podía observar era absolutamente injustificada; del todo inexplicable. Respetaba bastante, sin embargo, el criterio de su mujer para comprender que aquello no obedecía a una fantasía pasajera. En alguna forma, ella debía de tener razón. Pero antes de descubrir los motivos fundamentales, necesitaba determinar las fronteras que ella había señalado; deslindar, como si dijéramos, el campo de acción.

El asunto no era tan sencillo. Costábale trabajo comprender por su conducta de aquella noche que un cambio cualquiera se hubiese producido en su vida. Comenzó a pensar si no sería víctima de alguna alucinación, porque ella era la misma vivaz criatura, tanto para él como para los otros. Bailaba con el entusiasmo de siempre, con él si se lo pedía, con cualquiera otro que se acercara cuando él estaba bailando con otra dama, como la cortesía le obligaba a menudo. Sorprendióse a sí mismo observando con cierta acritud si ella demostraba preferencias por alguien, y luego se acusó de bajeza por haberse atrevido a dar cabida siquiera un instante a tan mezquino pensamiento. Sospechas de esta índole manchábanle a él más que a ella, y Rex lo sabía. Debía tener mucho, mucho, cuidado con lo que pensaba, tanto por ella como por sí mismo. Debía también poner mucho cuidado en su aspecto y su conducta. Por lo menos dos de sus parejas, mujeres de ojos penetrantes y lengua afilada y flexible, comentaban ya indirectamente su indiferencia en el baile.

—Parece usted fatigado, Rex,—dijo la linda Mrs. Rándall, con su más agradable inflexión de voz: voz que ya había dado pruebas de ser peligrosamente agradable.

—Así estuviera a punto de caer desplomado, debería ofrecer a usted mil excusas por parecerlo,—replicó él prontamente.

Con esto se recobró. Bailaba muy bien, y apenas dejó después que los pies de su pareja tocaran el pavimento. Pero no la sacó más aquella noche.

Mrs. Néwcombe ensayó un tiro más alevoso:

—¡Qué alegre está Connie esta noche!—observó al notar que la seguían los ojos de su marido.

—Buena señal, ¿no es así?—replicó él.

—Ella es la única que podría decirlo,—sugirió la otra.

—Entonces tendré que preguntárselo,—contestó con risa forzada.

Después de estos pequeños incidentes, puso mayor atención en el baile, en la música y en su pareja; y lo hizo especialmente cuando bailaba con su mujer, aun cuando ella le daba muy poco que hacer en este sentido, dejándose llevar con una flexibilidad rítmica capaz de galvanizar a un muerto. Y sin embargo, ¡cuán ligeramente se apoyaba en sus brazos! ¡Cuán torturadoramente ligera, aun en el instante en que los músculos de él se contraían un poco! Era como si enlazara su cuerpo astral. Pero aun así, podía percibir el sutil perfume de su cabello, perfume que a ella sola, y nadie más, pertenecía. Hacíale el efecto de un aroma exótico. Despertaba memorias que tan pronto le arrebataban a inmensas alturas y tan pronto le hundían en profundas simas. Aquella noche resultó en conjunto una de las más atormentadoras de su vida.

Se retiraron poco después de las once, y ella aguardó al costado de la casa, cerrada en la noche, que terminara él de guardar el automóvil en la cochera. Juntos siguieron la senda de la entrada y penetraron en el obscuro vestíbulo. Ella buscó el botón de la luz, que oprimió, tendiendo luego sus pieles a su marido.

—Buenas noches,—dijo rápidamente.

Y antes de que volviera en sí de su sorpresa, desaparecía ella por las escaleras que conducían a su aposento.

IV

A todo evento, Rex era un caballero, si bien en ocasiones un caballero de pocos alcances. Si ella hubiera sido su pupila, y él su tutor, no habría podido demostrar mayor delicadeza de la que hizo uso en sus relaciones con su mujer en los meses subsiguientes. Otro habría apelado al melodrama, o peor todavía, al mal humor; pero Rex la trataba como a una princesa colocada en difícil posición. Aparte de su educación, que le hacía respetar a las mujeres como seres superiores, tuvo desde el principio la convicción de que, ya fuera justificada o no su actitud, su mujer creía lealmente tener razón. Se comportaba honradamente, de acuerdo con su criterio, tanto respecto de él como de sí misma. Esto se revelaba en el hecho de que, a pesar de las circunstancias, deseaba continuar viviendo en su compañía. Tenía, indudablemente, tanto orgullo como él en conservar las apariencias; pero hacía mucho más, muchísimo más. Conforme transcurrían los días lo comprendía él con mayor claridad. Ella le consagraba en realidad más tiempo de lo que había hecho jamás. Un curioso incidente vino a comprobarlo a principios de la primavera.

Todo el invierno habían sufrido a causa de la incompetencia de una cocinera que lograba convertir en platos mal preparados los exquisitos víveres que se compraban. A menudo, tanto por la mañana como por la noche, veíase obligado Rex a dejar la mitad de la comida sin tocar, a pesar de que por no disgustar a Connie se esforzaba en comer lo más que le era posible. De pronto cambió todo esto, y Mary, la segunda doncella, comenzó a servirle platos que tentaban el apetito más indiferente. Por una o dos noches atribuyó esta circunstancia a una feliz casualidad; pero cuando apareció cierto plato que ordenaba a menudo durante el tiempo que hacía la corte a Connie y ella aceptaba salir fuera a comer con él, sus sospechas se despertaron.

—¿Qué ha pasado con la cocinera?—preguntó.

Connie apareció confusa.

—¿Algo que no está bien?—inquirió, intentando débilmente una evasiva.

—No puede haber adquirido en una semana la habilidad de confeccionar este plato. Apostaría que la has despedido.

—Es cierto, Rex,—admitió ella a más no poder.

—¿Dónde has conseguido la nueva?

—La encontré de casualidad.

—¿Dónde?—insistió él.

Ella trataba, a todas luces, de escaparse por la tangente. Sucede con tanta frecuencia eso de tropezarse con buenas cocineras como el tropezarse con la fortuna.

—En una escuela de cocina en el pueblo,—replicó.

—¿Cómo se llama?—

En este punto Mary, la criada que servía a la mesa, no pudo mantener la impasibilidad de su oficio y estalló en una risa ahogada. Rex la contempló asombrado.

—Yo serviré el resto de la comida,—ordenó Connie, severamente.

Mary desapareció, apretándose los labios con su blanco delantal.

—¿Qué le pasa?—inquirió Rex.

—Supongo que ha visto lo difícil que me resultaba guardar el secreto,—replicó su mujer.—La cocinera . . . soy yo.

—¡Tú?

—Brídget era imposible, a la verdad, y yo tenía tiempo suficiente, de manera que tomé un breve curso en la escuela de la ciudad.

—¿De manera que tú has preparado esta comida?—

Ella asintió con la cabeza.

—Pero, mira . . . —comenzó él en son de protesta.

—No te incomodes, Rex,—interrumpió ella.—Casi diría que me gusta hacerlo, y . . . bueno, por otra parte, quiero ser una buena ama de casa.—

Esta frase le hizo erguirse bruscamente. Por un momento había olvidado el papel que ella se había impuesto, como le había pasado algunas veces en los últimos tiempos. Pero cada vez tenía que pagar su olvido, como ahora. Ella divagó todo el resto de la comida, tratando de distraerlo con las noticias locales de la vecindad, y él procuró rehacerse para corresponder a sus esfuerzos. Lo menos que un hombre podía hacer en reconocimiento a las molestias tomadas en obsequio a su comodidad era mostrarse agradable. Ella estaba mejor que nunca aquella noche, y cuando estaba

mejor que nunca su hermosura era más que suficiente para trastornar la cabeza a un hombre. El encarnado vivo de la juventud lucía en sus mejillas y sus grandes ojos brillaban en todo su esplendor. Habíase dado tiempo de vestirse para venir a la mesa, a pesar de haber preparado la comida. Llevaba un traje negro bordado de azabache, que realzaba la blancura de su piel, revelando las delicadas curvas del cuello y de los hombros. En su garganta brillaba un camafeo que había pertenecido a la abuela Blánchard.

Cuando se levantó para dirigirse al salón, donde la lámpara arrojaba una luz suave, tamizada por la pantalla, sobre la mueblería sencilla pero de rico colorido, seleccionada toda por ella, Rex tuvo necesidad de reaccionar un poco antes de seguirla. Detúvose a la puerta, mientras ella ocupaba su sitio habitual al extremo de la mesa donde su periódico le aguardaba. ¡Qué linda figura para un cuadro! Pero esto era una comparación muy pobre. Los maestros del pincel y el colorido habrían logrado apenas expresar en el frío lienzo una simple idea aproximada de la vida palpitante que encarnaba esta mujer. Y sin embargo, aunque la tenía allí al alcance de su brazo, estaba en cierto modo tan distante como un cuadro colgado en la pared. Rex sintió algo que jamás había sentido, jamás, ni en los días en que la cortejaba antes de su matrimonio; porque entonces, en el ardor de la conquista, se había sentido seguro de su poder. Entonces era cada uno un misterio para el otro, luchaban con armas ocultas, actuando él como agresor. Pero, ya triunfador, no había sido capaz de conservar su conquista. Se le había escapado de entre las manos cuando creía tenerla más segura; así como ahora que se encontraba con él y, sin embargo, muy lejos de él; así como habiendo dejado de ser un misterio para él, se convertía ahora en misterio más impenetrable que nunca.

¡Extraña serie de paradojas para un hombre no acostumbrado a paradojas!

Rex no leía su periódico aquella noche. Las nuevas columnas, aun las nuevas columnas con las noticias de la banca, carecían de interés para él. Los esfuerzos de los atareados cronistas, escurriéndose por todas partes como sabuesos de brillantes ojos, eran perdidos para con él. Los dramas ocultos que habían sido capaces de sacar a luz en todos los rincones del globo, no le interesaban tanto como seguir sus propios pensamientos en la tranquilidad de este aposento, frente a una mujer joven inclinada silenciosa e intensamente sobre un trozo de labor.

Con todo, el cronista más perspicaz de Nueva York, por penetrantes que fueran sus ojos, no habría podido sacar nada en limpio de la situación conforme aparecía.

Rex Blánchard, de la Blánchard Machine Company, empresa que había surgido tan rápidamente durante el último año, permanecía en casa con su mujer y encontraba el periódico insulso. Esto era todo. Sin embargo, esta circunstancia era bastante significativa para desazonar aun a la misma Connie. Durante media hora quizá continuó su labor, lanzando una que otra mirada furtiva al echar de menos el ruido familiar del roce de las hojas del periódico. Luego, cuando el silencio llegó a afectar sus nervios, habló:

—Allí tienes el periódico, Rex.

Él levantó los ojos.

—Gracias,—replicó, pareciendo satisfecho de escuchar el sonido de su voz.

—¿Lo has leído?

—No.

—¿Te sientes cansado?

—No, absolutamente.

—¿Querrías salir un rato a cualquier parte?

—Preferiría quedarme en casa . . . a menos que tú desees salir.

—No lo deseo,—respondió ella.

—Quizá estás cansada,—sugirió él.

—¿Yo?—repuso ella, echándose a reír. —¿Por qué había de estar cansada?

—Has hecho la comida.

—Eso es un juego de chiquillos.

—Pero la cocinera se quejaba del trabajo.

—Por ser cocinera.

—Quizá por ser mala cocinera.

—Quizá si era mala cocinera porque se quejaba,—observó ella con sonrisa singular.

—No me parece razonable que tú estés haciendo ese trabajo.

—Es perfectamente razonable, Rex,—replicó ella,—con tal de que tú estés satisfecho.

—¿Satisfecho?

—Con los resultados.

—Y esto . . . ¿esto te satisface a ti?—preguntó él.

—Deseo ser una buena ama de casa,—replicó ella una vez más.

La frase le aturdió, le aturdió por completo. Cogió su periódico maquinalmente, y Connie lanzó un ligero suspiro de alivio; suspiro donde había, con todo, algo de sollozo.

La primavera fué un período crítico en el proceso de desenvolvimeinto de la Blánchard Machine Company. Con la adquisición de tres nuevas instalaciones en los doce meses pasados, la compañía se había colocado en posición tan importante que muchos astutos hombres de negocios comenzaban a observarla ansiosamente, en especial Damon, de la American Tool Corporation. El viejo Blánchard lo esperaba así. Ahora iba a comenzar la verdadera lucha, lucha que demandaría todos los recursos de la juventud. Y sin embargo, en este momento se le ocurrió a Rex reconquistar a favor del *tennis* el terreno perdido. Concibió la ambición absurda de ganar otra vez en unión de Connie la copa de partidos dobles. Dios sabe de dónde brotaría esta inspiración. Connie no lo propuso; pero el día que él le sometía su proyecto, ella contestó simplemente, con los ojos brillantes:

—Tengo espíritu bastante para hacer la prueba, Rex.

—Entonces,—exclamó él con algo de su antiguo entusiasmo,—nos lanzamos a ello.

Una pequeña copa de plata, donde irían grabados los nombres de ambos en caso de triunfar: esto era lo que perseguía Rex, en momentos en que se hallaba en juego la supremacía del mercado en herramientas en el territorio oriental de los Estados Unidos. El empeño exigía ardua preparación, lo cual significaba abandonar la oficina en horas tempranas de la tarde. Durante una semana el viejo Blánchard observó a su hijo con profundo estupor: dejaba trabajos a medio hacer en su escritorio y desaparecía de la oficina a las tres, cuando debía haber permanecido en su puesto hasta las cinco. A principios de la segunda semana Blánchard cogió el brazo de su hijo cuando éste se preparaba a tomar el sombrero.

—¿Adónde te vas?—le preguntó.

—A casa, papá.

—Pero, Rex, hay muchos asuntos importantes en la oficina que necesitan despacharse inmediatamente.

—Siempre esperarán hasta mañana.

—Tendrá que ser así, si te vas sin hacerlo. Pero no podemos permitir que Damon nos tome mucha delantera.

—Y yo no puedo permitir que me haga perder el tren de las tres y veintitrés. Mañana hablaremos de esto, papá.—

Y diciendo esto, se lanzó fuera de la oficina. A las cuatro se hallaba en el club con Connie y a las cuatro y media en el terreno de *tennis*. Al principio le fué difícil el juego, porque durante el invierno había aflojado más de lo que creía; pero su vista era tan buena como antes, y, además de su vista, contaba con algo que no comprendieron de pronto los jóvenes de veinte años que le habían aceptado con su compañera por espíritu de condescendencia. Al finalizar el primer mes toda una pequeña galería de espectadores, se reunía a contemplar estas partidas de ensayo en que los Blánchard se ejercitaban constantemente juntos juego tras juego.

—Es encantador verlos tan unidos jugando su partido, ¿no es cierto?—comentaba Mrs. Néwcombe.—

El público de la galería se dividía casi por igual entre los que venían a presenciar estas jugadas de *tennis* que, si bien no tenían quizá todas las condiciones de rapidez y vigor que exige el campeonato, revelaban, sin embargo, una destreza de partido que podía apostárselas con cualquiera; y los de tendencias más románticas que venían a contemplar la exhibición desde un ángulo más personal. De cualquier modo que se le tomara, el espectáculo valía la pena de dedicarle una hora en una hermosa tarde. Los dos jugaban como gobernados por un solo cerebro, como partes de un mecanismo en perfecto funcionamiento. Si a veces parecía Rex al agresor, y ella la firme y segura rueda volante, la situación cambiaba de pronto cuando Connie forzaba la partida con golpes cautelosos, directos, que necesitaban, con todo, las violentas y continuas acometidas de Rex para el triunfo final. Y siempre parecía cada uno de ellos saber por instinto la parte que le

correspondía en el juego del otro; y aun cuando tomaban sus partidas muy seriamente, más seriamente quizá, pensaba el público, de lo que el objeto justificaba, parecían más bien dos enamorados que una pareja que contaba más de dos años de matrimonio.

Dos años no son mucho tiempo, pero, sin embargo, son dos años. Desde la época de sus bodas, por lo menos una docena de nuevas parejas había aparecido en el club, relegándolos a segundo término de esta honorífica posición. Habíanse convertido en miembros del grupo conocido como jóvenes parejas, grupo entre el cual la murmuración andaba suelta con razón justificada. El período de asimilación, cuando el puro romance se encuentra a vueltas con la vida real, es, en muchos respectos, un período peligroso. Esto hacía que el caso de los Blánchard fuera aun más admirable. Por tal motivo muchas de las mujeres experimentadas, que miraban a los recién casados con cínica indiferencia, se complacían en observar a Connie y Rex dirigiéndose apresuradamente al club, el uno al lado del otro, después de su partida de *tennis*.

Ellos no advertían, entre tanto, la atención de que eran objeto. Alguna vez tuvo Connie ciertas indicaciones, al notar las miradas insistentes que les dirigían; pero lo atribuyó sencillamente a la admiración que Rex despertaba por lo general en las mujeres. Era casi imposible que así no sucediera a la luz en que ellas lo contemplaban. Alto, guapo y de modales corteses, afortunado en sus negocios y en los ejercicios atléticos, descollaba ciertamente entre sus camaradas. Había momentos en que, observándole bajo este aspecto, la misma Connie sentía marcado estremecimiento. Y había momentos ahora en que, aun mirándole conforme ella lo conocía, sentía que su corazón palpitaba más de prisa.

En cuanto a Rex, estaba demasiado absorto en este nuevo drama para darse cuenta de otra cosa. Sentía como si iniciara de nuevo la vida, con galardón mayor en perspectiva. Esto era dar a una pequeña copa de plata una importancia que probablemente no le atribuyeron los donantes. Un campeonato de estado no es gran cosa una vez que la excitación ha pasado.

El viejo Blánchard lo entendía de esta manera.

—¡Por Dios, muchacho!—estalló.—El *tennis* está muy bien como distracción, pero ¿no crees que vas demasiado lejos sacrificándole los negocios?

—Durante dos años lo he sacrificado todo a los negocios,—replicó Rex.

—¡Y puedes ver los resultados!

—Sí; ya los veo,—respondió Rex, con ceño.

—Y ahora. . . .

—Ahora voy a sacrificar un poco los negocios para conseguir otra cosa. Tenemos campo suficiente para lo que podemos producir, sin necesidad de mayor expansión. ¿Para qué hemos de molestarnos?

—¡Ah! ¡Si yo tuviera tus años!—exclamó el padre.

—Se me ocurre que en las mismas circunstancias harías exactamente lo que hago yo,—respondió Rex.

Blánchard estaba desazonado, desazonado porque detrás de esta obsesión de su hijo adivinaba algún misterio. Con el propósito de descubrirlo fué él mismo al club con Mrs. Blánchard algunas tardes, y después a la casa de sus hijos a comer con ellos. Encontró una excelente comida, mejor de la que le servían habitualmente en su propia casa. Esto no hizo sino aumentar el misterio. Y cuando después de un gran despliegue estratégico logró asegurar diez minutos de conversación a solas con Connie, no salió más instruído de la conferencia ni con grandes esperanzas de obtener su ayuda para volver a Rex al buen camino.

—Está profundamente interesado en ganar esta copa,—dijo ella.

—Evidentemente. Mas, ¿por qué, diablos, está tan interesado?—

Connie quedó pensativa un momento. Luego una sonrisa iluminó su semblante, una sonrisa de bella ternura.

—No lo sé . . . con certeza,—repuso lentamente.—Pero quizá se trata de . . . una prenda de amor.

—Debería dejar esas cosas para los muchachos de veinte años,—replicó el viejo Blánchard.

Era verdad que Connie no sabía con certeza el motivo secreto que estimulaba esta nueva ambición de Rex Blánchard; pero no se inquietaba acerca de esto porque

sabía con certeza otras circunstancias regocijadoras: que día a día parecía rejuvenecerse de cuerpo y de espíritu; que día a día parecía guardarla más delicada consideración; que día a día parecía expresión más fiel de sí mismo y menos la encarnación de la Blánchard Machine Company.

No salieron al campo en julio aquel verano, sino que permanecieron en su casa hasta después del campeonato en agosto. Y en este período fué cuando Rex se manifestó un perfecto caballero.

Después de aquellas horas pasadas el uno al lado del otro bajo el sol, jugando, y luchando juntos con igual propósito, no era cosa fácil escoltar a su mujer a la discreta soledad de su casita y mantener la actitud que la confianza de ella exigía de su caballerosidad.

Pasaban largas horas en el sombreado y cubierto vestíbulo, donde él podía hablar de todo, menos de lo que ocupaba más ardientemente su corazón; largas horas durante las cuales podía ser tan afectuoso como quisiera siempre que no expresara el ardor del enamorado; largas horas en que podía recrear sus ojos en la lánguida figura de su mujer todo el tiempo que conservara firme dominio sobre su propia naturaleza. Y todo esto lograba realizar.

Sería difícil indicar el momento preciso en que la concepción del impulso que provocara esta extraña actitud en la joven con quien se había unido en matrimonio alumbró en la mente de Rex. Produjose lentamente, porque no tenía gran experiencia acerca de las mujeres; pero paulatinamente llegó a comprender y . . . a temer. El amor no era una cosa que pudiera obtenerse y depositarse en una caja de hierro junto con los demás valores; y de ninguna manera el ardiente amor que una naturaleza como la suya era capaz de sentir. Ese amor necesitaba alimentarse de amor, o de lo contrario habría de marchitarse y morir. Había visto cómo se marchitaba. ¿Le había visto, acaso, morir?

No lo sabía; ni se atrevía a preguntárselo a sí mismo. El único camino que le quedaba era comenzar de nuevo, desde el mismo principio. Si pudiera retroceder al punto en que la conoció y empezó a hacerle la corte, retroceder dos años, hasta aquellos días en que se conocieron en pleno esplendor de su fuerza, entonces quizá podría aventurarse. Y la prueba de su habilidad para hacerlo consistiría en ganar la copa del campeonato. Era una concepción algo primitiva, quizá infantil; pero es increíble lo niño que puede volverse un hombre en ciertas ocasiones.

Pero era hazaña viril el ocultar un amor cuya llama ardía intensamente.

Y ella, observándole a través de sus párpados entreabiertos, o abiertamente a favor del crepúsculo, se estremecía ante la magia de este renacimiento de amor. Hacíala sonreír a veces el observar cómo se enorgullecía él de su secreto, la satisfacción que experimentaba de encerrar este secreto en lo profundo de su corazón. Sólo que en ocasiones—veíase forzada a confesárselo a sí misma—le habría perdonado de buena gana que fuera un poco más débil. Conforme transcurrían los días comenzó a sentirse alarmada de esta voluntad de hierro que no se dejaba doblegar. Ello significaba un peligro.

Lo que la sostenía física y moralmente en el curso del verano era la convicción creciente de que la celebración del campeonato traería consigo en alguna forma la solución de sus asuntos domésticos. Rex nunca había expresado esta esperanza; pero desde el tiempo en que el viejo Blánchard quiso sonsacarla, contestó ella por intuición. Únicamente bajo el supuesto de que el torneo implicaba para su marido significado ulterior, podía explicarse la exagerada importancia que atribuía al asunto. Había en juego ciertamente algo más que una copa de plata; y este algo. . . . En ciertos momentos se alegraba de que la obscuridad ocultara el ardiente rubor que subía a sus mejillas.

A decir verdad, dedicaba a este propósito más tiempo del que justificaba su posición de ama de casa. La tensión comenzaba a producir efecto. Una semana antes del campeonato observó que no podía dormir lo necesario. A menudo despertaba hacia la medianoche y se ponía a dar vueltas en su cuarto por dos o tres horas; sin permitir, por otra parte, que esta circunstancia interrumpiera su regla de levantarse a las seis y media para tener tiempo suficiente de preparar el desayuno a su marido. Y cuando él salía a sus negocios nada podía

inducirla a descuidar sus labores caseras bajo ningún pretexto. No había tanto que hacer; pero siempre había algo, más de lo que se le reunía cuando no se preocupaba del campeonato. Esta preocupación era precisamente lo que afectaba su salud. Ella lo sabía, mas esto constituía su secreto; y afortunadamente Rex no adivinaba los secretos tan bien como ella. Hasta el último día de práctica en los terrenos de *tennis* del lugar la creyó en la mejor condición. Dos días después se celebraba el campeonato.

Los detalles del juego no son importantes. A través de los incidentes de las partidas preliminares llegaron triunfantes al combate final, que se esperaba extremadamente reñido; y todos los periódicos comentaban la maravillosa unidad de jugadas que habían desplegado. En todos los puntos peligrosos acudía el uno al auxilio del otro con instinto infalible que casi rayaba en inspiración.

Sin embargo, dos horas antes de las partidas que habían de decidir el triunfo, Connie sollozaba a solas en su cuarto, completamente descorazonada. No sabía cómo ni por qué; pero sentía de pronto que la abandonaban las fuerzas para el último combate. Para llegar a este punto había agotado toda su energía y no tenía más de que echar mano. Trató de desprenderse de esta idea, de estimularse a sí misma; pero al ponerse de pie se sintió cansada y agotada y desalentada, ¡Oh, cuán desalentada! Y en este momento se encontraba sola, ¡tan completemente sola! Era a la vez lastimero y trágico.

No se había vestido todavía cuando oyó que Rex la llamaba desde abajo.

—Es hora de salir, Connie.

—Estaré lista en cinco minutos,—respondió.

No había escapatoria. Tenía que ir. Vistió como pudo su traje de *tennis* y haciendo un esfuerzo bajó con rostro sonriente. Cuando Rex fijó en ella los ojos, pareció que su voluntad flaqueaba un instante. Luego, apretando las mandíbulas obstinadamente, la precedió hasta el automóvil. El resultado se decidió en aquel momento.

Tres horas más tarde regresaba Rex con ella, aturdido y con los nervios destrozados por la tensión. La derrota se había producido rápidamente. No podía comprenderlo. Ella había combatido bizarramente, pero sus golpes carecían de poder, sus pies no tenían la agilidad acostumbrada. Lo mismo había pasado con él. El regreso se efectuó sin que ni uno ni otro pronunciara una palabra; y ahora, después de cambiarse traje, aguardaba él, paseando de arriba abajo en el salón, que ella descendiera. Para qué, no lo sabía. Había perdido; había perdido después de poner todo su ser en este juego. No había sido capaz de volver al punto donde comenzaron. ¿Qué podía hacer ahora?

Transcurrió media hora, y Connie no bajaba. Salió al vestíbulo, y por último subió las escaleras del cuarto de su mujer, deteniéndose a la puerta. Todo estaba silencioso adentro, tan silencioso que podía escuchar los latidos de su propio corazón. Necesitó armarse de valor para llamarla, pero al cabo pronunció su nombre. Ella no respondió. Hizo girar entonces la manecilla de la cerradura y se apoyó con todo su peso sobre la puerta. Ésta cedió con facilidad. No era necesario tal esfuerzo. Connie yacía echada de cara sobre el lecho, con la cabeza hundida entre las almohadas, y un brazo extendido. Arrodillándose, lo cogió y lo apretó contra sus labios. Estaba tibio, ¡gracias a Dios!

—Connie,—murmuró, mientras ella continuaba inmóvil.—Connie, hemos perdido, pero no debes afligirte así.

—Es . . . es culpa mía,—sollozó ella, desde las profundidades de las almohadas.

—Hemos jugado juntos, y . . . hemos perdido juntos,—dijo él.

Y diciendo así, pareció que le acometía una nueva idea, una idea tan maravillosa que le deslumbró.

—Juntos,—repitió.—Me pregunto si no es esto lo que vale. . . . ¡No que hayamos ganado o perdido, sino que ha sido juntos!—

Ella levantó la cabeza ansiosamente.

—Lo que vale, ¿para qué?

—Para esto,—respondió él.

Y antes de que ella hubiera podido protestar, en caso que lo deseara, apretó sus labios ansiosos contra la boca de su mujer.

Rex y Connie Blánchard cuentan algunos años más al presente, y varias nuevas responsabilidades, entre las cuales Rex hijo

y la bebe Connie son las más importantes; pero todavía se les considera con una especie de reverencia como ejemplo de un romance ininterrumpido en la vida real. Aun el viejo Blánchard se ha reconciliado con el hecho de que Rex abandone siempre la oficina a las tres, y a menudo le acompaña para jugar un rato con sus nietos.

Mas, aun cuando la Blánchard Machine Company hace buenos negocios ha defraudado en cierto modo las expectativas del mundo industrial. Damon, a pesar de hallarse más tranquilo, echa a Rex toda la responsabilidad:

—No toma en serio los negocios,—declara.



UN DRAMA ESCRITO EN LA PRISIÓN[1]

EXTRACTOS DEL DIARIO DE JOHN HÓWARD PAYNE, AUTOR DE *Home, Sweet Home*

POR

THÁTCHER T. PAYNE LÚQUER

El génesis de un drama hasta su culminación en la escena, historia siempre interesante por las alternativas de inspiración, entusiasmo febril, desaliento, temor y ansiedad que provoca en su autor, adquiere aquí matiz más intenso y humano a causa de haberse desarrollado en la prisión por deudas y a raíz de largos días de decepción y aislamiento. John Hóward Payne (1791-1852), cuyas aventuras de autor insolvente y meditaciones filosóficas aparecen en el diario que el autor del artículo transcribe, fué un dramaturgo, actor y cancionero norteamericano, nacido en Nueva York, y que se hizo especialmente famoso por haber compuesto la canción universalmente sentida y apreciada, *Home, Sweet Home*. El autor del artículo nos hace conocer también datos curiosos, por su carácter descriptivo e histórico, sobre costumbres de las cárceles y tribunales de Inglaterra.—LA REDACCIÓN.

I

LA PRISIÓN por deudas era una vieja costumbre inglesa que sólo caducó a mediados del siglo pasado. La cárcel de Márshalsea, erigida en Soúthwark, suburbio situado en los alrededores de la extremidad meridional del puente de Londres, estaba reservada a los deudores cuyos juicios se tramitaban en ciertos tribunales; pero el mayor número de infortunados deudores era confinado a la prisión de Fleet, que desde muy antiguo se elevaba en Lúdgate Hill, cerca de la orilla oriental del río Fleet. El edificio congregacionalista y la biblioteca ocupan ahora parte del sitio donde se levantaba la antigua prisión, en la calle de Fárringdon.

Refiere la tradición que en tiempos de Guillermo el Conquistador existía en el mismo lugar una cárcel, que desde aquel entonces se usaba para encerrar a los deudores; pero la primera mención histórica de la prisión se extiende al primer año del reinado de Ricardo I. En aquel tiempo, y hasta que fué abolida la Star Chamber[2] el año décimosexto del reinado de Carlos I, confinábase allí a los que habían incurrido en el desagrado de aquella desacreditada corte, y después de esa fecha quedó reservada para los deudores y las personas acusadas de desacato a los tribunales de cancillería, de hacienda y tribunales ordinarios de justicia.

Esta prisión fué destruída dos veces por el fuego, primero en el gran incendio de 1666, y luego durante los motines de Gordon en 1780, después de lo cual fué reedificada con tales comodidades que los deudores que podían permitirse este lujo pagaban por el privilegio de ser trasladados allí desde otras prisiones menos bien acondicionadas. El edificio era de cuatro pisos de altura y cerca de cincuenta y seis metros de longitud, y tenía un patio para que los detenidos pudieran dar algunos paseos por vía de ejercicio. Estaba dividido en dos secciones: el lado de los señores y el lado de los plebeyos. El lado de los señores tenía ciento nueve aposentos, que casi todos contaban con su chimenea; pero el lado de los plebeyos tenía únicamente cuatro vastas salas, cada una con su chimenea. Los prisioneros debían procurarse el lecho y cualquier otra clase de muebles.

---

[1]Traducido por permiso especial del *Scribner's Magazine*, que tiene reservado el derecho de propiedad.—LA REDACCIÓN.

[2]Tribunal de causas civiles y criminales, en Wéstminster, que ha sido tachado de abusivo en la historia de Inglaterra. Fué fundado para dilucidar las ofensas y controversias frecuentes en la corte o que afectaban directamente a la corona, como fraudes, libelos, conspiraciones o motines; pero se adjudicó por moción propia una administración arbitraria de justicia, extendiendo su jurisdicción a diversos crímenes y delitos. Esta jurisdicción comenzó por lo menos desde el reinado de Enrique VI, componiéndose entonces el tribunal del consejo privado del rey. Su autoridad aumentó durante la época de Enrique VII, aunque posteriormente le fué restringida por diversos decretos promulgados desde el tiempo de Eduardo IV, caducando poco a poco hacia la última parte del reinado de Enrique VIII. En 1640 la Star Chamber fué abolida por un decreto de Carlos I, donde se manifiesta que "las razones y motivos que indujeron a la creación y funcionamiento de este tribunal, han desaparecido."—LA REDACCIÓN.

El puesto de alcaide era hereditario en los tiempos primitivos, pero más tarde se obtenía por letras patentes selladas con el sello principal. No recibía sueldo; y su remuneración consistía en honorarios pagados, en su mayor parte, por el privilegio de residir fuera de los muros de la prisión, en cierto distrito llamado las *Rules of the Fleet* (Dependencias de Fleet), "área que se extendía hacia el sur por el lado oriental del canal de Fleet hasta Lúdgate Hill, y de allí hacia el este hasta Cock Alley al sur de Lúdgate Hill, y hacia el Old Bayly Court por el norte, siguiendo esta dirección por la calle del mismo nombre a ambos costados de el Old Bayly hasta la avenida de Fleet, y a lo largo de esta avenida, y desde la extremidad occidental hacia el sur hasta llegar de nuevo a la prisión."

El promedio de prisioneros dentro de los muros de la cárcel era doscientos cincuenta, y en las dependencias, sesenta.

Entre las personas notables confinadas en la Fleet contábanse Lord Súrrey, el poeta; el obispo mártir, Hóoper; Prynne, que perdió las orejas por causa de sus principios; y Sávage, el poeta y amigo de Johnson, y Wílliam Penn.

John Hóward Payne fué condenado a la prisión de Fleet a fines del año 1820, como resultado de deudas contraídas en su desgraciada tentativa como empresario del Sadler's Wells Theater. Era éste un teatro de segunda clase, que en sus principios fuera una especie de "Music-House," abierta con el objeto de procurar entretenimiento a las personas que acudían a tomar las supuestas aguas medicinales de un manantial situado en un jardín de Íslington, propiedad de un individuo llamado Sádler. Este jardín se extendía sobre la margen septentrional del New River, agotado posteriormente tiempo ha, y ocupaba el espacio limitado hoy por la calle de Árlington, la avenida de Rósebery y la calle de Saint John.

La "Music-House" original era una construcción de madera, erigida allá por el año de 1683, cuando se observaron de nuevo las propiedades curativas de "las aguas de Sádler." Esta construcción se echó abajo en 1765, edificándose en su lugar un teatro que costó 4,225 libras esterlinas. Durante muchos años se dedicó casi exclusivamente a representaciones de variedades. Contaba con un estanque, y en 1804 se ofreció allí un espectáculo acuático, llamado "El Sitio de Gibraltar," que obtuvo éxito considerable. Charles Dibdin fué copropietario y empresario del teatro por más de veinte años.

En 1820, cuando Payne se hizo cargo de la administración, el teatro pertenecía a cierto Mr. Dixon, yerno del anterior propietario, llamado Bárfoot. Payne, lleno de entusiasmo y de esperanzas, creyó que podría triunfar en su empresa representando dramas genuinos con actores competentes y decoraciones mejores. Ciertas indicaciones encontradas en su correspondencia demuestran que se hallaba muy adelantado para su época en sus ideas sobre representación escénica, ansioso de realismo y de desprenderse de las convenciones que por aquel entonces aprisionaban la escena; y si hubiera tenido dinero suficiente y un poco de tiempo para educar el gusto del público, habría podido ser el digno predecesor de Augustin Daly o Henry Írving. Pero tales esperanzas no se realizaron. El público no se manifestó dispuesto a alejarse de los teatros donde estaba acostumbrado a ver dramas, y a despecho de la calidad superior de las producciones que se le ofrecían, las entradas de la taquilla no correspondieron a los gastos, y la empresa fracasó desastrosamente. Los acreedores entablaron juicio a Payne, y, llenados los procedimientos legales, éste fué encarcelado en la prisión de Fleet hasta que hubiera satisfecho sus deudas. Payne tuvo la suerte de conseguir fondos que le permitieron vivir en las dependencias de la prisión, encontrando alojamiento en una callejuela de Lúdgate Hill, a mitad de camino más o menos entre la calle de Fárringdon y el Old Bayly, llamado Naked Boy Courd.

Los siguientes extractos de su diario narran una historia de sombría tristeza, iluminada inesperadamente por un rayo de esperanza partiendo de fuente desconocida; por esfuerzos febriles y ansiosa incertidumbre, seguidos de cierta proporción de triunfo que, si bien no era lo que se merecía, por lo menos sirvió para liberarle de la prisión por deudas dándole la oportunidad de comenzar de nuevo la lucha.

DIARIO DE JOHN HÓWARD PAYNE

Londres, Boy Court. Número 1, Lúdgate Hill, Dependencias de Fleet.

Lunes, primero de enero [1821].—El año nuevo se ha iniciado para mí con una fuerte jaqueca que me impide referir ahora la serie de reflexiones que su advenimiento ha provocado. Trataré de transcribirlas de mi mente mañana, concretándome por el momento a hacer constar que esta fecha no ha pasado inadvertida en mi memoria; y que ha traído consigo ideas y resoluciones justas, (por lo menos, así lo espero). El consuelo del desamparo y los errores es que siquiera hay campo de hacer buenas resoluciones, siempre que exista esta predisposición en cualquier forma; porque en muchos, ciertamente, se ha extinguido aun la facultad de hacer buenos propósitos.

Martes, 2 de enero.—Creo que nunca me ha hecho sufrir tanto la jaqueca como anoche. Despertaba frecuentemente, y los intervalos de sueño estaban llenos de pesadillas atareadas, agitadas, discordantes, que dejan una sensación incómoda y desagradable. ¿Por qué no ha de comprender una mente sana que los ensueños febriles son por naturaleza perturbadores, y ha de ceder a la vulgar superstición que atribuye a los sueños carácter profético?

Dije ayer que describiría hoy mis impresiones y resoluciones del año nuevo. ¿Lo pospuse, acaso, porque no podía escribir? Leí y medité. ¿Por qué pues no podía escribir? Sufría, indudablemente, pero era capaz de leer y de pensar; ¿me hallaba por ventura incapacitado de escribir? ¡No! Aunque sufría, podía haber escrito, y quizá habría salvado del olvido pensamientos adecuados al momento y que ahora se han escapado. Tuve un instante de vacilación al terminar mi apologética nota, sintiéndome casi a punto de continuar, lo cual me convenció de que era una simple excusa; pero el espíritu de dilación ganó la partida. Ahora, a la obra.

Es posible encontrar ventajas aun en nuestros errores, si queremos crear tales ventajas. Aquel que chocó contra una roca en cierto viaje puede fijar en su memoria el punto donde se hallaba esa roca, evitándola en lo sucesivo, y realizando un viaje feliz cuando se haga de nuevo a la mar. Si las faltas cometidas un año se recuerdan con discreción, pueden redimirse el año subsiguiente. Creo que discierno ahora con más claridad que nunca la manera en que puedo reformarme. Mirando dentro de mi alma, observo que sus intereses eternos han sido descuidados y se encuentran en un estado caótico. ¡Cuántas personas imaginan que son buenos cristianos y, sin embargo, apenas saben una palabra de Dios y de los rudimentos del cristianismo! ¡Cuán extraño es que se hable siempre de la Biblia como de una obra que nos es perfectamente familiar, se considere su posesión como una especie de talismán, y el desgarrar siquiera una de sus hojas se juzgue un sacrilegio, y, a pesar de eso, rara vez se la consulte, y sea tan poco comprendida! En cambio, otros libros mucho más voluminosos se buscan y se estudian con empeño, en tanto que la Biblia, el libro de los libros, se considera una obra enorme, cuya lectura exige resolución sobrehumana, y no lo suficientemente interesante para hacerla tema de referencias elegantes y familiares! Yo he descuidado la Biblia y la ignoro casi por completo, aun cuando puedo citarla y persuadirme a mí mismo y a los demás de que la conozco mejor de lo que mi conciencia me sugiere. Esto puede enmendarse fácilmente, y *debe* procurarse que así sea. Comprendiéndolo de esta manera al principio del año, no es avanzar mucho el decir que estaré bien versado en la Biblia cuando el año termine; y esta declaración servirá en contra mía, si no lo estuviere.

La falta de atención a los grandes anales del estudio de la religión trae como resultado natural la omisión de las observancias religiosas, la prostitución del domingo y otras violaciones igualmente deplorables y más nocivas a la sociedad. De todo esto tengo que acusarme.

Quien olvida su alma no cuidará mucho verosímilmente de su intelecto. El mío ha sido de esta manera groseramente abandonado; y ahora, habiendo llegado casi a la edad de treinta años, me encuentro menos educado de lo que me juzgaba a los trece; y seguramente mucho, mucho menos, de lo que los demás me juzgan. Los conocimientos religiosos se obtienen

con mayor facilidad que los literarios y los científicos; porque los primeros residen en un solo volumen y pueden adquirirse por la observación de todo lo que nos rodea, en tanto que los otros abarcan muchos puntos que no se encuentran inmediatamente a la vista y están diseminados en millares y millares de volúmenes, no siempre fáciles de obtener y que requieren tiempo y severo análisis para ser leídos y comprendidos. Por consiguiente, la falta de perfeccionamiento literario es más excusable. Sin embargo, tratándose de mí, podría haber adquirido muchos más conocimientos durante el año que acaba de transcurrir; y espero que en el próximo he de adoptar un curso metódico de estudios, y no permitiré que pasen doce meses sin dejar algún fruto en todo este período.

El punto siguiente se relaciona con mis circunstancias. En esta materia tengo menos razón de censurarme; los demás me culpan, exclusivamente quizá, en esto. Mis circunstancias son mucho peores de lo que eran. Estoy en prisión, y más sumido que nunca en deudas. Sin embargo, he trabajado de firme y he sufrido profundamente. El que mi labor no haya sido lucrativa puede provenir en parte de que los arreglos fueran imprudentes y precipitados; pero me veía colocado en situación tal que exigió en cierto modo que me lanzara violentamente a una especulación que podía rendir utilidades, para no perder con dilaciones el momento de aprovecharla, haciéndome así víctima de lo que yo creía una buena oportunidad. Hice lo mejor que pude; y estaría satisfecho si pudiera hablar de mis intereses eternos e intelectuales tan limpia y orgullosamente como de los temporales. Pero un poco más de prudencia, de economía y de puntualidad pueden ser convenientes en adelante; y las penalidades que he sufrido quizá sean compensadas en última instancia por el cambio que hayan de producir. Hay una lección entre todas que jamás olvidaré; esto es: no deber nunca dinero al casero. El hombre que no debe nada en su casa ni en los alrededores es comparativamente independiente; y las deudas pequeñas son peores que las grandes: quitan al hombre su reputación y hacen que sea mal visto y escarnecido. De las deudas grandes, por otra parte, es casi imposible recobrarse. La ley romana convertía en esclavos a los deudores; los ingleses tratan a sus deudores como esclavos, a pesar de que las leyes prohiben la esclavitud que, sin embargo, hacen efectiva en forma tiránica e insultante.

. . . .

Ayer vino a visitarme Mr. Glóssop, propietario del teatro de Cóburg. Se mostró muy amable, y parecía deseoso de entrar en negociaciones a propósito de algunas piezas dramáticas que tengo conmigo, especialmente *The Rival Heroes*. Yo propuse un arreglo mediante el cual tomaría parte activa en la administración; pero nos interrumpieron y él se despidió ofreciendo regresar pronto.

. . . .

He acabado de leer *The Wandering Jew* (El judío errante), un epítome de historia universal muy bien seleccionado y dispuesto, y acertadamente enlazado con la tradición del impío que habrá de marchar incesantemente a través de los siglos. La leyenda del judío errante se adapta, a mi entender, maravillosamente a la poesía; ensayaré este tema alguna vez. Comenzaré en seguida a leer . . . ¿qué? ¡Veamos! El *National Spelling Book*. ¡Un hombre que ha vivido ya casi la mitad de su vida, ¡leyendo un silabario! Pero aun allí encuentro enseñanzas que comprometen mi gratitud.

Martes, 2 de enero.—Terminé el *National Spelling Book*. Creo que se podría mejorar mucho esta clase de obras ofreciendo las lecciones en estilo más familiar. Pienso realmente que un silabario o un libro primario para niños debería disponerse de manera que imparta un conocimiento elemental del país, de sus producciones, su historia natural y política y sus rasgos característicos. ¿Por qué no habría de establecerse una biblioteca educadora, desde los rudimentos hasta el pináculo de la educación?

Domingo, 7 de enero.—Niebla espesa y rojiza todo el día; en consecuencia, necesito encender una bujía para leer. . . . He leído el número de diciembre del *Gentleman's Magazine*, que me parece muy por debajo de la índole de las revistas modernas. Me ha agradado más que todo

un artículo sobre el "Origen de la Caballería," firmado "W. R."

La imposibilidad de asistir al servicio religioso aquí es una excusa para no dedicar el domingo a ocupaciones mejores; aun cuando, seguramente, si hubiera ido a la iglesia, habría sido muy poco probable que tropezara con ninguno de mis acreedores. Hay una circunstancia, sin embargo, que disminuye mi satisfacción por el perfeccionamiento que me he propuesto alcanzar en el nuevo año. Saint Paul's está muy cerca de aquí, y hay además otra iglesia junto a la London Coffee House; pero el canal que separa la iglesia de la taberna constituye mi frontera divisoria del mundo. En la prisión se celebra el servicio divino, pero . . . ¡alguna concesión se ha de hacer al orgullo!

Lunes, 8 de enero.—Hoy es el cumpleaños de J.[3] Vino a verme a eso de las doce con la orden para Wóodroffe; me dijo que Mrs. Égerton[4] tenía uno de los papeles más hermosos que se hayan escrito, en el drama[5] que se estrena esta noche en el Drury Lane; y parecía disgustada de haber estado ausente el día del reparto, pues de lo contrario le habría tocado a ella desempeñarlo. Dayus vino también; me contó que, después de todo, ¡Mr. Bétterton había pedido que su beneficio tuviera lugar en el teatro de el Sadler's Wells Theater! Godwin[6] tomó el te conmigo, despidiéndose luego para ir a ver a Sérgeant. En la noche fuí a visitar a J., y estuve aguardándola largo rato. Al cabo llegó, en excelente humor: ¡el drama estaba a punto de hundirse! Encontré en su casa *Lalla Rookh*, y comencé a leerlo mientras ella venía. Imagino que la mente tiene sus estaciones, como el año; porque la mía estaba envuelta en la helada capa del invierno, inaccesible e incapaz de comprender las bellezas del exquisito poema que ahora se alza deliciosamente en torno mío, del mismo modo que la primavera hace brotar las flores y el verdor. He escrito una carta a Prócter[7] a propósito de su tragedia que se estrenará mañana.

Martes, 9 de enero.—He continuado la lectura de *Lalla Rookh*. La niebla ha sido tan espesa que obscurecía completamente la luz del día; la atmósfera aparecía cárdena y opaca; las bujías ardieron sin interrupción. . . .

En este momento debe haberse decidido la suerte de la tragedia de Prócter; probablemente él se halla cenando con sus amigos, feliz, triunfante y alborotador. Lowndes[8] dice que *Montalto*, la tragedia representada en el teatro de Drury Lane, ha sido escrita por Haynes, reportero del *Chronicle*.

Miércoles, 10 de enero.—Las deliciosas sensaciones que produce la poesía, ¿no son acaso una vislumbre del deleite inefable que deben sentir los bienaventurados, cuando se desprenden de la grosera envoltura que los sujeta a la tierra? Semejante a la ojeada furtiva que el hada de la mitología persa en el poema arroja al paraíso, cuyas puertas se abren para dar paso a algún espíritu bienaventurado, la poesía nos hace suspirar por aquella existencia puramente intelectual, en comparación de la cual los mayores deleites terrenales nos parecen turbios y profanos.

---

[3]Mrs. Samuel Glóver, antes Julia Bétterton (1779 1850): hija de un actor canalla que se hacía llamar Bétterton, sin razón aparente. Julia comenzó su carrera teatral en 1789, y diez años más tarde, su padre, que la trataba brutalmente, la vendió a Samuel Glóver por 1,000 libras, que jamás fueron pagadas. Glóver se casó con ella el año 1800, pero la trataba también con brutalidad. Fué la actriz cómica principal de su tiempo, y se le atribuía una memoria maravillosa. En sus últimos años de teatro, era llamada la "Madre de la Escena."

[4]Mrs. Daniel Égerton, antes Sarah Físher (1782 1850): hija del reverendo Péter Físher, de Little Tórrington, en Dévonshire. Se lanzó al teatro después de la muerte de su padre, y contrajo matrimonio con un actor, Daniel Égerton, al rededor de 1810. Descollaba en el papel de Meg Mérrilies en la versión dramática de *Guy Mannering*. No tenía cualidades para la tragedia, pero se contaba en primera fila en el melodrama.

[5]*Montalto*: tragedia por un autor anónimo, representada en el teatro del Drury Lane el 8 de enero de 1821.

[6]Wílliam Godwin (1803-1874), conocido como Wílliam Godwin el joven: escritor, crítico, y hermano de Mrs. Shélley.

[7]Bryan Wáller Prócter (1787-1874): poeta y autor dramático. Fué condiscípulo de Peel y de Byron en Hárrow, y amigo y camarada de Leigh Hunt y de Charles Lamb. Era un cancionero inspirado, y comenzó a escribir dramas en 1819. Su seudónimo era "Barry Cornwall." La tragedia a que se alude era *Mirandola*, por la cual le pagaron 630 libras por una serie de dieciséis representaciones en Cóvent Garden. El éxito de la tragedia se debió en gran parte a la interpretación de Charles Kemble.

[8]Wílliam Lowndes: librero muy conocido en el Strand, Londres.

El encanto de la virtud y de la poesía son semejantes; ambos nos hacen "sentir a Dios dentro de la mente." La poesía es tal vez el idioma celestial, en tanto que la virtud es la ocupación de los ángeles

Los arruinados escombros que todavía se yerguen en sombría majestad sobre el polvo y desolación de las antiguas ciudades simbolizan para mí reliquias destrozadas de los grandes genios de la antigüedad, transmitiendo a las edades venideras el único testimonio concreto de la majestad del pasado, mientras que los millones de hombres que vivieron en aquella época se conocen apenas por conjeturas o por obscura tradición.

Según el *Times* de esta mañana—que recibí en mi lecho mientras el perrillo se lanzaba intrépidamente a la carga cada vez que lo arrojaba fuera, amenazándole con el bastón negro que tengo al lado—parece que el drama de Prócter ha sido acogido triunfalmente. El *Times* cree que los dos últimos actos necesitan acortarse. Compara el argumento al de *Don Carlos*.

. . . .

Lowndes me ha enviado algunas piececillas dramáticas para que las lea. *The Warlock of the Glen,* (El brujo del valle)[9] el melodrama que ha obtenido mayor éxito recientemente, es pueril y casi todo un plagio de *The Monastery* y *the Mountaineers*. Una de las escenas está tomada casi literalmente del segundo. Los *Modern Collegians* de Moncrieff[10] me han hecho reír.

Viernes, 12 de enero.—Lowndes me ha mandado *Mirandola*.[11] Como casi siempre sucede en casos de esperanzas extravagantemente exageradas, la comedia fué una decepción para mí. No hay duda de que el lenguaje es exquisitamente bello y conmovedor en muchos trozos; pero la fraseología del diálogo es más afectada que vigorosa. A este respecto es digna de recordarse siempre la autoridad de Johnson. En oposición con la idea de Prócter, dice: "Si el verso libre no es pomposo y brillante resulta únicamente prosa mutilada; pero las imágenes familiares expresadas en lenguaje rebuscado no tienen otro mérito que el de una novedad absurda que, careciendo del encanto de la naturalidad, no puede agradar por mucho tiempo."

Lo que más me llamó la atención en esta pieza fué la falta absoluta de aquella originalidad de que tanto se jactan y que tanto se espera en esta clase de trabajos. El héroe siente el aguijón de los celos, exactamente como Otelo, primero a causa de un Yago monje, y luego por un anillo encontrado en lugar del pañuelo; el padre se casa con la prometida de su hijo, como en *Don Carlos;* condena a su hijo a la muerte, como Bruto; y escucha los disparos de la ejecución, como el grupo en *Accusation*. Las cartas que deshacen todo el enredo están retenidas y crean la incertidumbre, lo mismo que sucede en *Calas;* pero ni tan siquiera con la mitad de habilidad. Algunas frases me han hecho sonreír. Acababa precisamente de leer la pantomima olímpica, en que la frase característica de Sílvernob al final de cada perorata es "Me gusta" esto o lo otro; y una de las damas en *Mirandola* exclama: "¡Adoro las rosas!" ¡El duque ordena que su hijo sea arrastrado al *Palace Court!* Esto es un recuerdo horrible para los pobres que se hallan en circunstancias difíciles. Existe en Londres un tribunal para el fallo de los créditos menores. Sin duda que muchos aplicaron el nombre con horror tragicómico. No creo que esta pieza alcance muchas representaciones. Veinte noches sucesivas es buena prueba de éxito en Londres.

Sábado, 13 de enero.—He comprado un número del *Independent,* un nuevo diario literario, que tiene una crítica de *Mirandola* en el mismo sentido de la opinión que manifestaba yo ayer. Atendiendo a mi solicitud, me ha enviado Míller[12] una colección de periódicos de los Estados Unidos. Todo lo que procede de allá aviva mis anhelos por la patria. Nuestros periódicos están pésimamente impresos. Pienso que el método general de impresión podía y debía reformarse, porque aun esta insignificante circunstancia produce

[9] "Melodrama moderado;" se representó por primera vez en el teatro de Cóvent Garden el 2 de diciembre de 1820.

[10] William Thomas Moncrieff (1794–1857): dramaturgo y empresario. Antes de 1820 fué asociado de Glóssop en el teatro Cóburg, y después se asoció con Éllison en el Drury Lane.

[11] *Mirandola* se estrenó en Cóvent Garden el 9 de enero de 1821.

[12] John Míller: líbrero y editor de piezas dramáticas.

mala impresión contra nosotros en el exterior. Las inmensas y horribles figuras que aparecen en las columnas periodísticas para llamar la atención hacia los avisos y que "podrían ser adoradas sin idolatría, pues que nada tienen de divino ni de humano," deberían omitirse. Un diario modelado sobre *The Times* llegaría a ser una publicación importante, pudiendo tomarse idea en todos los periódicos europeos.

Domingo, 14 de enero.

. . . .

El *Observer* de hoy contiene una crítica severa de la *Mirandola* de Prócter, aparentemente escrita por Croly.[13] Creo que un periódico de esta índole tendría éxito en los Estados Unidos, publicando los avisos en hoja separada y en papel más ordinario. Tengo que estudiar el *interior* de estas publicaciones. ¿No podrían usarse palomas mensajeras para conseguir algunos datos?

Martes, 16 de enero.

. . . .

Élliston[14] ha anunciado el nombre de Miss Wilson[15] en flameantes letras rojas a la cabeza del programa. Miss Wilson jamás ha representado ningún papel, y gana veinte guineas por noche, durante cuarenta noches, lo que hace 800 guineas, sin haber aparecido nunca en la escena. Éste es el modo cómo se las arreglan los hombres que, como Tom Welsh,[16] conocen las estratagemas del teatro en Londres, para asegurar las entradas de los empresarios londinenses. Que lo diga Macréady.[17] He oído que se han reído bastante de las letras rojas en la "sala verde." Bráham[18] las llamaba "el rubor de Élliston." Otro, aludiendo a que los almanaques del banco tienen marcados en letras rojas los días de fiesta, decía que Miss Wilson era una "cantatriz dominical."

Miércoles, 17 de enero.

. . . .

Hoy, a eso de la una, recibí un paquete de Francia, sin nombre ni carta del remitente, por lo cual presumo que debe venir de parte de Jones (Dublin). Simplemente decía, "Havre, 10 de enero de 1821," y contenía dos melodramas por Víctor: *Calas*, y *Thérèse, orphéline de Genève* (Teresa, la huérfana de Ginebra).[19] Inmediatamente abandoné mi historia para dedicarme a la lectura de *Thérèse*. Está admirablemente escrita y es muy interesante. Comenzaré al punto a escribir la versión inglesa.

Jueves, 18 de enero.—He enviado esta mañana mi camisa al prestamista (G. & W. Gray, calle de Fleet, 114) y he conseguido dinero suficiente para mis provisiones del día y para comenzar con *Thérèse*. Empecé el trabajo y tengo lista parte del primer acto.

En la noche fuí a ver a J., y después de hacer un poco de música con W.[20] hasta las ocho y media, leí el último acto traduciéndolo al inglés. Esta noche aparece Miss Wilson en el Drury Lane.

Viernes, 19 de enero.—He terminado el primer acto de *Thérèse* y comenzado el segundo. Me parece que será mejor no salir a paseo sino seguir con mi trabajo. ¡Quiera Dios que me resulte bueno! Me ocupo en esto con menos ansiedad y temor de que sea rechazado de lo que he experimentado otras veces en labor de esta naturaleza; las decepciones repetidas han amenguado mi ardor y domeñado mi afán. ¡Que corra su suerte!

[13]El reverendo George Croly (1780-1860): autor y teólogo irlandés. Fué crítico dramático famoso y colaborador de varias revistas. Escribió prosa y poesía de la escuela de Byron y de Moore.

[14]Róbert Wílliam Élliston (1774-1831): actor popular y de genio múltiple. Fué empresario del teatro Drury Lane desde 1819 hasta 1826, y del teatro del Súrrey desde 1827 hasta su fallecimiento.

[15]Mary Ann Wilson (1802-1831): actriz que se estrenó en el Drury Lane el 18 de enero de 1821, en el papel de Mandane en *Artaxerxes*, con Madame de Vestris como Artaxerxes. Génest dice que "era extraordinariamente atrayente." Más tarde contrajo matrimonio con Tom Welsh.

[16]Thomas Welsh (1781-1848): cantante y maestro de canto.

[17]Wílliam Charles Macréady (1793-1873): actor y empresario del Drury Lane desde 1823 hasta 1836.

[18]John Bráham (1774-1856): tenor muy popular que trabajó casi continuamente en el Drury Lane desde 1805 hasta que se retiró de la escena.

[19]Se estrenó en el Drury Lane, el 2 de febrero de 1821. Se representó treinta y un veces, y Génest dice que era "un drama muy interesante."

[20]Wílliam Hóward Glóver (1819-1875): segundo hijo de Mrs. Julia Glóver: violinista que, en unión de su madre, fundó la Musical and Dramatic Academy en Soho Square. Compuso y escribió varias operetas que obtuvieron éxito. En 1868 vino a Nueva York como director de la orquesta de Niblo.

Los periódicos hablan en forma extravagante del éxito de Miss Wilson.

Sábado, 20 de enero.

. . . .

Terminé el segundo acto de *Thérèse*. ¡He estado trabajando hasta que el sereno cantó las seis de la mañana!

Domingo, 21 de enero.

. . . .

Todo el día me he sentido indispuesto. Estuve escribiendo *Thérèse* hasta altas horas de la noche. Pasé una velada inquieta, insomne, contando todos los relojes; y cuando dormía, los personajes se amontonaban en mi cerebro, conversando y declamando los pasajes más vigorosos.

Lunes, 22 de enero, once y media de la noche.

. . . .

En este momento concluyo *Thérèse*. Estaba preparando mi sopa, y la he derramado sobre las últimas páginas. El sereno canta ahora "¡Once y media pasadas!" Puesto de hinojos, he rogado al Cielo que este nuevo expósito sea propicio a los apuros de mi situación.

Miércoles, 24 de enero.—He escrito esta nañana la nota siguiente, dirigida a Mr. Élliston:

Confidencial

24 de enero de 1821

MUY SEÑOR MÍO:

Hace cinco días que recibí de París, por conducto particular, un drama en tres actos, del cual acabo de hacer una versión inglesa. Las situaciones son tan vigorosas y el interés tan intenso que la pieza absorbe inmediatamente la atención, siendo conveniente que usted la conozca antes que los demás empresarios; y creo que la he transcripto en una forma que la compañía de usted puede interpretar con tal intensidad que seguramente impondrá el triunfo. La parte femenina es mucho más importante que en *The Maid and the Magpie*[21] y Miss Kelly[22] la encarnará con gran éxito. No deseo figurar personalmente en el negocio, ni confiar el manuscrito a otras manos. A decir verdad, usted no podría siquiera leerlo si se lo remitiera, tan lleno está de los borrones de la primera impresión. Como no hay un momento que perder, si usted me indica el tiempo en que pudiera pasar encerrado conmigo un par de horas sin interrupción, yo mismo se lo leería a usted. Si se molesta usted en dejar la contestación a esta nota en el teatro, yo pasaré a recogerla a las dos de la tarde, y me complacerá infinito que mis expectativas se traduzcan en ventaja suya. De usted atento servidor,

J. H. P.

SEÑOR R. W. E.

Pedí a Edwards que me trajera el drama de casa de J. y me aguardase en Rússell Court, frente a Roach, a las dos de la tarde. Fuí a la portería y encontré la respuesta siguiente:

(*Esta carta se ha extraviado.*)

Despaché a Edwards recomendándole esperarme frente a Roach con el manuscrito a las cuatro.

Fuí a casa de J. y tomé una ligera refacción: un trozo de morcilla, una patata y un poco de cerveza; y regresé apresuradamente temiendo, por su reloj, llegar demasiado tarde. J. arrojó tras mí su zapato viejo por vía de buena suerte; y yo, tan supersticioso como ella, habiéndome puesto la camiseta al revés, no quise cambiarla. Edwards no estaba en el sitio señalado cuando llegué, lo cual me alarmó un poco, temiendo perder la oportunidad: ocurrióme que se hubiera embriagado y que el manuscrito no iba a llegar a tiempo. Vino al cabo, después de haber dado yo varias vueltas rápidas y desconsoladas y de haber ido a mirar a la puerta del teatro. Aguardé por cierto tiempo en el vestíbulo de la entrada, conversando con Wílliam West[23] y Égerton,[24] mientras terminaba la lectura de una tragedia. Cuando hubo terminado, se retiraron los actores que iban a representarla, expresándose muy favo-

[21]El primer drama de Payne adaptado del francés: lo vendió por cien libras al teatro de Cóvent Garden donde se estrenó el 15 de septiembre de 1815. Fué representado veintisiete veces. Genest lo atribuyó equivocadamente a Pócock. Otras dos versiones por Árnold y Dibdin se representaron respectivamente en el Lyceum, el 21 de agosto de 1815, y en el Drury Lane, el 12 de septiembre de 1815.

[22]Frances María Kelly (1790-1882): notable característica del teatro Drury Lane desde 1800 hasta 1835.

[23]Wílliam West (1796?-1888): cómico y compositor.

[24]Daniel Égerton (1772-1835): segundo actor de carácter en tragedias y dramas. Fué empresario del Olympic Theater en 1821, del Sádler's Wells de 1821 a 1824, y del Victoria Theater, antiguamente el Cóburg, en 1833. Se retiró, arruinado, en 1834.

rablemente de la obra. Parece que era la *Montalto* de Haynes, y no la anterior que ahora se atribuye a Soane.[25] Después de un momento me hicieron pasar. Élliston parecía exhausto de fatiga. Había leído aquel día una ópera y un melodrama además de la tragedia. Después de abrir varias cartas y dar algunas, dijo que estaba listo, ordenó que no nos interrumpieran, y comencé la lectura. Él escuchaba, tomando a veces algunas notas, y escribiendo una o dos cartas durante los pasajes de poca importancia. Cuando terminé, la banda templaba sus instrumentos para la obertura. Élliston dijo que la pieza tenía muy buenos puntos, mas todavía parecía incierto: era demasiado larga; la suma de sus objeciones fué que quería que se redujera a la mitad y que Carwin, el papel principal, se eliminara. Yo me sentía desazonado y algo molesto. Pedí una contestación definitiva. Él repuso que diría cuanto quisiera menos prometer que la pondría en escena, y me pidió que la tuviera lista en veinticuatro horas. Me despedí vejado y descorazonado. J. representaba aquella noche el papel de Mrs. Cándour en *Scandal*, y en momentos en que salía a la escena le dije el resultado. "¡Cómo!" exclamó ella, "¿no le ha hecho impresión alguna?" Contesté: "¡No!" Hacía mucho frío, pero permanecí toda la velada entre bastidores para ver a Miss Chéster,[26] alias la frustrada Mrs. Cálcraft, que debía personificar Lady Téazle. Nada de aplausos . . . Élliston hacía de Charles. Después de escuchar mi lectura había tomado una ligera colación. Dió orden para me dejaran pasar entre bastidores siempre que quisiera, y me preguntó si había estado en la sala verde, pero añadió: "¡Déjeme ver! ¿Lleva usted botas o zapatos?" A lo cual yo replique: "No puedo ir. Estoy con botas." J. me hizo llamar a su camarín, y tomamos te allí. Me retiré con J. y le dejé el libro para no pensar más en ello, diciéndole que había perdido todo interés en el asunto.

Jueves, 25 de enero.

. . . .

Había convenido encontrarme con J. a las dos, en el teatro. Entre tanto, fuí a dar una vuelta por el Cóburg, con la intención, a consecuencia de la frialdad de Élliston, de hacer algún arreglo con Glóssop, si era posible, en el asunto de mi melodrama. Me dijeron que Glóssop estaba en "la Corte." "¿Cuál Corte?" pregunté. El portero del escenario replicó: "¡Vaya! ¡La corte del rey!" Detúveme un momento pensando si querría decir el tribunal de King's Bench; pero recordando que Glóssop había comprado un nombramiento como miembro del personal del rey, giré sobre mis talones, abandonando el proyecto de ofrecerle mi trabajo.

Viernes, 26 de enero.

. . . .

Él me dijo que Mr. Élliston y otro caballero habían venido a buscarme apenas salí de Boy Court, y que deseaban verme. Subí al punto. Élliston no me preguntó si había hecho las alteraciones requeridas, sino que me anunció que pondrían en escena el drama inmediatamente. Miss Kelly llegó luego: Élliston la había citado para pedirla que desistiera de sus compromisos en provincias. Le entregué el manuscrito para que se lo mostrara a Miss Kelly, y convinimos que iría en la noche para discutir el asunto y saber si ella aprobaba los recortes. La vi, en consecuencia, y hablamos del drama por la noche, sugiriendo Miss Kelly algunos rasgos de locura porque el drama decía que se había desmayado a menudo y había tenido la mente trastornada. Siguió un corto diálogo entre Élliston y Miss Kelly. Tres hombres estuvieron toda la noche en vela escribiendo los papeles, y yo pasé también la velada siguiendo de cerca su labor. Hiciéronse diseños y se dió instrucciones a los pintores escenográficos. J. estaba radiante.

Hablaban en la sala verde de Mrs. Siddons[27] que había estado allí la noche anterior. Hárley[28] decía que estaba muy mal-

[25]George Soane (1700-1860): hermano menor de Sir John Soane, fundador del museo que lleva su nombre. Escribió sobre asuntos diversos, y tradujo y adaptó muchas piezas dramáticas.

[26]Miss—— Chéster (1799-?): actriz que se estrenó en el teatro Drury Lane en el papel de Portia, el 3 de julio de 1820.

[27]Sarah Siddons (1755-1831): celebrada actriz trágica, hermana de Stephen Kemble y tía de Charles Kemble. Se retiró de la escena en 1819.

[28]John Pritt Hárley (1786-1858): actor cómico y cantante.

tratada y abatida por los años. Jamás había estado en el salón desde que colocaron su busto en sitio tan conspicuo. Lo miró, pero no hizo observación alguna.

Sábado, 27 de enero.—Bien; hoy parece que todo el horizonte se ilumina. Fuí al teatro a las once, y encontré que la lectura del drama se había fijado para la una. Élliston se lanzaba a las primeras líneas de los papeles para coger los rasgos característicos. Me divertía verle allí de pie, con el libro ante sí sobre la mesa, pidiéndome que le describiera los personajes, y esforzando luego la boca y el gesto para dar la idea de cada uno de ellos.

. . . .

Fuí a contárselo a Davis mientras los actores seguían la lectura. Parecía en realidad sumamente complacido. Cuando regresé, quedé escuchando a la puerta de la sala verde. Éllison leía maravillosamente. Oí leer el final del primer acto y gran parte del segundo. Los escuché aplaudir y exclamar "¡muy hermoso!" en algunos pasajes. Winston me sorprendió a la puerta. "¡Cómo!" exclamó, "¿viene usted a escucharnos a hurtadillas, a lo Cúmberland?" Cuando llegó a mis oídos el aplauso de los actores al final de la pieza, subí a carrera las escaleras del vestíbulo y salí a la calle de Catherine atravesando el pasillo de los palcos.

J. estaba radiante cuando fuí a comer a su casa, y me llenó de felicitaciones. Volví al teatro en la noche, y encantado con la belleza y representación de Miss Wilson, no pude menos de pensar que nunca había visto, con excepción de la Catalani,[29] conjunto tal de habilidad en el canto reunido a tan seductoras perfecciones personales. El teatro estaba magnífico. Williams describía en los términos más brillantes "el melodrama leído aquella mañana." Después oí también que le juzgaban con frases muy encomiásticas. G. Lamb[30] llegó bamboleándose a la sala. Tras él vino el viejo Cálcraft,[31] coqueteando con Madame Vestris[32] y jugando con su manguito. Jamás he visto tan marcadas en rostro alguno la mezquindad y la astucia rastrera como en este hombre. Hablaban del melodrama; y, como probablemente sabía que era mío, me preguntó, inclinado al parecer al rebajarlo cuanto fuera posible: "¿Es buena traducción? *¿No se conoce que es traducción?*" Entonces pregunté a Gattie[33] quién era Cálcraft. Él no me comprendió bien y creyó que yo preguntaba de quién era el drama. "*No tengo la menor idea,*" fué su respuesta. Cuando Élliston vino más tarde al camarín, donde conversaba yo con Miss Kelly en aquel momento, me dijo: "*Ahora, taimado, puede usted muy bien reconocer que es suyo, puesto que se sabrá muy pronto.*" Gattie y Williams se sobrecogieron y me miraron con asombro; y Gattie manifestó que esperaba no haber dicho nada inconveniente. Élliston dijo: "*Era una carta segura; se levantará o caerá según los resultados.*" Yo repuse que se esperaba mucho de *Brutus*[34] y que, sin embargo, la primera noche tuvimos una decepción. Él replicó que "*esto era más seguro que* Brutus;" y añadió: "*se representará el viernes.*" Hice observar que el viernes es día nefasto; pero arguyó que ningún día podía ser nefasto para una obra de esta clase.

Lunes, 29 de enero.—Godwin tomó el desayuno aquí. Yo salí temprano para llegar al teatro a las diez y media. Élliston y la compañía estaban reunidos en la sala para la lectura de *Thérèse* y para decidir si se adoptaban los cortes. Envié una nota a Élliston diciéndole que estaba allí y que podía venir si me necesitaban, pero suplicándole que no me hiciera llamar a la conferencia. Carr vino a pedirme que fuera a dirigir a los pintores en la sala, indicando que estaban dudosos acerca de la última escena. Le di los datos que necesitaba.

[29]Angélica Catalani (1779-1849): cantatriz de ópera.

[30]George Lamb (1784-1834): político y escritor; cuarto hijo de Péniston, primer vizconde de Mélbourne. Abandonó las leyes por la literatura. En 1815 formó parte de la administración del teatro Drury Lane en unión de Byron y Kínnaird. Escribió algunos dramas y fué un buen actor aficionado. Fué elegido miembro del parlamento en 1819.

[31]John Wílliam Cálcraft (?-1870): actor y dramaturgo. Su verdadero nombre era Cole.

[32]Madame Armand Vestris, antes Lucía Elízabeth Bartolozzi (1797-1856): bailarina, actriz y empresaria. Más tarde contrajo matrimonio con Charles James Mathews.

[33]Henry Gattie (1774-1844): cantante y actor Representó en el Drury Lane de 1813 a 1833.

[34]La tragedia de Payne de este nombre: se estrenó en el Drury Lane el 3 de diciembre de 1818, en la cual Kean obtuvo gran éxito.

La cuestión era decidir si el espectro de Thérèse debía aparecer en la puerta del costado o en la del centro. Estuve paseando de arriba abajo el escenario casi toda la mañana, y al cabo Élliston envió a buscarme diciendo que era *indispensable* que fuera y me diera a conocer como el autor. Hícelo así; Knight[35] pronunció un pequeño discurso de felicitación, y todos me dieron el parabién: era una costumbre que deseaban poner en práctica. Knight está encantado con su papel. Wállack[36] se ha comprometido a representar Carwin *las primeras veinte noches;* prueba de que se espera un largo éxito. Knight manifestó que siempre tendrían mucho gusto de verme por allá, especialmente como autor, y sobre todo, como autor afortunado. Contesté que todavía no había nada de cierto hasta después del estreno; pero él replicó que consideraba seguro el éxito y que tenía demasiado respeto por la opinión del público y demasiada confianza en el criterio y experiencia de la compañía para suponer que su juicio fuera errado tratándose de una pieza como la que iba a presentarse. Manifesté que en todo triunfo era necesario contar con el azar; algunos asintieron, Élliston entre ellos. Horn[37] y Cooke[38] hallábanse presentes, habiendo sido citados para desempeñar la parte musical. . . . En la noche Wállack hizo de Ricardo III por primera vez en Londres. Bráham, que es amigo de la familia, vino a mirarle con anteojo desde el ala. . . . La concurrencia era escasa, y Wállack estaba nervioso. Le aplaudieron únicamente en las situaciones melodramáticas. G. Lamb andaba revoloteando en el camarín, y Madame Vestris exclamaba "¡Ah!" con ficticio entusiasmo a todos los recién llegados, y acercábase a estrecharles la mano. Knight me mostró el diseño de su traje, y me llevó a su cuarto para enseñarme una peluca que pensaba ponerse y por la cual había suspirado más de veinte años. Cuando Knight obtuvo sus primeros triunfos escénicos, tuvo ocasión de ver a Munden con esta peluca, en el papel de Córney, en Bírmingham, y pensó que se sentiría inspirado si algún día pudiera llevarla. Algún tiempo después, en cierta representación con Munden, se enamoró éste de una peluca gris que tenía Knight, y se la pidió; cediéndosela Knight a cambio de la peluca roja que iba a usar en el papel de Lavigne y que tanto tiempo había deseado.

Martes, 30 *de enero.*

. . . .

Fuí al teatro. Todo está trastornado con los preparativos para el oratorio: el escenario lleno de tablados para los músicos, el órgano poniéndose a tono, y en uno de los cuartos, un ensayo de canto. Élliston, con parte de la campañía, se encuentra en el camarín. Esperé allí un momento, conversando, mientras Élliston, delante de la misma mesa ante la cual Kean había leído *Brutus*, declamaba *Giovanni in Ireland* a Knight, quien se mostraba extraordinariamente divertido. La reunión se trasladó al cuarto de Mr. Árnold, situado al extremo opuesto del pasillo, cerca de el segundo camarín, desde donde se comunican las campanillas a los diferentes departamentos. Horn y casi todos los actores se encontraban allí. Di a Horn los cuadernos de la música original francesa de *Calas;* Élliston leía la pieza mientras Horn entonaba la música.

. . . .

Gran barullo para decidir los trajes; discusiones acerca de los bailarines. Mi opinión era que fueran todos diferentes, en lugar de uniformarlos como una compañía de soldados, porque todos pertenecían a diversa familia y más bien habían de evitar la uniformidad que de procurarla. ¿Acaso en los tes o bailes de la vida privada se visten iguales los contertulios? En estas conferencias los actores son como los chicos de escuela cuando se ausenta el maestro. Wállack, sin embargo, es excepcionalmente pueril, y siempre ha sido lo mismo. Ha-

---

[35]Édward Knight (1774-1826): representaba papeles de criado, rústico, jornalero, etcétera, en el Drury Lane desde 1812 hasta 1826. Se le conocía generalmente por el apodo de "Little Knight."

[36]James Wílliam Wállack (1791[?]-1864): actor y padre de Léster Wállack. Posteriormente fué director de escena en el teatro de Drury Lane.

[37]Charles Édward Horn (1786-1849): cantante y compositor. Podía desempeñar papeles de tenor y de barítono, y fué famoso como compositor de *Cherry Ripe.*

[38]Thomas Simpson Cooke (1782-1848): tenor, compositor y maestro de canto. Entre sus discípulos se contaron Miss Tree, la primera que cantó *Home, Sweet Home,* y Sims Reeves, el famoso tenor. Trabajó en el Drury Lane desde 1815 hasta 1835.

bían dado a Cóoper,[39] que hace de Fontaine el pastor, el sobrenombre de *Rówland Hill;* a Brómley el magistrado, el de *Mr. Birnie,* etcétera, etcétera. Wállack importunaba a Cóoper a que lo invitara a comer; quería saber su dirección. Dijo que daba su dirección como: Londres, número 14.

Horn escribía la melodía conforme se aplicaba la idea a la situación, y más tarde tocó la música en la sala para que yo la oyera, ¡yo, que no entiendo una jota! En el cuarto siguiente ensayaban la hermosa música del oratorio; ¡qué delicia hubiera sido en los Estados Unidos escuchar tan bellos acordes siquiera a través del muro! Miss Kelly no ha venido hoy. Está indispuesta; pero vendrá en perfecta condición cuando sea tiempo, según entiendo que acostumbra.

Miércoles, 31 *de enero.*—La representación de mi pieza está ya anunciada para el viernes, habiendo aparecido en los programas de estos días como "un drama en tres actos, que se representa en estos momentos con inusitado aplauso en el continente." Encontré a Míller en la portería del teatro. Díjome que esperaba ver a Élliston; pero éste se hallaba ocupado en la lectura de alguna nueva pieza. Le pregunté si pensaba retirarse pronto, y contestó que esperaría un cuarto de hora. Entré en el teatro con intención de regresar, mas no me fué posible hacerlo oportunamente, porque encontré a Élliston y gran parte de la compañía en el camarín, Miss Kelly entre ellos. Miss Kelly propuso que se hiciera una lectura en la sala; pero yo me opuse, indicando que habíamos tenido ya varias. En consecuencia, Élliston se dirigió al escenario, donde tuvo lugar una precipitada y confusa tentativa de ensayo, una especie de escaramuza con la pieza, en vez de un ataque serio; en realidad, nada de positivo. Miss Kelly insistió en su idea de agregar algunos rasgos de locura en su escena con el pastor, y yo le dije que la complacería si me indicaba exactamente cuánto tiempo le parecía oportuno hablar. Suplicaron vivamente a Élliston que no diera la pieza el viernes. Parece que Miss Wilson, su estrella, está indispuesta y no puede representar esta noche, lo cual lo ha desconcertado y fastidiado bastante. Cuando yo uní mis ruegos a los de los demás, me dijo: "Señor mío, no piense usted en semejante cosa. Estamos famélicos. ¡Figúrese usted cuán bueno sería tenerla lista ahora mismo! Saldrá muy bien, tenga usted la seguridad."

Mrs. Hárlowe[40] no tiene la menor idea de su papel. Pretende ser amable, y será pesada y estúpida. El papel depende enteramente del contraste de maneras con la bondad oficiosa del carácter de Lavigne.

Jueves, primero de febrero.—No me ha sido posible asistir al ensayo de *Thérèse.* Ningún tribunal funciona el día de la Purificación, y se necesita cada vez un pase firmado por el tribunal.

Viernes, 2 de febrero[41].—Un ensayo precipitado, del cual quería excusarse Miss Kelly bajo pretexto de enfermedad; pero pude persuadirla mediante una nota que le escribí. ¡Dios salve a *Thérèse* ! Todo el mundo está de mal humor, inclusive Élliston; y la escena del pabellón no está terminada. Al tercer acto, Miss Kelly perdió la paciencia, y dijo al empresario que era una vergüenza presentar una pieza sin dar tiempo a los actores siquiera de aprender las palabras; que, con el tiempo necesario, podrían producirse hermosos efectos; que era jugar con el dramaturgo y con la pequeña reputación que ella había adquirido, y que se sacrificaba a ambos por una precipitación injustificada. El ensayo terminó bien avanzada la tarde. La compañía se separó con poca o ninguna esperanza del éxito de la pieza. Yo mismo me sentía descorazonado; y, demasiado postrado y enfermo para abandonar el edificio, fuí invitado a comer en el cuarto de Élliston, donde permanecí hasta la hora en que se abría el teatro. Mi jaqueca aumentaba. Asistí a la representación desde el palco particular de la empresa, con Mrs. Edwin,[42]

[39]John Cóoper (1790-1870): actor hábil y consciente, pero pesado, que, hizo su *début* en el Hay Market, Theater en mayo de 1811. Óxberry escribe: "Era tan buen actor como la técnica, sin la menor chispa de genio o esfuerzo de la mente, puede producir."

[40]Mrs. Sarah Hárlowe (1765-1852): actriz secundaria de comedia, que se retiró de la escena en 1826.

[41]Las páginas originales del diario en esta fecha se han perdido, pero el tema se publicó en la *Life of John Howard Payne,* por Gabriel Hárrison, y lo reproducimos aqui para seguir la ilación del relato. Hemos corregido los errores de los días de la semana.

[42]Mrs. John Edwin, antes Elízabeth Rebecca Edwards (1771-1854): actriz cómica muy simpática, con dotes especiales para declamar prólogos o epílogos.

Georgina y Phillis. La concurrencia se mostraba evidentemente poco propicia antes de que se levantara el telón; la obertura (de Mozart, que el público tomó por algo nuevo) fué silbada. Aplaudieron las decoraciones de la primera escena, y pronto comenzó a despertarse el interés del auditorio. Los aplausos fueron frecuentes, aumentando cada vez, hasta que se hicieron tumultuosos cuando cayó el telón del primer acto, repitiéndose en tres o cuatro salvas.

Hubo una larga pausa antes de que comenzara el acto siguiente. El público comenzó a mostrarse impaciente, y yo me precipité al escenario, temiendo las consecuencias. Este acto no recibió el aplauso debido, hasta la terminación.

El tercer acto, especialmente la escena entre Fontaine y Thérèse, fué aplaudido ruidosamente. La interpretación de Miss Kelly en esta escena fué una de las personificaciones dramáticas más admirables que jamás he presenciado. El drama siguió su curso, con el mayor asombro por mi parte. El tercer acto fué un triunfo. Los actores me felicitaban y se felicitaban mutuamente. El honorable George Lamb vino al escenario y me estrechó la mano, expresando su satisfacción por el gran éxito de la pieza; congratuló asimismo a Miss Kelly por su espléndida interpretación.

Antes de que comenzara la representación, estuve un momento en el camarín. Todos me preguntaron cómo me sentía. Al interrogar a Wállack acerca de la hora, éste me respondió riendo: "No tema usted, Payne; estaré vestido a tiempo, y todo marchará perfectamente." Su tranquilidad me dió esperanzas, porque Wállack era siempre franco en sus opiniones y nunca habría dado aliento si no juzgara que había razón para ello.

3 *de febrero.*—Bien; *Thérèse* ha obtenido una acogida magnífica, triunfal; y yo estoy saboreando el triunfo con una caja de píldoras ante mí, una taza de caldo, los pies en agua caliente, sin fuego, y con una jaqueca horrible. Con todo, no puedo menos que recordar el contraste de la recepción de los actores y otras personas anoche en el escenario, con la frialdad desdeñosa con que me acogieron en el mismo teatro cuando se representó *Brutus.* Miss Kelly me dió las gracias por los pequeños consejos que le di respecto de la interpretación, y Wállack me agradeció efusivamente por haberle nombrado para el papel de Carwin.

Pregunté a Miss Kelly si podía acompañarla un momento; ella contestó que desearía tener siempre al lado autores como yo. Se anunció que Thomas Dibdin[43] iba a leer una nueva pieza. Parecióme ver que se cruzaban entre los actores miradas significativas, como diciendo: "Esto va a ser una escapada general de la cárcel;" porque Thomas Dibdin está en la prisión por deudas, y sale con permiso. Wállack corrió a estrecharle las manos, gritando "¡Hurra!" y todos los demás se unieron, dando la bienvenida a su antiguo empresario. Yo me acerqué, diciendo que temía que no se acordara de mí; a lo cual replicó que al principio no me había reconocido, porque tenía *muy buen aspecto.* Quería decir que estaba *muy grueso.*

---

[43]Thomas John Dibdin (1771-1841): actor, dramaturgo, empresario y pintor escenográfico. Cuando contaba cuatro años apareció como Cupido con Mrs. Siddons como Venus en el teatro de Drury Lane.

(*Concluirá en el próximo número*).



DRAMAS ESPAÑOLES TRADUCIDOS AL INGLÉS

POR

ELÍJAH CLÁRENCE HILLS

Juzgamos que a nuestros lectores de habla española agradará conocer la siguiente lista de dramas traducidos al inglés de la vigorosa lengua de Cervantes. Nos revela con ello el autor el interés que despierta la literatura española entre los pueblos de habla inglesa: interés que día a día se hace más intenso, no sólo con respecto a la literatura dramática, sino a todas las formas del pensamiento y psicología de pueblos que deseamos comprender y apreciar inteligentemente en todas sus nobles y artísticas manifestaciones.—LA REDACCIÓN.

POPULARIDAD DE LA LITERATURA DRAMÁTICA ESPAÑOLA, JUZGADA POR EL NÚMERO DE TRADUCCIONES

LA SIGUIENTE tabla da a conocer el número de traducciones hechas al inglés de dramas de autores españoles de los siglos décimosexto y décimoséptimo, publicadas desde 1800. Esta tabla, arreglada por décadas, está tomada de mi *Catalogue of English Translations of Spanish Plays*, que vió por primera vez la luz pública en la *Romanic Review*, tomo X, número 3, julio a septiembre de 1919, páginas 263-273, y que se reproduce en la segunda parte de este artículo, con permiso de dicha revista.

Como puede observarse, Calderón está a la cabeza, con 32 traducciones (de 25 comedias); le sigue Lope de Vega, con 5 (de 5 comedias); Cervantes tiene 5 (de 4 comedias); Moreto y Lope de Rueda tienen cada uno 2, (de una comedia respectivamente); lo cual hace un total de 49 traducciones de 39 diversas piezas dramáticas españolas.

Durante el siglo diecinueve, Calderón, de quien se habían hecho 31 traducciones (de 24 comedias), fué en Inglaterra y en los Estados Unidos el representante principal del teatro español de la edad de oro. Sólo se conocían otras diez traducciones, dos de las cuales fueron de comedias de Lope de Vega.

A continuación viene una lista de los dramaturgos españoles y de aquellas de sus obras publicadas desde 1800 en traducciones inglesas:

CALDERÓN: *El alcalde de Zalamea; Amar después de la muerte; Amar, y ser amado, y divina Philotea; La banda y la flor; La cena de Baltasar; La dama duende; La devoción de la cruz; Los dos amantes del cielo; Crisanto y Daría; Los encantos de la culpa; El gran príncipe de Fez; El gran teatro del mundo; Guárdate del agua*

Autores	Siglo Diecinueve										Siglo Veinte		
	Décadas												
	1ª	2ª	3ª	4ª	5ª	6ª	7ª	8ª	9ª	10ª	1ª	2ª	Total
Calderón	4	—	1	—	2	12	8	4	—	—	1	—	32
Cervantes.	—	—	—	—	—	—	2	—	1	—	—	2	5
Moreto	—	—	1	—	—	—	—	1	—	—	—	—	2
Roxas Zorrilla	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	1
Lope de Rueda	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	1	—	2
Solís	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Torres Naharro.	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	1
Lope de Vega	1	—	—	—	—	—	1	—	—	—	1	2	5
Totales.	6	—	2	—	3	12	11	6	1	—	4	4	49

mansa; Luis Pérez el Gallego; El mágico prodigioso (4); *El mayor encanto amor; El médico de su honra; Mejor está que estaba; Nadie fíe su secreto* (2); *Peor está que estaba; El pintor de su deshonra; El príncipe constante; El purgatorio de San Patricio; El secreto a voces; Las tres justicias en una; La vida es sueño* (4).

MORETO: *El desdén con el desdén* (2).

ROXAS ZORRILLA: *Los Vandos de Verona, Montescos y Capeletes.*

LOPE DE RUEDA: *El paso séptimo* (*Las aceitunas*) (2).

SOLÍS: *Un bobo hace ciento.*

TORRES NAHARRO: *Comedia hymenea*

LOPE DE VEGA: *Castelvines y Monteses; La estrella de Sevilla; El mejor alcalde el rey; El padre engañado; El perro del hortelano.*

Es un hecho curioso el observar que en tanto que en España y Alemania, y en menor escala en Francia, se dejaba sentir entre los románticos de los primeros años del siglo diecinueve la influencia y el estímulo del teatro español, el interés por estos dramas en Inglaterra, hasta donde es posible juzgar por el número de traducciones, fué mayor entre 1853 y 1877, cuando ya el romanticismo había perdido la supremacía en la literatura. Las traducciones de aquel período se deben principalmente a dos autores: Édward FitzGérald y D. F. McCarthy.

Aun cuando Calderón fué incomparablemente más popular que Lope de Vega en los Estados Unidos y en Inglaterra durante el siglo diecinueve, encontramos que en el siglo veinte se hicieron más traducciones de Lope (20) que de Calderón (1).

Recientemente se ha desarrollado, con especialidad en los Estados Unidos, evidente interés por el teatro español moderno. Considerando el número de traducciones hechas de los dramaturgos de esta época, Echegaray está a la cabeza con 14 (de 8 comedias). Entre las comedias sueltas que se han traducido figura Benavente con 11, una traducción por cada pieza. Siguen en proporción los hermanos Álvarez Quintero, con 6 traducciones (de 6 comedias), en tanto que Pérez Galdós cuenta 4 traducciones (de 3 comedias).

El drama más popular es *El gran Galeoto* de Echegaray, del cual se han hecho 5 traducciones.

Damos a continuación una lista de los modernos dramaturgos, con el número de traducciones que se han publicado de sus piezas, debiendo notarse que dos de estos autores, Guimerá y Rusiñol, escriben en catalán:

AUTORES	TRADUCCIONES	PIEZAS
Alarcón (Mariano) . .	1	1
Álvarez Quintero . . .	6	6
Avellaneda	1	1
Benavente	11	11
Dicenta	1	1
Echegaray	14	8
Guimerá	3	2
Linares Rivas	1	1
Marquina	1	1
Martínez Sierra . . .	3	3
Pérez Galdós	4	3
Rusiñol	1	1
Tamayo y Baus . . .	1	1
Valle-Inclán.	1	1
Zamacois.	1	1
TOTALES	50	42

II

CATÁLOGO DE LAS TRADUCCIONES INGLESAS DE COMEDIAS ESPAÑOLAS [1]

ALARCÓN, MARIANO:

Hijos de Adán, 1918. *Sons of Adam:* traducción de Amelia Schriéder. Publicada en *The Stratford Journal*, IX, número 2, 1919.

ÁLVAREZ QUINTERO, SERAFÍN (1871–) y Joaquín (1873–):

El centenario, tres actos, 1910. *Papa Juan, or The Centenarian:* traducción de Thomas Walsh. Publicada en *Poet Lore*, XXIX, número 3, Boston, 1818.

Fortunato, tres cuadros, 1912. *Fortunato:* traducción de Anna Sprague MacDónald. Publicada por The Sunwise Turn, Inc., Nueva York, 1918.

[1] A la lista publicada en la *Romanic Review* se agregan once traducciones de las siguientes comedias: Mariano de Alarcón, *Hijos de Adán;* Avellaneda, *Baltasar*; Calderón, *El mágico prodigioso, Mejor está que estaba, La vida es sueño;* Cervantes, *Los habladores, El juez de los divorcios;* Martínez Sierra, *El enamorado;* Antonio Mendoza, *Querer por sólo querer;* Leandro Moratín, *El barón;* Solís, *Un bobo hace ciento.*

Hablando se entiende la gente, un acto. *By Their Words Ye Shall Know Them:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *The Drama,* número 25, Chicago, febrero de 1917.

Malvaloca, tres actos, 1912. *Malvaloca:* traducción de Jácob S. Fássett, hijo. Publicada en *Drama League Series,* tomo XIX, Doúbleday, Page & Company, Nueva York, 1916.

Mañana de sol, un acto, 1905. *A Bright Morning:* traducción de Carlos C. Castillo y E. L. Óverman. Publicada en *Poet Lore,* XXVII, número 6, Boston, 1916.

Puebla de las mujeres, dos actos, 1912. *The Women's Town:* traducción de C. A. Túrrell. Publicada en *Contemporary Spanish Dramatists,* Bádger, Boston, 1919.

BENAVENTE Y MARTÍNEZ, JACINTO (1866–):

La gobernadora, tres actos 1901.[2] *The Governor's Wife:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* segunda serie, Scríbner, Nueva York, 1919. La misma, en *Poet Lore,* XXIX, número 1, Boston, 1918.

Los intereses creados, prólogo y tres actos, 1907.[2] *The Bonds of Interest:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* Scríbner, Nueva York, 1917.

Los malhechores del bien, dos actos, 1905.[2] *The Evil Doers of Good:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* Scríbner, Nueva York, 1917.

La malquerida, tres actos, 1913.[2] *The Passion Flower:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* Scríbner, Nueva York, 1917.

El marido de su viuda, un acto, 1908. *His Widow's Husband:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* Scríbner, Nueva York, 1917.

No fumadores, un acto, 1904.[2] *No Smoking:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* segunda serie, Scríbner, Nueva York, 1919. La misma, en *The Drama,* número 25, Chicago, 1917.

La Noche del sábado, cinco cuadros, 1904. *Saturday Night:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Poet Lore,* número 2, Boston, 1918.

La princesa Bebé, cuatro actos, 1905. *Princess Bebé*: traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* segunda serie, Scríbner, Nueva York, 1919.

[2]Fecha de la primera representación.

El príncipe que todo lo aprendió en los libros, dos actos y cinco cuadros, 1910. *The Prince Who Learned Everything Out of Books:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Poet Lore,* XXIX, número 5, Boston, 1918.

Rosas de Otoño, tres actos, 1905. *Autumnal Roses:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Plays by Jacinto Benavente,* segunda serie, Scríbner, Nueva York, 1919.

La sonrisa de Gioconda, un acto, 1908. *The Smile of Mona Lisa:* traducción de John Ármstrong Herman. Publicada por Bádger, Boston 1915.

CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO (1600–1681).

El alcalde de Zalamea, tres actos. *The Mayor of Zalamea;* traducción de Édward FitzGérald. Publicada en *Six Dramas of Calderón,* Londres, 1853; editada por H. Oélsner; por Chatto and Windus, Londres; Luce, Boston, 1903, 1907; Dodge, Nueva York, 1905. La misma, en *Works* de Edward FitzGérald, tomo II, Nueva York, 1887. La misma, en *Letters and Literary Remains,* de FitzGérald, tomo II, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calder ón,* Macmillan, Londres, 1906.

Amar después de la muerte, tres actos. *Love after Death:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Dramas of Calderón, Tragic, Comic and Legendary,* dos tomos, Londres, 1853.

Amar, y ser amado, y divina Philotea, un acto. *The Divine Philotea:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Mysteries of Corpus Christi,* Dublin, 1867.

La banda y la flor, tres actos. *The Scarf and the Flower:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Dramas of Calderón,* etcétera, Londres, 1853.

La cena de Baltasar, un acto. *Belshazzar's Feast:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Mysteries of Corpus Christi,* Dublin, 1867. La misma, en *The Drama,* A. Bates, tomo IV, Londres, 1903.

La dama duende, tres actos. *The Fairy Lady:* traducción atribuída a Lord Hólland.[3] Publicada en *Three Comedies Translated from the Spanish,* Londres, 1903.

La devoción de la Cruz, tres actos. *The Devo-*

[3]". . . Atribuída por Watt en su *Bibliotheca* —erróneamente, supongo—al tercer Lord Hólland," Tícknor, *History of Spanish Literature,* nota, página 393. Véase también el catálogo de Whítney, página 372, publicado por Tícknor.

tion of the Cross: traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Love the Greatest Enchantment,* etcétera, Londres, 1861. La misma, en *Three Dramas of Calderón,* Dublin, 1870.

Los dos amantes del cielo, Crisanto y Daría, tres actos. *The Two Lovers of Heaven: Chrysantus and Daria:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Atlantis; or Register of Literature and Science,* tomo V, Londres, 1870. La misma (impresa por separado), Londres, 1870.

Los encantos de la culpa, un acto. *The Sorceries of Sin:* traducción de D. F. McCarthy Publicada en *Love the Greatest Enchantment,* etcétera, Londres, 1861. La misma, en *Three Dramas of Calderón,* Dublin, 1870.

El escondido y la tapada, tres actos. *'Tis well It's no Worse:* adaptación de Isaac Bíckerstaffe, Londres, 1770.

El gran príncipe de Fez, tres actos. *The Prince of Fez:* adaptación del reverendo padre Káenders, Publicada por Hérder, Saint Louis, 1905.

El gran teatro del mundo, un acto. *The Great Theater of the World:* traducción parcial de R. C. Trench. Publicada en *Life's a Dream,* Londres, 1856.

Guárdate del agua mansa, tres actos. *Beware of Smooth Water;* traducción de Édward FitzGérald. Publicada en *Six Dramas of Calderón,* Londres, 1853; editada por H. Oélsner, Londres y Boston, 1903, 1907; Dodge, Nueva York, 1905. La misma, en *Works* de Édward FitzGérald, tomo II, Nueva York, 1887. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo II, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón,* Macmillan, Londres, 1906.

Luis Pérez el Gallego, tres actos. *Gil Pérez the Galician:* traducción de Édward FitzGérald. Publicada en *Six Dramas of Calderón,* Londres, 1853; editada por H. Oélsner, Londres y Boston, 1903, 1907; Dodge, Nueva York, 1905. La misma, en *Works* de Édward FitzGérald, tomo II, Nueva York, 1887. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo III, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón,* Macmillan, Londres, 1906.

El mágico prodigioso, tres actos. *Scenes from the Mágico Prodigioso:* traducción parcial de Shélley. Publicada en *Posthumous Poems,* Londres, 1824. *Justina:* traducción de J. H. (¿D. F. McCarthy?), Londres, 1848. *The Mighty Magician:* traducción de Édward FitzGérald, editada por Búngay, 1787. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo III, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón,* Macmillan, Londres, 1906. *The Wonder-Working Magician:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Calderon's Dramas,* Londres, 1873.

El mayor encanto amor, tres actos. *Love the Greatest Enchantment:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Love the Greatest Enchantment,* etcétera, Londres, 1861. La misma, en *Three Dramas of Calderón,* Dublin, 1870.

El médico de su honra, tres actos. *The Physician of His Own Honour;* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Dramas of Calderón, Londres,* 1853.

Mejor está que estaba, tres actos. *Fortune Mends:* traducción de Fanny Hólcroft. Publicada en *The Theatrical Recorder,* tomo II, número 8, Londres, 1905.

Nadie fíe su secreto, tres actos. *Keep Your Own Secret:* traducción atribuída a Lord Hólland. Publicada en *Three Comedies,* etcétera, Londres, 1907. *Keep Your Own Secret:* traducción de Édward FitzGérald. Publicada, en *Six Dramas of Calderón,* Londres, 1853; editada por H. Oélsner, Londres y Boston, 1903, 1907; Dodge, Nueva York, 1905. La misma, en *Works* de Édward FitzGérald, tomo II, Nueva York, 1887. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo II, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón,* Macmillan, Londres, 1906.

No siempre lo peor es cierto, tres actos. *Elvira; or, The Worst not always True:* traducción de George Digby, conde de Bristol, Londres, 1667.

Peor está que estaba, tres actos. *From Bad to Worse:* traducción de Fanny Hólcroft. Publicada en *The Theatrical Recorder,* etcétera, Londres, 1805.

El pintor de su deshonra, tres actos. *The Painter of His Own Dishonour:* traducción de Édward FitzGérald. Publicada en *Six Dramas of Calderón,* Londres, 1853; editada por H. Oélsner, Londres y Boston, 1903, 1907; Dodge, Nueva York, 1905. La misma, en *Works* de Édward FitzGérald, tomo II, Nueva York, 1887. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo II, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón,* Macmillan, Londres, 1906.

El príncipe constante, tres actos. *The Constant Prince:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Dramas of Calderón,* Londres, 1853.

El purgatorio de San Patricio, tres actos. *The Purgatory of Saint Patrick:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Dramas of Calderón*, etcétera, Londres, 1853. La misma, en *Calderón's Dramas*, Londres, 1873.

El secreto a voces, tres actos. *The Secret in Words:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Dramas of Calderón*, etcétera, Londres, 1853.

Las tres justicias en una, tres actos. *Three Judgments at a Blow:* traducción de Édward FitzGérald. Publicada en *Six Dramas of Calderón*, Londres, 1853; editada por H. Oélsner, Londres y Boston, 1903, 1907; Dodge, Nueva York, 1905. La misma, en *Works* de Édward FitzGérald, tomo II, Nueva York. 1887. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo II, Londres, 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón*, Macmillan, Londres, 1906.

La vida es sueño, tres actos. *Life's a Dream:* traducción publicada en *The Monthly Magazine*, números 549–551, 1842.[4] *Life Is a Dream:* traducción de D. F. McCarthy. Publicada en *Calderon's Dramas*, Londres, 1873. La misma, en la edición de Bránder Matthews *The Chief European Dramatists*, Houghton, Boston, 1916. *Life's a Dream:* traducción parcial de R. C. Trench. Publicada en *Life's a Dream*, etcétera, Londres, 1856. La misma, segunda edición, Macmillan, Londres, 1880. *Such Stuff as Dreams Are Made of:* traducción de Édward FitzGérald. Publicada en *The Mighty Magician*, etcétera, Búngay, 1877. La misma, en *Letters and Literary Remains* de Édward FitzGérald, tomo III, Londres 1889. La misma, en *Eight Dramas of Calderón*, Macmillan, Londres, 1906.

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE (1547–1616).

Los habladores, un acto. (Atribuída a Cervantes.) *The Talkers:* traducción de Édith Fáhnestock y Flórence Dónnell White. Publicada en *The Colonnade*, XII, número 5, Nueva York, julio de 1916.

El juez de los divorcios, un acto. *The Judge of the Divorce Court:* traducción de Édith Fáhnestock y Flórence Dónnell White. Publicada en *The Colonnade*, XIII, número 5, Nueva York, septiembre de 1919.

La Numancia, cuatro actos. *Numantia, a Tragedy*: traducción de Gordon Wílloughby James Gyll. Publicada en *The Voyage to Parnassus*, etcétera, Múrray, Londres, 1870. *Numantia, a Tragedy:* traducción de James Y. Gibson. Publicada por Paul, Londres, 1885.

El trato de Argel, cuatro actos. *The Commerce of Algiers:* traducción de Gordon Wílloughby James Gyll. Publicada en *The Voyage to Parnassus*, etcétera, Londres, 1870.

DICENTA, JOAQUÍN (1860–1917).

Juan José, tres actos. *Juan José:* traducción de Mark Skídmore. Publicada en *Contemporary Spanish Dramatists*, por C. A. Túrrell; Bádger, Boston, 1919.

ECHEGARAY, JOSÉ (1832–1916).

La cantante callejera, un acto, 1896.[2] *The Street Singer:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *The Drama*, número 25, Chicago, 1917.

El gran Galeoto, tres actos, 1881.[2] *The Great Galeoto:* traducción de Caroline Sheldon. Publicada en Grinnell, Íowa, por Ray & Frisbie, 1912. *The Great Galeoto:* traducción de J. S. Fássett, hijo; editada por Bádger, en *Contemporary Dramatists' Series*, Boston, 1914. *The Great Galeoto:* traducción de Hánnah Lynch, con una introducción de Elízabeth R. Hunt, Publicada por Doúbleday, Page & Company, en *Drama League Series of Plays*, tomo III, Nueva York, 1914. La misma, traducida con una introducción de Hánnah Lynch; publicada por Lane, Londres, 1895. *The Great Galeoto:* traducción de Eleanor Bontecou; publicada en la edición de B. H. Clark, *Masterpieces of Modern Spanish Drama*, Dúffield, Nueva York, 1917. *The World and His Wife:* traducción de C. F. Nírdlinger, Kénnerley, Nueva York, 1908.

El hijo de don Juan, tres actos, 1988.[5] *The Son of don Juan:* traducción de James Gráham. Publicada por Little, Brown & Company, Boston, 1895, 1903, 1911.

El hombre negro, tres actos, 1898. *The Man in Black:* traducción de Ellen Watson. Publicada por Gárnett, Vallée & Brandl, y en la *Universal Anthology*, Mérrill, Nueva York, 1899–1902.

El loco Dios, cuatro actos, 1900.[5] *The Madman Divine:* traducción de Elízabeth H. West. Publicada en *Poet Lore*, XIX, Boston, 1908. La misma, por Bádger, en *Poet Lore Plays*, Boston, 1912.

Mariana, tres actos, 1892.[2] *Mariana:* traducción de James Gráham. Publicada por Unwin, Londres, [sin fecha]. La misma, por Little, Brown & Company, Boston, 1903. *Mariana:* traducción de Federico

[4] Véase *Life's a Dream*, de Trench, página 119, Londres, 1856.

Sarda y Carlos D. S. Wúppermann, Moods Publishing Company, Nueva York, 1910. La misma, por Boni & Líveright, Inc., Nueva York, 1918.

O locura o santidad, tres actos, 1877.[2] *Folly or Saintliness:* traducción e introducción por Hánnah Lynch. Publicada en *The Great Galeoto*, Lane, Londres, 1895. *Madman or Saint:* traducción de Ruth Lánsing. Publicada en *Poet Lore*, XXIII, Boston, 1912.

Siempre en ridículo, tres actos, 1890.[2] *Always Ridiculous:* traducción de T. Wálter Gílkyson. Publicada por Bádger, en *Poet Lore Plays*, segunda serie, Boston, 1916. La misma, en *Poet Lore*, XXVII, Boston, 1916.

FERNANDEZ DE MORATÍN, LEANDRO (1760–1828).

El barón, dos actos, 1890.[2] *The Baron, a Comedy in Two Acts, Translated from the Spanish of Inarco Celenio:* traducción de Fanny Hólcroft. Publicada en *The Theatrical Recorder*, tomo II, número 11, Londres, 1805.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS (1814–1873).

Baltasar, cuatro actos, 1858. *Belshazzar:* traducción de Wílliam Freeman Búrbank. San Francisco, 1914.

GUIMERÀ, ÁNGEL, (1847–).

La pecadora, tres actos, 1902.[2] *La pecadora (Daniela):* traducción de Wállace Gillpátrick. Publicada por The Hispanic Society of America (Pútnam), Nueva York, 1916. *Daniela:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada por B. H. Clark en *Masterpieces of Modern Spanish Drama*, Nueva York, 1917.

Terra baixa (en español, *Tierra baja*), tres actos, 1896. *Marta of the Lowlands:* traducida al español por José Echegaray, y al inglés por Wállace Gillpátrick, con una introducción de J. G. Únderhill. Publicada por Doúbleday, Page & Company, en *Drama League Series of Plays*, tomo VIII Nueva York, 1914.

HURTADO DE MENDOZA, ANTONIO (1586–1644).

Querer por sólo querer, tres actos. *Love for Love's Sake:* traducción de Sir Ríchard Fánshawe, 1670.[5]

LINARES RIVAS, MANUEL (1866–).

La garra, dos actos, 1914. *The Claws*: traducción de C. A. Túrrell. Publicada en *Contemporary Spanish Dramatists*, Bádger, Boston, 1919.

MARTÍNEZ SIERRA, GREGORIO (1881–).

Canción de cuna, dos actos, 1911.[2] *The Cradle Song;* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Poet Lore*, XXVIII, número 6, Boston, 1917.

MARQUINA, EDUARDO (1879–

Cuando florezcan los rosales, tres actos, 1913. *When the Roses Bloom again:* traducción de C. A. Túrrell. Publicada en *Contemporary Spanish Dramatists*, Bádger, Boston 1919.

El enamorado, 1912. *The Lover:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *The Strátford Journal*, tomo V, julio de 1919.

Hechizo de amor, un acto y dos cuadros, 1918.[2] *Love Magic:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *The Drama*, número 25, Chicago, febrero de 1917.

MORETO Y CAVANA, AGUSTÍN (1618–1669).

El desdén con el desdén, tres actos. *Donna Diana:* adaptada "de la versión alemana" por Wéstland Marston. Publicada en *Dramatic and Poetical Works*, tomo II, Londres, 1876. *Love's Victory; or The School for Pride:* adaptación de G. Hyde, Londres y Edimburgo, 1825.

Los pastores. [Autor anónimo] *Los Pastores, a Mexican Play of the Nativity:* traducción de M. R. Cole. Publicada por Houghton, Boston, 1907.

PEREZ GALDÓS, BENITO (1845–1920).

El abuelo, cinco actos, 1897.[2] *The Grandfather:* traducción de Elízabeth Wállace. Publicada en *Poet Lore*, tomo XXI, Houghton, Boston, 1910.

Electra, cinco actos, 1901.[2] *Electra:* traducción anónima. Publicada en *The Drama*, número 2, Chicago, 1911. *Electra:* traducción de C. A. Túrrell. Publicada en *Contemporary Spanish Dramatists*, Bádger, Boston, 1919.

La de San Quentín, tres actos, 1894.[2] *The Duchess of San Quentin:* traducción de P. M. Hayden. Publicada por B. H. Clark en *Masterpieces of Modern Spanish Drama*, Nueva York, 1917.

ROXAS ZORRILLA, FRANCISCO DE (1607–1648).

Los Vandos de Verona, Montescos y Capeletes,

[5] Véase Tícknor, *History of Spanish Literature*, tomo II, número 14, página 332.

tres actos. *Los Bandos de Verona, Montescos y Capeletes:* traducción parcial de F. W. Cosens, Londres, 1874.

RUEDA, LOPE DE (1510?–1565).

El paso séptimo (Las aceitunas), un acto. *The Olives:* traducción de H. G. Lewis. Publicada en *The Spanish Drama,* Londres, 1845. *The Seventh Farce of Lope de Rueda:* traducción de W. H. H. Chambers. Publicada por A. Bates en *The Drama,* tomo VI, Londres, 1903.

RUSIÑOL, SANTIAGO (1861–).

El titella prodig, un acto y cuatro cuadros, 1911. *The Prodigal Doll:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *The Drama,* número 25, Chicago, febrero de 1917.

SOLÍS Y RIVADENEIRA, ANTONIO DE (1610–1686).

Un bobo hace ciento, tres actos. *One Fool Makes Many;* traducción atribuída a Lord Hólland. Publicada en *Three Comedies,* etcétera, Londres, 1807.

TAMAYO Y BAUS, MANUEL (1829–1898).

Un drama nuevo, tres actos, 1867.[2] *A New Drama:* traducción de J. D. FitzGérald y T. H. Guild, Publicada por The Hispanic Society of America, Nueva York, 1915.

TORRES NAHARRO, BARTOLOMÉ DE (–1531?).

Comedia hymenea, cinco actos. *Hymen (Comedia Himenea):* traducción de W. H. H. Chambers. Publicada en *The Drama* de A. Bates, tomo VI, Londres, 1903.

VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL (1870–).

La cabeza del dragón. seis cuadros, 1914. *The Dragon's Head:* traducción de May Héywood Brown. Publicada en *Poet Lore,* tomo XXIX, número 5, Boston, 1918.

VEGA CARPIO, LOPE FÉLIX DE (1562–1635).

Castelvines y Monteses, tres actos. *Castelvines y Monteses,* tragicomedia; traducción de F. W. Cosens. Publicada en Londres, 1869. *Romeo y Julieta:* traducción sumaria y abreviada de W. Griffin. Publicada en Londres, 1770.

La estrella de Sevilla, tres actos. *The Star of Sevilla:* traducción de P. M. Hayden. Publicada en la edición de Bránder Matthews, *The Chief European Dramatists,* Boston, 1916.

El mejor alcalde el rey, tres actos. *The King the Greatest Alcalde:* traducción de J. G. Únderhill. Publicada en *Poet Lore,* tomo XXIX, número 4, Boston, 1918.

El padre engañado, un acto. *The Father Outwitted; a Spanish Interlude:* traducción anónima (¿de Thomas Hólcroft?) de una versión ¿francesa? Publicada en *The Theatrical Recorder,* etcétera, tomo II, número 7, Londres, 1905.

El perro del hortelano, tres actos. *The Dog in the Manger:* traducción de W. H. H. Chambers. Publicada por A. Bates en *The Drama,* tomo VI, Londres, 1903.

ZAMACOIS, EDUARDO (1873–).

Los reyes pasan, un acto, 1912. *The Passing of the Magi:* traducción de C. A. Túrrell. Publicada en *Contemporary Spanish Dramatists,* Bádger, Boston, 1919.

